



GRANDES MAESTROS DEL CRIMEN

Mary E. Braddon

Darrell Markham



Crimen y misterio en la Inglaterra del s. **Lectulandia**

Mary Elizabeth Braddon (1835-1915) es una de las pioneras de la novela de intriga y casi podríamos decir que la creadora del *thriller* sentimental. Braddon fue una de las autoras de más éxito en el siglo XIX: vendió cientos de miles de ejemplares de sus obras, y las ediciones de sus novelas se sucedían. Es considerada la reina de la llamada «*sensation fiction*», que creó junto a escritores como Wilkie Collins, Charles Reade y Ellen Wood (Mrs. Henry Wood). La *sensation fiction* es la precursora del *thriller*, y aprovecha las tradiciones populares del melodrama y el drama para crear novelas de crímenes e intriga.

Darrell Markham plantea también el tema de la bigamia, pero lo verdaderamente destacado es el juego entrecruzado de los personajes, entre dramático y satírico, que siempre resulta pintoresco. El escenario es la Inglaterra del siglo XVIII: pelucas empolvadas, pistolas de un tiro, asaltos en el camino real, bandidos..., que Braddon aprovecha para dar a la trama un toque aventurero, además de intrigante. ¿Quién, o qué, es el capitán Duke?; Braddon irá tejiendo una trama misteriosa hasta las últimas páginas del libro.

Lectulandia

Mary Elizabeth Braddon

Darrell Markham

El capitán de *El Buitre*

ePub r1.0

lenny 08.11.2017

Título original: *Darrell Markham or The Captain of the Vulture*
Mary Elizabeth Braddon, 1863
Traducción: Ricardo Francia
Ilustración de cubierta: Arthur Rackham
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Mary Elizabeth Braddon (1835-1915) es una de las pioneras de la novela de intriga y casi podríamos decir que la creadora del *thriller* sentimental, que parte de lo cotidiano y del romanticismo amoroso para dar realismo a la emoción. Su producción es verdaderamente extensa, y está compuesta de más de noventa novelas, numerosas antologías de relatos cortos, obras de teatro y ensayos. Muchos de estos escritos fueron controvertidos en la época y tachados de inmorales, y su obra fue tildada por algunos críticos de «degenerada ficción sentimental». Sin embargo, Braddon fue una de las autoras de más éxito en el siglo XIX: vendió cientos de miles de ejemplares de sus obras, y las ediciones de sus novelas se sucedían. Los lectores adoraban sus melodramáticos seriales, como los que comenzaron a aparecer en *Halfpenny Journal*, la revista de John Maxwell, entre los años 1861 y 1864: *The Black Band*, *Woman's Revenge*, *The Octoroon*, *The White Phantom*, *The Factory Girl*, *Oscar Bertrand*. Ella, en cambio, no parecía darle demasiado valor a este tipo de literatura, como así lo manifiesta a su amigo Bulwer Lytton: «es insufrible considerar la cantidad de crímenes, traiciones, asesinatos, venenos, e infamia en general que requiere el lector habitual de las publicaciones de medio penique». A pesar de todo, la autora nunca abandonaría esta forma de narrar, y lo que en un principio fue un medio para ganarse la vida se convirtió en una vocación. Realmente le «emocionaba» el interés que mostraban sus lectores por sus obras, y la popularidad que no había podido conseguir como actriz la encontró gracias a la escritura.

Es considerada la reina de la llamada «*sensation fiction*», que creó junto a escritores como Wilkie Collins, Charles Reade y Ellen Wood (Mrs. Henry Wood). La *sensation fiction* es la precursora del *thriller*, y aprovecha las tradiciones populares del melodrama y el drama para crear novelas de crímenes e intriga destinadas a la clase media. A juicio de los críticos, los escritores como Braddon estaban «predicando más el nerviosismo que el juicio», y en su opinión, «emocionarse, y emocionarse en soledad, parecía ser el gran final al que apuntaban». Para la sociedad biempensante, la emoción era sentida como una deplorable intrusión de las clases bajas en los elevados valores de la clase media. Sin embargo, escritores como Henry James la consideran una gran benefactora de la literatura.

Mary Braddon conoce el éxito muy pronto, casi desde el principio de su carrera como escritora. Había abandonado a comienzos de 1860 su trabajo de actriz teatral de reparto por una labor mucho más sosegada que ya había ensayado con las piezas teatrales escritas por su mano e interpretadas después por ella misma en los teatros de diversas ciudades de Inglaterra. Cosechó un gran éxito con la novela *Lady Audley's Secret* (1861-1862), la historia de una bella dama, homicida y bígama, que se convirtió en un auténtico éxito editorial en la época. Vendió nueve ediciones en tres meses y creó un verdadero estilo propio en la autora. Los críticos, escandalizados, no

podieron dar crédito a tal desvergüenza literaria, pues consideraban la obra como «el libro más nocivo de los últimos tiempos». Pero su reacción únicamente sirvió para dar mayor popularidad a la obra. Estos años, tempranos como escritora, son verdaderamente prolíficos, y sus novelas, que se suceden sin descanso para delicia del lector, que desea, sin duda, un tipo de literatura de evasión, se encuadran dentro de lo que hoy en día consideraríamos los géneros populares: el *thriller* criminal, con sociedad secreta internacional, *The Black Band or The Mysteries of Midnight*; la novela histórica y de intriga, *Woman's Revenge or The Captain of The Guard*; el texto antiesclavista, *The Octoroon or The Lily of Louisiana*; y la novela que el lector tiene en sus manos, *Darrell Markham. El capitán de El Buitre*.

Darrell Markham plantea también el tema de la bigamia (la propia escritora se irá a vivir en 1861 con su editor John Maxwell, estando este casado), pero lo verdaderamente destacado es el juego entrecruzado de los personajes, entre dramático y satírico, que siempre resulta pintoresco. El escenario es la Inglaterra del siglo XVIII: pelucas empolvadas, pistolas de un tiro, asaltos en el camino real, bandidos..., que Braddon aprovecha para dar a la trama un toque aventurero, además de intrigante. ¿Quién, o qué, es el capitán Duke?; Braddon irá tejiendo una trama misteriosa hasta las últimas páginas del libro.

Mary Braddon también cultivaría lo que después sería considerada la novela de detectives, como podemos comprobar en la propia *Lady Audley's Secret* y en obras de años posteriores, como *Eleanor's Victory* (1863), *Rough Justice* (1898) y *His Darling Sin* (1899), estas dos últimas escritas en la época de la popularidad de Conan Doyle y su Sherlock Holmes.

Otro de los temas tratados por Braddon, que siempre aparece en todas sus obras, es el descontento de la mujer en la sociedad. Han pasado muchos años, en realidad casi un siglo y medio, y desgraciadamente todavía continúa vigente esta realidad sobre el malestar femenino en el entorno actual. Si la dama Millicent de nuestra novela *Darrell Markham* muestra una docilidad que puede parecer irreal, solo debemos fijarnos en el yugo, llamado matrimonio, que la esclaviza. Cuando nuestra triste heroína es iluminada por un afecto del pasado, solo alcanzará el amor una vez que el camino sea el adecuado y todas las claves hayan sido reunidas. Aunque la carga es siempre pesada, llega realmente a plantearse si el sufrimiento es una parte indivisible de su naturaleza. En definitiva, su felicidad no depende del hombre amado, sino de lograr unas nuevas circunstancias y una diferente realidad.

Para esta edición nos hemos basado en la publicada por La Novela Ilustrada en los años veinte, titulada *La mujer de los dos maridos* (un intento, sin duda, de subrayar el escándalo), que ha sido revisada convenientemente, pensando en el público de ahora. Hemos de señalar que esta obra de Braddon no se encuentra disponible en los catálogos de las editoriales modernas anglosajonas, lo que hace su edición moderna en castellano todo un hallazgo para el público español.

I

El camino de Marley

—¿Ha llegado alguien en la diligencia de esta noche? —preguntó el herrero de Compton des Bruyeres al grueso y corpulento propietario del Oso Negro, que era la primera y más rica hospedería del país.

—El capitán Duke únicamente.

—¡Cómo! ¿El capitán había ido a Londres?

—Allí estuvo tres semanas —contestó el posadero, que parecía malhumorado y taciturno.

—¡Bah!... Tres semanas en Londres empleadas en jugar, armar camorra, perder el tiempo, bailar en Chelsea y dar cenas en Covent Garden; tres semanas para gastar el dinero del rey; tres semanas...

—¿Para irse al demonio? —dijo una voz detrás del herrero—. ¿Por qué no decís eso en buen inglés, John Homerton?

—¡Buen Dios! ¿No es este el señor Darrell Markham?

—El mismo —replicó el que acababa de hablar, que era un hombre alto, vestido con un largo gabán, calzado con altas botas y un sombrero de tres picos, que le tapaba los ojos.

—No digáis nada, Homerton; nadie sabe que estoy en Compton, pues, como vine por ciertos asuntos, mi estancia aquí será muy corta, siendo preciso que me vuelva a marchar dentro de dos horas. ¿Qué decíais hace un momento del capitán George Duke, que mandaba el buque *El Buitre*, de Su Graciosa Majestad?

—Decía, señor Darrell, que si tuviese una mujer tan bonita como la del capitán Duke y no pudiese permanecer a su lado más que dos veces al año, no me iría a Londres a disfrutar de mi licencia. Creo que siendo tan bella vuestra prima, señor Darrell, habría podido hacer mejor casamiento.

—Así lo creo yo también, Homerton.

Mientras duró este corto diálogo, los tres permanecieron en pie en la puerta de la posada. El herrero tenía de las riendas un caballo blanco, fuerte y vigoroso, que contaba lo menos un cuarto de siglo, dispuesto a montar de nuevo para regresar a su herrería, situada al otro extremo de la ciudad. Se había detenido más de lo que pensaba; pero ¿cómo no sentir los encantos de la conversación del posadero?

Darrell Markham se alejó de los dos hombres, y, a la vez que se paseaba por el gran camino polvoriento, examinaba la entrada de un camino estrecho y tortuoso que atravesaba los matorrales estériles y sombríos y se extendía a bastantes kilómetros de distancia. La posada del Oso Negro se hallaba situada a las puertas de la ciudad, lindando con aquella desolada campiña.

—La noche será hoy muy oscura —dijo Markham—, y un paseo poco agradable

desplazarse hasta Marley.

—¿Creéis que iréis esta noche, señor? —preguntó el posadero.

—Es necesario que vaya; así es que haga buen o mal tiempo, esta noche dormiré en Marley.

—Sois muy valiente, señor Darrell —dijo el herrero con aire de profunda admiración.

—No se necesita tanto valor como creéis para atravesar los matorrales de Compton. Llevo un par de pistolas, que no me han fallado nunca; mi caballo es robusto, y fuertes sus jarretes. Llevo bien provista la bolsa, y sabré guardarla, pues en más de una ocasión tropecé con un ladrón de camino real y se encontró con su maestro.

—¿Es muy necesario que lleguéis esta noche a Marley, señor Markham?

—Sí, es preciso, muy preciso... Esta noche dormiré en el León de Oro.

—Señor posadero, os ruego me digáis cuál es el camino de Marley —dijo un extranjero, deteniéndose delante de la puerta de la posada.

Los tres interlocutores levantaron a un mismo tiempo la cabeza y vieron a un caballero que a su vez los miraba cara a cara. Había llegado hasta allí con tanto sigilo, que no se oyó el chocar de las herraduras de su caballo.

¿Cuándo se había detenido? ¿De dónde venía? Lo único positivo que se sabía es que estaba allí. La débil luz de un crepúsculo de otoño iluminaba su cara, y los últimos rayos de un sol rojizo se reflejaban en su negra cabellera.

Visto a los reflejos de aquella luz, era un hombre hermoso, tenía los rasgos regulares y bronceados por un sol más cálido que el de Inglaterra, ojos negros, con negras pestañas, largos y rizados cabellos, que la brisa de octubre hacía caer sobre su frente despejada. Su estatura era mediana; vigoroso y bien proporcionado, en una palabra, tenía el tipo de la varonil belleza inglesa. El caballo no era menos robusto que su amo, con su ancho pecho y sus nerviosos miembros.

—Deseo saber cuál es el camino más corto para ir a Marley —repitió por segunda vez el desconocido.

Había sido tan brusca su aparición, que ninguno de los allí reunidos pensó en contestarle, siendo el posadero el primero que se repuso de su sorpresa.

—Tomad ese camino tortuoso que atraviesan los matorrales allá abajo y os conducirá recto como una flecha, capitán —le respondió honradamente a pesar de la paradoja.

El caballero inclinó la cabeza.

—Gracias y buenas tardes —dijo, alejándose al trote por el estrecho camino de los matorrales, que no era mucho peor que el camino real.

—¿Quién es ese capitán? —preguntó Darrell Markham cuando el extranjero se alejó.

—Es el marido de vuestra prima, caballero, el capitán George Duke.

—¡El capitán Duke! ¡Y os habló como si fuese un desconocido!

—Ese es su modo de conducirse —contestó el posadero—. Un día os dice: «¡Cuánto me alegro de veros, amigo mío! ¿Queréis beber algo en mi compañía?», y otro día, en cambio, os mira de reojo, de modo, que no se sabe nunca cómo juzgarle; pero, a pesar de todo, es un valiente el tal capitán.

—¡Y buen mozo! —dijo Darrell—. No me extraña que mi prima Millicent se haya enamorado.

—Y, sin embargo, hay personas que dicen que la señorita Millicent amaba antes a otro —insinuó el maligno posadero.

—Mejor harían esas personas en ocuparse de otros asuntos que en charlar sobre lo que se refiere al corazón de una joven —replicó Markham—. Si no me voy en seguida, no llegaré esta tarde a Marley, pues dentro de una hora será de noche. Dad orden de que me traigan a *Balmerino*.

—¿No tenéis más remedio que ir esta noche a Marley, señor Markham?

—Sí, no tengo otro recurso. Vaya, decid al mozo de cuadra que me traiga mi caballo, porque si no la oscuridad me sorprendería antes de que me pusiese en camino.

—Buenas tardes, señor Markham —dijo el herrero—; habría deseado que os quedaseis en Compton, que está muy triste desde que murió el viejo señor; el joven se arruina en Londres y vos estáis siempre ausente. Compton no es ya lo que antes, cuando erais un niño, señor Darrell, y vuestro tío pasaba las fiestas de Navidad en el castillo... aquéllos eran los buenos tiempos... pero ahora...

—¡Pardiez!... Es necesario que vayamos envejeciendo, amigo John —respondió Darrell reprimiendo un suspiro.

—Es muy duro hablar de envejecer y suspirar de ese modo a los veintiocho años —dijo el herrero—. Buenas tardes, señor Darrell, y perdonadme la libertad que me tomo al deciros ¡que Dios os guarde!

Homerton montó en su viejo caballo blanco y se dirigió hacia la gran calle brillantemente iluminada.

En el instante en que se alejaba el herrero, se oyó en el interior de la posada una voz de mujer que gritaba:

—¿Dónde está ese imprudente? ¿Dónde está mi querido niño? ¡No se irá esta noche, no quiero que le corten la cabeza ni le abrasen los sesos en medio del camino real!

Casi al mismo tiempo salió de la posada una mujer gruesa, de unos cincuenta años, y pasó sus brazos, adornados con negros mitones, alrededor del cuello de Markham.

—¿No es verdad que esta noche no os iréis, señor Darrell? Oí que Pecker os rogaba que no os marchaseis, pero como es tan tosco, no sabe pedirlo —dijo desdeñosamente la señora Pecker—. ¡Ah! Eso hace que pierda muchas veces la paciencia con él. Como es probable que os quedéis aquí, ¡puedo ofreceros un par de ánades recién muertos!

La naturaleza poco despierta del posadero hacía que su magnífica y enérgica mitad hablase de él con tanto desdén, siendo muy frecuentes observaciones semejantes a las que entonces le dirigía.

¡Pobre amo del Oso Negro! Realmente podía decirse que no existía.

En la posada había criados de ambos sexos, mozos de cuadra, pero no amo, porque esta personalidad la absorbía por completo su mitad, como soberana indiscutible. Cuando él daba una orden no se le hacía caso, y si algún criado nuevo, poco enterado de los usos de la casa, trataba de cumplirla, se promovía un desorden terrible en aquel hogar.

Así se comprende que Pecker no estuviese nunca alegre, y si recibía a un viajero le daba una idea muy triste de la vida, y sobre todo de la que se llevaba en Compton, lo que hacía que de cada diez se marchasen nueve, descorazonados después de dar a sus caballos un haz de heno y abrevarlos en la gran cubeta del patio. No solía hablar más que de ladrones y terribles tempestades, y si alguna vez se ocupaba de política, podía pensarse al oírle que se iban a desencadenar toda suerte de desdichas sobre la vieja Inglaterra, y lo mismo sucedía respecto a cualquier asunto que fuese objeto de su conversación.

No faltaba quien asegurase que era de natural triste y taciturno y que, cuando sonreía, su sonrisa hacía daño; otros, por el contrario, afirmaban que antes de casarse se mostraba menos taciturno, y que le anonadó el peso de su dicha, demasiado grande para él, de modo que sucumbió a la felicidad de estar unido a una criatura tan espléndida como lo era la señora Pecker, y tan buena e inesperada suerte provocó el quebrantamiento de su salud y la turbación de su espíritu. No existía duda acerca de que se consideró incapaz de luchar contra su guapa aunque enorme esposa.

Un extraño, al contemplar por vez primera el espectáculo de aquella felicidad conyugal, habría pensado que Pecker era un intruso, un posadero nominal o, por decirlo con mayor propiedad, el posadero-consorte. Y, sin embargo, no era un intruso, porque la augusta familia de los Pecker reinó desde tiempos inmemoriales en el Oso Negro.

El difunto Samuel Pecker, padre del esposo de Sarah, fue un robusto mocetón de más de dos metros, que se parecía tanto a su hijo como es posible que se asemejen dos cosas distintas. Samuel heredó de su padre toda la propiedad conocida con el nombre del Oso Negro, que valía muy buenas libras, mas no gozó mucho tiempo de su poder. Seis meses después de su subida al trono, es decir, de su instalación en el gran sillón de ennegrecido cuero del mostrador del Oso Negro, se casó con Sarah, a la sazón ama de gobierno del amo del castillo, Ringwood Markham, y viuda de un marinero llamado Thomas Masterton.

Había conocido Sarah en el castillo a Darrell desde muy niño, y por esa causa le tenía estrechamente abrazado, creyendo con toda su alma que entre todos los hombres que frecuentaban Ranelagh y sus cafés, los que sirven en la Marina o en el ejército, en Leicester, Kensington, en el club de White, en casa Bellamy, en Mail, en Change

Alley, Bath, en Tunbridge Wells, no importa en qué sitio de moda en Inglaterra, era imposible encontrar un caballero más apuesto, distinguido e inteligente que Darrell Markham.

—No os marcharéis esta noche, señor Darrell, porque, además de desairarme, no querréis que se diga que salisteis de la posada del Oso Negro para que os asesinasen alevosamente en los campos y matorrales de Compton. Ahora mismo se está ocupando Jenny de asaros un capón, que comeréis remojándolo con una botella de vino del que gastaba vuestro tío y que Pecker compró cuando se vendió el castillo.

—Es inútil, Sarah, cuanto me digas, porque me es absolutamente imposible quedarme aquí. Sé que la habilidad de Jenny para preparar un asado es innegable, y como tu amabilidad para tratar a tus huéspedes es proverbial, nada me sería más agradable que quedarme, y puedes comprender cuán grave es mi propósito para que me marche. Es necesario que esté esta noche en Marley para poder tomar asiento a las cinco de la mañana en la diligencia que sale de allí para York. No debí haberme detenido tanto en Compton, mas no pude resistir al deseo de darte un abrazo, en recuerdo de tiempos que ya pasaron, y pedirte noticias de Nat Holloway, de Lucas Jordan el médico, de Selgood el notario y de algunos otros antiguos compañeros.

—Y de la señorita Millicent, ¿verdad, señor Darrell? Porque aun siendo Londres una hermosa ciudad llena de preciosas muchachas que se pasean por Mail con sus sombreros y vestidos de volantes a la francesa, no habéis podido olvidar a esa señorita. ¿No es cierto, Darrell?

Como Sarah había criado y cuidado a Darrell cuando este era un niño, en muchas ocasiones le llamaba sencillamente por su nombre.

—Hacéis muy mal, Darrell, muy mal, en seguir así. El año pasado se celebró una boda suntuosa en la iglesia de Compton. ¡Qué lujo en todo! ¡Qué hermosa era la novia! Había, en cambio, algo que llamaba la atención, y ese algo era precisamente el novio.

—Si no quieres que me sorprenda la noche y que algún valiente caballero me levante la tapa de los sesos en el camino de Compton, es necesario que me dejes marchar en seguida. ¡Oh, Sarah! ¡Qué buenos tiempos aquellos en que aún estaba yo en el cuarto del aya en el castillo y te llamaba la señora Sally Masterton!

Dichas estas palabras, el joven se alejó suspirando primero y silbando luego un aire nacional de la vieja Inglaterra de dulce y quejumbrosa melodía y se paró en el dintel de la puerta, desde la que examinó la vasta extensión de los matorrales.

Uno de los mozos de la cuadra le llevó el caballo, hermoso alazán, de buena alzada, sin más mancha blanca que una raya fina y larga a un lado de la cabeza.

El joven rodeó con sus brazos el cuello del caballo, acariciándole y mirándole como lo habría hecho con un amigo en cuya fidelidad hubiera depositado toda su confianza, cosa bastante rara en este mundo.

—Mi buen *Balmerino*, mi valiente *Balmerino* —le dijo—, hemos de atravesar juntos cuarenta kilómetros de un país bien malo. Me ayudarás a cumplir una misión

cuyo resultado puede que sea detestable, y me alejarás pronto de amargos recuerdos; ¿no es verdad que lo harás, mi buen *Balmerino*, mi viejo caballo?

El caballo frotó la cabeza en el hombro del joven y relinchó.

—¡Pobre animal! Quiere decir que sí —dijo Markham saltando en la silla—. ¡Buenas tardes, amigos míos! ¡Adiós, vieja casa que conocí en mis primeros años! Diré como Garrik cuando interpreta una obra de Shakespeare: «Ricardo siempre es el mismo». Adiós, mis buenos amigos.

Y haciendo un amistoso ademán con la mano, empezó a alejarse en dirección a los matorrales.

No tuvo tiempo de atravesar la calle, porque Pecker, de ordinario tan flemático, se levantó ante él y le detuvo.

El posadero estaba muy pálido y su fisonomía revelaba un grave trastorno.

Darrell tiró con brusco ademán de las riendas e hizo retroceder a *Balmerino*; de no haberlo hecho, el posadero del Oso Negro quizás habría muerto atropellado por el caballo.

—No vayáis esta noche a Marley, señor Darrell —le dijo el taciturno posadero—, no, no vayáis... no me preguntéis por qué, caballero, pues no acertaría a explicároslo... pero no vayáis. He sentido una cosa de esas que no sé cómo se llaman... uno de esos presentimientos que hablan más claro que las mismas palabras más terminantes... ¡No marchéis! ¡No vayáis!

—¿Cómo? ¿Qué decís, Pecker? ¿Qué significa eso del presentimiento?

—¡Eso quise decir! ¡No vayáis!

—¡Y, sin embargo, es necesario! ¡No puedo quedarme, es indispensable que vaya! ¡Adiós, Samuel; si yendo a Marley corro en pos de la muerte, que se cumpla la voluntad de Dios!

Darrell soltó la brida, picó espuela y *Balmerino* emprendió la carrera con tal velocidad, que muy pronto Samuel Pecker no distinguió más del grupo formado por jinete y caballo que la nube de blanco polvo que los envolvía, y que un viento de otoño empujaba hacia los matorrales, a los que la proximidad de la noche hacía parecer aún más sombríos de lo que eran en realidad.

Sarah, en pie bajo el porche o soportal cubierto de rastrojos que había delante de la posada, contemplaba también al jinete que se alejaba, haciéndose cada vez menos visible.

—¡Pobre Darrell! ¡Noble y valiente muchacho! Por lo que quiero a la señorita Millicent, habría deseado que el capitán Duke se le pareciese algo —dijo la posadera.

—Y si el capitán no lo desea lo mismo que vos deseáis, ¿cómo arreglarlo en ese caso?

La persona que acababa de responder al monólogo de la señora Pecker era un hombre de mediana estatura que llevaba el uniforme de los oficiales de la Marina real inglesa.

Se había acercado a la posada con tanto sigilo y suavidad como lo hiciera el jinete

desconocido media hora antes.

Por primera vez en su vida tembló la gruesa Sarah delante de un hombre, y únicamente pudo balbucear:

—Perdonadme, capitán Duke, estaba pensando...

—Sí, ya veo que pensáis en voz alta, señora Pecker. A juzgar por lo que decís, os gustaría ver a George Duke, capitán del buque de Su Graciosa Majestad *El Buitre*, tan inútil, negligente y perezoso como lo es ese ser que no sirve para nada, ese Darrell Markham.

—Os explicaré de lo que se trata, capitán —respondió la señora Pecker—; como sois el esposo de la señorita Millicent, me guardaré mucho de hablar en contra vuestra por respeto hacia esa querida señorita; pero vos tampoco debéis hablar mal del señor Darrell Markham, porque esa es una cosa que jamás permitirá Sarah Pecker que se haga delante de ella mientras tenga lengua en la boca y uñas en la punta de los dedos.

El capitán se echó a reír, dejando oír una carcajada sonora y prolongada; una carcajada que tenía mucho de musical, a la que nada se parecía, tan armoniosa era.

En Compton des Bruyeres, lo mismo que en el puerto de Marley y a bordo de la fragata de Su Majestad *El Buitre*, había algunos que pretendían encontrar más de una vez en aquella risa algo desagradable al oído, y una expresión de refinada crueldad.

¿Se ha visto alguna vez que un hombre que ocupa una elevada posición escape a la calumnia? ¿Y por qué razón el capitán Duke había de ser una excepción a esta regla general?

—Estáis perdonada y dispensada, señora Pecker —dijo el capitán—. A mí me importa poco que se hable bien de Darrell Markham; ¡pobre diablo, le tengo lástima!

Hecha esta amistosa observación, el capitán de *El Buitre* empezó a pasearse por delante del portal de la posada y encontró a Samuel, que, después del solemne aviso que había dado a Darrell, entró en la posada por una puerta trasera.

De ser el capitán Duke, de la Marina real, un aparecido, su vista no habría impresionado más al posadero de lo que le impresionó.

El pobre hombre retrocedió y se quedó mirando al capitán fijamente, con sus ojillos azules desmesuradamente abiertos.

—¿No os habéis ido? —le preguntó.

—¡Cómo! ¿Qué es eso de si me he ido? ¿Adónde?

—¡A Marley!

—¿A Marley? ¡No! ¿Quién os dijo que tenía intención de ir?

La poca energía que quedaba en el corazón de Pecker se desvaneció de repente cuando oyó la sonora voz del capitán; así que solo se atrevió a murmurar con mucha dulzura:

—¿Quién me lo dijo? ¡Oh! ¡Nadie... sino vos mismo!

El capitán volvió a sonreír de esa extraña manera:

—¿Quién os ha dicho eso? ¿Yo? ¿Cuándo os lo dije, Pecker? ¿Me lo queréis

decir?

—Hará cosa de una media hora... cuando me habéis preguntado cuál era el camino que habíais de seguir.

—¿Y cuándo os he preguntado yo qué camino era preciso tomar para ir a Marley? ¡Si conozco ese camino tan bien como el castillo de popa^[1] de *El Buitre*!

—A mí también me chocó, capitán, veros detener vuestro caballo delante de mi puerta y oíros preguntar por ese camino... Sí, lo repito, hallé entonces muy extraña la pregunta...

—¡Yo! ¿Cuándo detuve mi caballo? ¿Cuándo?...

—Hará una media hora.

—En todo el día puse hoy los pies en los estribos, amigo Pecker. Me gustan muy poco los caballos, y sobre todo esta noche que estoy fatigado de mi viaje. Hace un momento me separé de mi esposa, en cuyo salón tomé una taza de té. ¡Me incomoda, por Dios, oíros hablar empleando ese lenguaje!

—¡Y además que el cura de Bendham dice que no hay aparecidos y que no debe creerse en ellos!

—¡Vaya! Estáis borracho, Pecker.

—Lo que es hoy, ni siquiera probé un vaso de cerveza; preguntádselo si no a Sarah.

—Es verdad, capitán —contestó a esa pregunta la posadera—. ¡Oh! Lo que es de eso respondo, porque tengo mucho cuidado para que no lo haga.

—Pues entonces, señora Pecker, ¿qué es lo que le pasa a ese endiablado loco? —preguntó montando en cólera el capitán.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! Por mi parte no es nada —contestó con marcado desdén la señora Pecker—. ¡Tiene mi marido la cabeza tan llena de locuras y visiones como la mujer más loca y vieja que pueda existir en todo Cumberland! ¡Siempre está viendo aparecidos, espectros, mortajas y qué sé yo! Toda clase de horrores. Eso perturba su espíritu y le hace incapaz para todo, hasta para arreglar sus libros de cuentas; así es que con mucha frecuencia me hace perder la calma.

A la señora Pecker le gustaba afirmar esto último, y sus conocidos la creían bajo su palabra sin necesidad de que se esforzase mucho.

—¡Oh! No importa, eso no me interesa —replicó con dulzura el posadero—; cuando sucedió eso, había tres hombres conmigo, ¡he ahí todo!

—¡Tres hombres! ¿Y a quién han visto?

—Sí, somos tres los que hemos visto... lo vimos...

Al llegar a este punto, el posadero hizo un gesto horrible de la misma manera que si se tragase alguna cosa con mucha avidez.

—¡Miradle! —dijo la señora Pecker—. ¡Se ha tragado su lengua maldita!

—¡Bueno! —murmuró Samuel—. ¡El caso es que lo vimos!

—Pero ¿a quién?

—Al capitán Duke hace media hora. Detuvo su caballo delante de esta puerta y

me pidió que le dijese cuál era el camino de Marley.

Duke contempló con mucha fijeza al que acababa de hablar y le observó seriamente con aire pensativo, fijando en él su mirada penetrante y echándose luego a reír.

Tanto le divirtió la estúpida cara del posadero que al atravesar el vestíbulo continuó riendo, y al abrir la puerta del salón, que tenía las paredes cubiertas de encina y en el que se reunían las personas más importantes de Compton, continuaba riendo, y riendo se sentó en un gran sillón delante de la chimenea.

Extendió las piernas apoyando los pies en los morillos para que se le secase el calzado sin dejar de reír con fuerza, así que le costó mucho trabajo pedirle a Pecker un ponche, que era su bebida favorita, mientras continuaba riendo a mandíbula batiente.

Cuando Pecker le sirvió, no quedó en el salón más que el capitán, y en cuanto el posadero cerró la puerta, Duke no dejó de reír; sin embargo, a pesar de aquella risa tan continuada, un pensamiento doloroso y amargo contrajo los músculos de su cara, y a la expresión amable de sus negros ojos sucedió de pronto una mirada que denotaba profunda tristeza.

Cuando llevaron su ponche, bebió tres vasos seguidos; pero ni el gran fuego de la leña que ardía chisporroteando en el inmenso hogar ni la hirviente bebida templaron su cuerpo, pues, mientras bebía, le agitaron continuos estremecimientos.

Temblaba, y, acercando su sillón aún más al fuego, apoyó de nuevo los pies en los morillos y se quedó mirando fijamente la llama, que consumía poco a poco los leños.

—¡Mi pesadilla!... ¡Mi sombra! ¡La maldición de mi vida! —murmuró entre dientes.

Estas palabras expresaron uno de esos odios inextinguibles que duran tanto como la vida.

De pronto pareció ocurrírsele una nueva idea y, levantándose con tan brusco movimiento que derribó el pesado y antiguo sillón en que estaba sentado, salió de la sala con paso precipitado.

En el otro extremo del vestíbulo se hallaba la sala común de la posada, en la que solían reunirse los negociantes todas las noches. La sala de encina —así la llamaban— se reservaba para las personas de más importancia, tales como el capitán Duke, el médico, el notario y otros por el estilo.

La sala común estaba aquella noche completamente llena, y a través de la entreabierta puerta se oía un fuerte murmullo de las personas que hablaban y reían.

El capitán se asomó a esta puerta y, llevándose la mano al sombrero, saludó a la pequeña concurrencia.

Todos los presentes se pusieron en pie en un instante y con un solo movimiento, porque el capitán Duke que mandaba la fragata *El Buitre*, era un elevado personaje en Compton des Bruyeres, y además no era un extraño para los del lugar, pues estaba casado con la hija única del anciano dueño del castillo, lo que había dado al capitán el

carácter de natural de la población.

—Siento mucho molestarles, señores, ¿no podrían decirme si anda Pecker por ahí?

Pecker se hallaba en la sala, mas tan confuso y abatido que cuando oyó pronunciar su nombre abandonó la mesa; habríase dicho al verle que era un afrodita masculino saliendo de una ola, tan pálido estaba.

El posadero permaneció en pie sin decir una palabra.

—Deseo saber con exactitud la hora que es, Pecker —le dijo el capitán—; mi reloj se ha estropeado, y mi esposa, la señora Duke, está tan ocupada leyendo las novelas de Richardson y con los cuidados que prodiga a su perrillo, que a todos los relojes de casa les pasa lo que al mío, andan como quieren; ¿qué hora señala vuestro infalible reloj, el que tenéis colocado sobre la escalera, amigo Samuel?

El posadero se mesó con ambas manos sus rojizos cabellos y después de esta operación pareció hallarse más tranquilo, de manera que se apresuró a salir haciendo el menor ruido posible del salón para ejecutar la orden del capitán.

En un momento presenció este una verdadera exposición de relojes, pues allí los había de todas clases, desde el grueso cronómetro de plata en forma de cebolla hasta los grandes relojes de Tempion envueltos en sus cubiertas de ennegrecido cuero.

—¡Son las siete y media!

—¡Las ocho menos cuarto!

—¡Las ocho menos veinte, señor capitán!

El capitán Duke habría podido escoger entre media docena de horas distintas, pero se contentó con responder dulcemente:

—Os doy gracias, señores, pero voy a poner mi reloj en hora con el viejo de Pecker, porque creo que va muchísimo mejor que los relojes de la iglesia, del mercado y hasta de la cárcel.

—El reloj de la cárcel es, sin embargo, el que suele ir mejor los lunes por la mañana, ¿no es verdad, capitán? —dijo un cordonero que era célebre en la población por sus burlas.

—Si todos los que lo merecen estuvieran ahorcados, en el mundo habría más sitio para las personas honradas, señor Tomkins... Y bien, señor Samuel, ¿qué hora es?

—Son las ocho menos diez, señor capitán. ¡Qué tiempo! ¡Vaya una noche! Me asomé a la ventana y, al ver el cielo tan negro, tuve miedo de que se me viniese encima.

—Las ocho menos diez; está bien —respondió el capitán guardando el reloj en el bolsillo.

Se dirigió a la puerta del salón y, al llegar al dintel, se detuvo:

—¡A propósito, valiente Samuel! —dijo al posadero—. ¿A qué hora habéis visto mi sombra?

Al hacer esta pregunta se echó a reír mirando a los concurrentes y guiñando al mismo tiempo los ojos como señalando al confuso posadero.

—En la iglesia de Compton daban las ocho cuando vuestra sombra atravesó los matorrales, capitán. No me preguntéis nada más al respecto, os lo ruego, ni habléis tampoco. Eso no me importa ni interesa a nadie, pero —repitió el posadero— la he visto.

Los que tenían la costumbre de concurrir todas las noches en la posada del Oso Negro no prestaban gran atención a lo que solía decir el posadero; las últimas palabras que este pronunció parecieron, sin embargo, conmoverles, así que todos se fijaron en la trastornada fisonomía de Pecker y en la del capitán.

—¡Nuestro buen posadero bebió esta noche algunos vasos más que los acostumbrados de su excelente cerveza! —dijo el capitán—. ¡Buenas noches, señores!

Duke se retiró de la sala común y regresó a la de encima, en la que volvió a colocarse en su postura favorita al lado del fuego, imaginándose ver en las llamas ásperas y abruptas montañas y abismos sin fondo, a los que caían de vez en cuando algunos carbones encendidos como hombres que renuncian a la vida y que desde la cima de una montaña se arrojan a un precipicio.

El capitán contemplaba con extrema fijeza los cambios que experimentaba la leña al quemarse en el hogar. Entre el personaje que momentos antes dirigió bromeando la palabra a los concurrentes de la sala común y el que estaba acurrucado en el sillón sumido en profundas reflexiones había una inmensa diferencia. A los que le hubiesen visto en otra habitación les habría costado gran trabajo reconocerle en la otra, tal y tan profundo era el cambio experimentado.

Durante largo rato permaneció solo, entregado a sus cavilaciones.

Algo más tarde, se presentó Nathaniel Holloway, que participó del ponche del capitán; luego acudieron el notario señor Selgood y el señor Jordan el cirujano —el doctor Jordan por excelencia, sobre todo en Compton des Bruyeres, donde era muy querido—, ambos grandes amigos que, como tales, se presentaron del brazo.

Los cuatro se mostraron alegres, dicharacheros y, sobre todo, en exceso habladores. Bebieron, fumaron y hablaron de política hasta medianoche, a cuya hora el capitán se levantó bruscamente de su asiento y mostró deseos de retirarse.

—Dan las doce en el reloj de la iglesia de Compton —dijo al levantarse de la mesa— y tengo, señores, una mujer joven y muy bonita, a la que no debo preocupar, sin contar que para llegar hasta mi casa he de andar casi un kilómetro. Os ruego, pues, que me dispenséis por mi abandono y que concluyáis solos el ponche y la conversación.

Nathaniel Holloway se levantó apresuradamente.

—¡Capitán, no podéis abandonarnos de ese modo! Aquí no estáis en vuestro castillo de popa, en el que podéis hacer lo que se os antoje; aquí haréis lo que deseamos, y en cuanto a ese almirante con faldas, tiempo os quedará de sobra para arreglaros con él. Quedaos, amigo, y concluyamos nuestro ponche todos juntos.

Y el buen Nathaniel, al que el ponche se le había subido a la cabeza, quiso sujetar

al capitán por la manga de su levita llena de bordados de oro.

Duke, sin embargo, se desembarazó del inoportuno, abrió la puerta que daba al vestíbulo y salió seguido de sus buenos amigos el doctor Jordan y el notario Selgood.

Cinco minutos antes, el más profundo silencio reinaba en la posada.

¿Qué suceso extraordinario había ocurrido para que de pronto aquel silencio se rompiera y todo revelase la más espantosa confusión?

La buena señora Pecker, llorando y lamentándose amargamente por Samuel, su esposo, más aturdido que nunca y al que el terror inutilizaba hasta el punto de estorbar a todos, de no ser capaz de hacer nada y de presentarse como anonadado por el peso de las emociones que le producían su propio espanto y el despreciativo desdén de los demás.

Se veía también al mozo de cuadra y a las criadas adormilados, aturdidos, tropezando con todo y en todas partes y empujándose unos a otros, y a la cocinera y al mozo de comedor acudir corriendo y mezclarse pronto en el barullo y la confusión.

¿Qué es lo que causaba semejante terror y las dolorosas emociones que revelaban las fisonomías de todos?

Un hombre al que sostienen en su brazo un comerciante y uno de los mozos de labranza de la granja inmediata.

Arrodillada a su lado se hallaba Sarah, suplicándole, rogándole que hablase y abriera sus cerrados ojos. En vano todo, pues Darrell Markham, que él era, continuaba tendido, inmóvil, helado...

¡Y pensar que hacía cinco horas había salido de la posada lleno de vigor y de vida para dirigirse al puerto de Marley!

—Jim Bowlder, que es uno de los mozos de la granja del barón Morris, y yo le encontramos por casualidad, en un estrecho sendero —dijo uno de los hombres—. La noche era tan oscura, que en principio no pudimos distinguir si era un hombre o un carnero el bulto que allí estaba atravesado. Le cogimos en nuestros brazos, le palpamos y comprendimos que estaba aterido por el frío y transido por la humedad... Quién sabe si le habrían asesinado o si se habría quedado helado. Bajo su brazo izquierdo y sobre su pecho, sentimos algo de humedad: era sangre. Jim y yo le levantamos entre los dos. Jim le cogió por los pies, yo lo agarré por los sobacos y lo trajimos aquí.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? —preguntó el capitán Duke, metiéndose en medio del grupo formado por los criados y amos de la posada.

—¡Es Darrell Markham, capitán, el pariente más próximo y el amigo más querido de la señora Millicent! ¡Asesinado! Sí, le han asesinado en el camino que desde Compton hasta Marley cruza por los matorrales.

—A un kilómetro de la posada, señora —interrumpió el mozo de labranza, que ayudó a llevar al herido.

—¡Darrell Markham! ¡El primo de mi mujer! ¡Darrell Markham! Pero ¿a qué vino a Compton? ¿Qué hacía aquí?

El capitán fijó la mirada de sus rasgados y negros ojos en la pálida cara que se apoyaba en el hombro del comerciante y que estaba chorreando agua y vinagre, con los que Sarah humedecía sin cesar la frente del herido.

—¿A qué ha venido aquí? —exclamó sollozando la señora Pecker—. ¡Ha venido a que le asesinen, pobre hijo mío, pobrecillo!

En medio de aquel desorden y barahúnda, Lucas Jordan, el cirujano, se deslizó entre los que formaban el grupo y, cogiendo el brazo de Markham con una mano y con la otra las tijeras que llevaba colgadas en la cintura la señora Pecker, empezó a cortar la manga del abrigo del joven desde la muñeca hasta el hombro.

—Traedme una jofaina, Melly —ordenó Jordan sin alterarse.

La muchacha hizo un esfuerzo y, dominando su terror, fue por lo que le pedían, sosteniendo luego la jofaina en sus manos temblorosas debajo del brazo de Darrell.

—Sostenedla bien, hija mía —le dijo el cirujano sacando una lanceta del estuche y hundiéndola en el rígido brazo de Markham.

La sangre salió con mucha lentitud y a intervalos muy desiguales.

—¿Está muerto? —preguntó Sarah con mucha ansiedad—. ¡Oh! ¡Decidlo pronto, Jordan!

—Lo mismo que nosotros, señora Pecker. Le hirió y penetró en el brazo derecho una bala de pistola, y se le ha roto por encima del codo. Sí, el desmayo fue por el frío de la noche y por la debilidad causada por la pérdida de sangre. Todo se reduce a eso, y a alguna otra ligera herida que se habrá hecho al caer del caballo. ¡Ah! ¡Mirad! Ahí tenéis una en el cráneo producida por los guijarros puntiagudos del camino. No será nada, no tengáis cuidado.

¡No será nada! Y esto pareció tanto a aquellas aterradas gentes, que pocos momentos antes creían que Darrell iba a morir, que la señora Pecker, poco acostumbrada a dejarse arrastrar por la sensibilidad, cogió entre sus gruesas manos la del doctor, la cubrió de besos y la humedeció con sus lágrimas.

—De modo que ese es Darrell Markham —dijo el capitán Duke, con ademán que revelaba la preocupación que le dominaba—. ¡Ese es el irresistible Darrell, que iba a casarse con su prima Millicent, con la que hoy es mi mujer! ¡Hum! Un joven de rubios cabellos y nariz aguileña; ¿decís, doctor, que no hay que tener cuidado de que se muera?

—De ningún modo, a no ser que la calentura se apodere de él, ¡lo que Dios no quiera!

—¿Y si llegase ese caso?

—Entonces habría que temerlo todo, porque un temperamento nervioso...

—¡Ah! ¿Con que tiene ese temperamento?

—¡Muy nervioso! Es más que probable que la consecuencia de un ataque como este sea un fuerte acceso de calentura y que ésta traiga tras de sí el delirio. Es necesario, señora Pecker, que no vea a nadie, es decir, a nadie cuya vista pueda producirle la menor agitación.

—Yo misma voy a guardar esa puerta, y que no me entere —dijo la buena mujer, mirando a su marido de un modo terrible— de que alguien se atreva a molestarle ni a respirar con más fuerza.

El posadero del Oso Negro dejó de respirar; había comprendido la indirecta.

—Ahora lo que conviene, señora Pecker —dijo el cirujano—, es llevar a las habitaciones altas al herido, al que debéis acostar en la mejor cama que tengáis y colocarle en la estancia más tranquila, y cuanto antes mejor. No conviene que andemos dando vueltas y perdiendo tontamente el tiempo.

Cumpliendo la orden del médico, el comerciante y el mozo de labranza volvieron a ocupar sus sitios, uno a los pies y otro a la cabeza de Darrell, ayudándoles en su tarea el mozo de cuadra.

En el momento en que levantaron al herido, este se llevó la mano a su frente húmeda y abrió lentamente los ojos.

Los tres hombres se detuvieron, y la señora Pecker, conmovida, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué felicidad! ¡No ha muerto! ¡Habladnos, decidnos alguna cosa, querido señor Darrell! Decidnos que no estáis muerto.

El herido dirigió una mirada a su alrededor y examinó los rostros asustados de los que le contemplaban.

—Tiró sobre mí... me robó la carta para el rey... me quitó mi bolsillo... y me hirió...

—¿Quién disparó sobre vos, hijo mío? ¿Quién es el que os ha herido, querido Darrell? —preguntó la señora Pecker.

Darrell la contempló dirigiendo una mirada vaga y sin expresión, indicativa de que no sabía dónde estaba y no reconocía a las personas que le rodeaban.

Después de fijar sus ojos inyectados en sangre en el rostro de la señora Pecker, los separó, y su mirada vagó desde el posadero hasta la criada, de ésta al comerciante, del comerciante al médico y de este último al capitán Duke, capitán de *El Buitre*.

De pronto, los ojos del herido se abrieron desmesuradamente.

—¡Vedle! ¡Ese es! —exclamó.

—¿Quién, señor Darrell?

—El asesino.

—No me equivoqué al aseguraros que deliraría —dijo el doctor Jordan.

El capitán frunció el entrecejo, y su rostro varonil adquirió cierto aire de ferocidad.

—Soñáis, hijo mío —contestó la señora Pecker tratando de tranquilizar a Markham—. ¿De quién se trata y dónde está ese hombre?

Darrell levantó, haciendo un esfuerzo, el brazo sano y señaló con su mano blanca y temblorosa el rostro del capitán de *El Buitre*.

—¡Ese es! —dijo el herido, levantándose a medias entre los brazos de los que le sostenían.

A consecuencia del esfuerzo hecho, perdió el sentido.

—¡Ya me lo figuraba! —murmuró el capitán.

—Y yo también, capitán —dijo el médico—. Ahora sufrirá un fuerte acceso de ardiente fiebre que se irá calmando del mismo modo que se va apagando una lámpara sin aceite.

—Más que nada, le convendrá tranquilidad, ¿no es cierto, doctor? —preguntó el capitán, mientras subían al herido al piso principal por la gran escalera de encina.

—Es muy conveniente que permanezca enteramente tranquilo y que nada ni nadie le moleste; de otro modo, no respondo de su vida, capitán. Le conozco desde su infancia y sé que la menor sobreexcitación le causaría un trastorno en el cerebro.

—¡Pobre muchacho! Emparenté con él por mi casamiento con su prima, y precisamente esa es la causa de que no sea mucha la estimación que nos profesamos. ¡Ésta es la primera vez que nos encontramos! ¡Es extraño!

—Suceden en la vida cosas que lo son mucho, capitán —respondió sentenciosamente el médico.

—Tenéis razón y mucha, doctor... —replicó el marino; y añadió—: Ahí tenéis a Darrell Markham, que de camino a Marley ha sido herido por una persona o personas desconocidas, lo que es, en verdad, una cosa extraordinaria y sumamente extraña.

II

Millicent

La señora Duke se hallaba sola en su gabinete mientras fuera de la casa se desencadenaba una violenta tempestad, silbaba el viento con furia y la lluvia caía con estrépito sobre los cristales.

Millicent, sentada al lado de la chimenea, hacía esfuerzos para leer la última novela de Richardson, bonito volumen, bien encuadernado y lleno de viñetas ovales que le prestó la esposa del párroco de Compton des Bruyeres; mas sus esfuerzos eran inútiles. El libro se le caía de las manos a cada instante, y en tanto escuchaba el sordo mugido del aire al penetrar por el cañón de la chimenea, parecía entregarse a profundas reflexiones.

Examinemos a la señora Duke, sentada cerca del solitario hogar, apoyando en su blanca mano la hermosa cabeza y su codo en el brazo del inmenso sillón, en el que podía decirse que casi desaparecía.

La luz del fuego iluminaba a intervalos su gracioso semblante, que era el de una jovencita, y tan pronto las llamas coloreaban sus mejillas con un matiz rojizo como la dejaban en la sombra cuando se extinguía algún leño.

Su rostro era bello, de rasgos delicados y ojos azules, pero de un azul oscuro. En sus ojos se adivinaba una melancolía llena de dulzura, una tristeza parecida a la que fuese causada por lágrimas secas ya desde hacía mucho tiempo, mas nunca olvidadas. Los pliegues formados alrededor de su boca no anunciaban una juventud alegre y dichosa.

La tristeza y Millicent se encontraron en más de una ocasión cara a cara, y aquella noche no era la primera en que habían sido compañeras y descansado sobre la misma almohada.

Millicent era, a pesar de la melancólica gravedad que extendía algunas sombras sobre su belleza, una dama preciosa, contribuyendo quizás su misma tristeza a realzarla.

Era, en una palabra, una mujer casada que no perdió su timidez de soltera, una timidez casi infantil, como decía su marido, que ni aun en los primeros días se mostró ni amante ni tierno.

Aquella noche Millicent parecía dominada por amarga tristeza. El quejido del viento al silbar en las enrejadas ventanas le estremecía profundamente.

La joven se abrigó aún más con su capuchón gris y arrastró el sillón hasta colocarlo junto al hogar.

Hacía mucho rato que había mandado a su criada retirase y no podía, por tanto, pedirle leña para la chimenea. Las velas se consumían en los antiguos candelabros de plata; habían dado las diez, las once, las doce, en la iglesia de Compton, y el capitán

no había vuelto aún.

—¡Es más feliz fuera con sus amigos que aquí con su mujer! —se dijo tristemente Millicent—. Después de todo, no es extraño; y ellos le hacen reír y le distraen, y yo, en cambio, le aburro y canso con mi cara siempre triste.

Al mismo tiempo que decía esto fijó su mirada en un espejo ovalado que había entre la tapicería de la pared y vio en él reflejado su pálido y melancólico semblante, iluminado por la luz temblorosa del fuego y de las bujías casi consumidas.

—¡En otro tiempo decían que era una bella muchacha; hoy dudo mucho que me reconociesen los que lo decían! —suspiró la señora Duke.

Después de dar las doce se imaginó que el tiempo transcurría con más lentitud, y, en el instante en que el reloj de la parroquia dio la una, resonando con un eco vibrante y lúgubre en la solitaria calle, oyó los pasos de su esposo en la acera.

Millicent se levantó vivamente y corrió al vestíbulo; pero en el momento en que se preparaba a descorrer los cerrojos, se detuvo llevándose la mano al corazón.

—¿Qué me pasa esta noche? ¿Qué es lo que tengo? —murmuró—. No lo sé, me domina el presentimiento de que va a suceder una desgracia, y, sin embargo, ¿qué desdicha es la que puede herirme a mí, ya tan desdichada?

Su marido golpeó la puerta con la empuñadura del sable mientras Millicent descorría los cerrojos.

—¿Estabais escuchando o esperando detrás de la puerta, que me habéis abierto tan pronto, Millicent? —le preguntó al entrar.

—Oí vuestros pasos en la calle y me apresuré para que no esperaseis... Venís muy tarde —añadió Millicent mientras el capitán atravesaba apresuradamente el corredor para dirigirse al salón, en el que se echó en una butaca.

—¡Ah! ¿Me reprendéis? —dijo el capitán, acompañando sus palabras con una risa burlona—. La verdad es que no me faltan motivos para permanecer metido en mi casa: una mujer llorosa y un fuego apagado.

Dicho esto, le volvió la espalda e, inclinándose ante el fuego, se puso a calentarse las manos en la llama.

Millicent se sentó delante de una mesilla de caoba, cogió la novela de Richardson que antes dejara y se puso a hacer que leía a la débil y última luz de las bujías.

—Realmente —dijo el capitán, sin volverse hacia ella para mirarla ni cambiar su postura— esta noche ocurrió cerca de aquí una desgracia.

—¿Una desgracia?

—Sí.

Millicent dejó caer el libro y levantó asustada sus hermosos ojos.

—¡Una desgracia! —repitió Millicent—. ¡Lo siento! ¿Qué desgracia ha sido esa?

Su dulce acento expresaba la compasión, y en sus modales había algo de cortedad o timidez, como si estuviese siempre preocupada por tristes pensamientos y hablase sin pensar en lo que decía.

Al ver que su esposo no respondía a la pregunta, le volvió a preguntar:

—¿Qué accidente fue ese, George?

—Que los bandidos han dejado medio muerto a un hombre en los matorrales de Compton.

—Pero no muerto, ¿verdad? —preguntó Millicent, siempre en el mismo tono medio distraído, como si, a su pesar, no pudiese fijar la atención en el asunto de que su marido le hablaba.

—¿No os dije ya que estaba medio muerto? —replicó el capitán—. A decir verdad, no se sabe aún a punto fijo si vivirá o morirá. Es un guapo chico con el cabello rubio y los ojos azules; un buen mozo, en fin. ¡Pobre diablo!

—Lo siento —respondió Millicent dulcemente.

Viendo que su marido no abandonaba su sitio al lado del fuego, cogió otra vez su libro.

El capitán se volvió para contemplarla, mientras Millicent permanecía inclinada bajo la luz, y, después de entregarse a esta contemplación durante unos instantes con expresión de mal contenida cólera, dijo riéndose con marcado desdén:

—¡Dios nos libre de mujeres que no saben hacer más que leer novelas! Les es completamente indiferente la muerte de uno de sus semejantes con tal de que Clarise haga las paces con su amante y la virtud de Pamela halle su recompensa en el sexto tomo. ¡Qué mujer más tierna y cariñosa es la mía! ¡Se conmueve y llora al leer las aventuras de Charles Grandisson y no pregunta quién está batallando en este instante entre la vida y la muerte en el gabinete azul de la posada del Oso Negro!

La pobre joven estaba acostumbrada a oír continuas injurias y a rechazarlas con excusas.

—¡Perdonadme, George! —dijo—. Os aseguro que no soy tan insensible como decís. Siento mucho la desgracia de ese infeliz. Creed que si pudiese hacer algo para aliviarle o servirle lo haría, no importa a costa de qué sacrificio; ¿qué más queréis que os diga, George?

—¡Y todavía hay quien habla de la curiosidad de las mujeres! —exclamó el capitán con cierto dejo desdeñoso—. ¡Y no preguntáis quién es el herido!

—Sí, os lo preguntaré, George, ¿quién es ese infeliz? ¡Desgraciado!

Ambos se quedaron en silencio largo rato.

Millicent se había levantado y estaba al lado de la mesa intentando reavivar la luz. El capitán miró con gran fijeza el rostro de su esposa y dijo lentamente:

—¡Es vuestro primo hermano Darrell Markham!

Millicent lanzó un grito débil y, trastornada por lo que acababa de oír, levantó las manos al cielo.

Su marido la miraba fijamente.

—¿Darrell?... ¿Mi primo Darrell ha muerto? —exclamó al fin Millicent.

—No ha muerto aún; la herida no es para tanto, ni tan grande como pensáis. Vuestro adorado primo, tan rubio y simpático, no está muerto todavía, mi dulce y querida esposa. Se está muriendo.

Millicent repitió las palabras que poco antes dijera el capitán:

—¿Está acostado en el gabinete azul de la posada del Oso Negro?

—Sí, en el gabinete azul del Oso Negro —replicó el capitán Duke—. Sí, ese gabinete que tiene el número 4, en el corredor grande; ¿no es cierto que conocéis muy bien esa habitación? Habéis ido muchas veces a ver a la antigua ama de gobierno de vuestro padre, esa viuda de un marinero y la presente mujer del posadero.

—¿Está entre la vida y la muerte? —repitió Millicent con el mismo acento compasivo.

—Sí, lo estaba hace un momento. Solo Dios sabe cómo se encuentra ahora. Hace una media hora que no le he visto; tal vez haya empeorado; quizás haya muerto.

Cuando el capitán pronunció estas palabras, Millicent se levantó de su asiento y, sin mirarle, corrió precipitadamente hacia la puerta.

Pero de pronto se detuvo y exclamó con acento lleno de terrible angustia:

—¡Oh! ¡No! ¡No!

Y cayó de rodillas apoyando la cabeza en la madera.

El capitán de *El Buitre* siguió con la mirada sus movimientos, y, en el instante en que cayó de rodillas, le dijo:

—¡Ibas a verle!

Por primera vez desde que pronunció el capitán el nombre de Darrell Markham, le miró Millicent sin tristeza y sin miedo, y contestó bruscamente:

—¡Sí!

—Entonces ¿por qué no vas? Ya ves que no soy cruel. ¡Oh! No tengas cuidado de que te detenga. ¡Eres libre, vete! ¿Quieres que te abra la puerta?

Millicent se puso en pie haciendo un esfuerzo y apoyándose en la puerta.

—No —le contestó—, no quiero ir a verlo, puesto que no puedo hacer nada en su favor; no conseguiré más que agitarle, y esa agitación le sería fatal.

El capitán se mordió los labios, y de sus rasgados ojos desapareció toda expresión sonriente y burlona.

—Sabedlo de una vez, George Duke —replicó Millicent—: no es el miedo que me inspiráis lo que me impide ir a la posada. Si supiese que mi presencia podía evitarle un padecimiento, si supiese con mi cariño proporcionarle un instante de paz y de alivio, iría a verle, aunque la ciudad de Compton estuviese convertida en un mar de fuego y tuviera que pasar por encima.

—¡Bonito discurso, a fe mía! —contestó el capitán—. ¿En qué novela lo habéis aprendido? No tengo, sin embargo, gran confianza en esas palabras, y sí quizá sobrados motivos para desconfiar de ellas. Creo que si Darrell Markham quisiese veros antes de exhalar el último suspiro, iríais a verle, tanto más, cuanto que Compton no está convertido en un mar de fuego.

El capitán se levantó al decir estas palabras.

Millicent se arrojó a él asiéndole convulsivamente del brazo y oprimiéndoselo:

—¿Ha manifestado Darrell deseos de verme? —exclamó apasionadamente—.

¡Oh! ¡George, por vuestro honor de caballero, de marino y de servidor de Su Graciosa Majestad, por vuestra esperanza en el cielo, en Dios, decidme si es verdad que desea verme!

Duke hizo esperar su respuesta mientras encendía con mucha calma su palmatoria en una de las velas casi consumida.

—No soy yo el que ha de decíroslo —respondió—, ni me corresponde a mí servir de mensajero entre él y vos. ¡Buenas noches!

Y, pasando por delante de ella, salió del salón.

Subió la escalera y entró en su dormitorio, situado encima del recibidor.

Era una habitación sencilla, pero amueblada con mucho gusto.

En la chimenea ardía un buen fuego, a pesar de lo cual el capitán, que estaba tiritando, se dirigió a la ventana.

La abrió cuidadosamente y se inclinó hacia fuera en el mismo momento en que daban las dos.

—Ha sucedido lo que había pensado —murmuró al oír el ruido producido al descerrar los cerrojos y el rechinar de los goznes de la puerta—. ¡Pardiez! ¡Ya sabía que iría a verlo!

El rumor de un paso ligero y rápido turbó por un instante el silencio que reinaba en la oscura calle.

—¡La menor emoción puede serle fatal! —murmuró el capitán Duke cerrando la ventana.

* * *

Mientras ocurrían estos sucesos en la casa del capitán Duke, Darrell, sumido en profundo letargo, se hallaba instalado en el gabinete azul de la posada del Oso Negro.

El médico comprendió que no podía curarle el brazo roto hasta que pasaran unos cuantos días y ordenó a Sarah que mientras tanto lo humedeciese continuamente con una loción calmante.

Advirtió asimismo el señor Jordan de que si Darrell recobraba el conocimiento no debía Sarah molestarle con sus preguntas o lamentaciones ni permitir que entrase en el cuarto del herido nadie más que ellos dos.

La señora Pecker se consagró con toda su alma a su tarea de enfermera, haciendo únicamente la observación siguiente:

—No se acercará nadie, aunque me lo pidiera el mismo cura de la parroquia. Ya lo oís, no conviene que nadie se acerque aquí a molestar —añadió la posadera volviéndose hacia el descansillo de la escalera y dirigiéndose a los criados que se agruparon en su derredor deseosos de saber noticias de Darrell Markham cuando la vieron salir de la habitación de este.

—Y en cuanto a ti —dijo en tono más severo, dirigiéndose a su marido, amo y señor, el buen Samuel—, no quiero que me vengas a molestar a todas horas con tus

sempiternas preguntas: «¿Cómo está?», «¿se encuentra mejor?», «¿crees que se curará?» y otras por ese estilo. Cuando a un joven caballero le han roto un brazo y dejado abandonado como si estuviese muerto en una landa solitaria, en una noche fría del mes de octubre, no es cosa que se arregle en veinte minutos; de modo que todo lo que tenéis que hacer ahora es marcharos, pero pronto, a la cocina y estaros allí tranquilos hasta que se os necesite.

Declarada de este modo su soberana voluntad, la señora Pecker volvió a entrar en la habitación del herido.

Pecker se marchó a la cocina y, sentándose en un banco delante del fuego, empezó a rascarse la cabeza.

—Después de todo —dijo—, puesto que el señor Markham está herido, no es probable que baje mi mujer, y creo que podría permitirme el lujo de beberme un jarro de cerveza de los de a cuatro peniques.

En el reloj colocado encima de la escalera daban precisamente las dos y media en el instante en que el posadero se preparaba a buscar el jarro de cerveza.

De pronto se detuvo en el vestíbulo al oír unos golpes tímidos en la gran puerta de encina, que todas las noches se cerraba y atrancaba. El miedoso Samuel se asustó y la palmatoria se le escapó de la mano.

—Son sin duda los aparecidos; ¿no está Compton lleno de ellos? —murmuró.

Llamaron otra vez, pero con más fuerza.

—Golpean con mucha fuerza para ser fantasmas —pensó Samuel—. ¡Y no son poco testarudos!

Redoblaron los golpes.

—¡Oh! ¡Oh! —gimió Pecker—. ¡Está visto; no voy a tener más remedio que abrirles la puerta!; ¿pero por qué descorrer los cerrojos si no voy a encontrar persona viviente?

Era, sin embargo, un alma viviente la que llamaba de aquel modo, porque, cuando Samuel se decidió de una vez a abrir con grandes precauciones, y ahogando muchos suspiros, se deslizó una mujer por la estrecha abertura de la puerta.

La recién llegada atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia la habitación ocupada por Darrell.

El miedo que tenía el posadero a su enorme esposa se apoderó de él de una manera furiosa, y con la agilidad de una pantera se lanzó en seguimiento de la intrusa, a la que detuvo al pie de la escalera.

—No conviene, señora, no conviene; dispensadme, pero me va en ello la vida. No puedo permitir que subáis, señora, ni vos ni nadie, aunque se tratase del mismo vicario. Sí, señora, Sarah me lo prohibió terminantemente.

La desconocida dejó caer el gran capuchón gris que envolvía su cabeza y ocultaba su cara.

—¿No me reconocéis, no os acordáis ya de mí, señor Pecker? —dijo—. Soy Millicent... Millicent Duke.

—¡Sois vos, señorita Millicent! ¡Vos, señora Duke!... ¡Oh!... ¡señorita!... ¡No podéis verle, señora! El médico, señora... y Sarah, sobre todo, señorita Millicent, se muestra terrible en ese punto, no lo permitirá.

—¡Dejadme pasar! —repitió Millicent—. Dije hace poco que ni un incendio me detendría: ¡echaos a un lado!

—No, señora, que Sarah...

Millicent extendió sus blancas y finas manos y empujó al posadero con tanta fuerza que este cayó de espaldas.

Sin hacer caso de lo que podía haber ocurrido al miedoso posadero, subió la señora Duke la escalera que conducía a la puerta del gabinete azul y en el umbral de ésta se encontró cara a cara con Sarah.

La joven cayó de rodillas; su sedoso y rubio cabello le cubrió la espalda, desparramándose por ella, y su largo abrigo se arrastró por el suelo.

—¡Sarah! ¡Sarah! ¡Mi amada Sarah, permitidme que lo vea! —exclamó con dolorido acento.

—¡Ni vos ni nadie! —contestó la posadera con tono severo—. Sois la última persona que debe verlo, señora Duke.

—¡Déjame, déjame que lo vea! —suplicó la joven—. Soy la hija única del hermano de su padre... su prima hermana... la compañera de sus juegos... su amiga desde la infancia... su querida amiga... su...

—La que debería haber sido su esposa, señora Duke —interrumpió la posadera.

—Sí, que debió ser su esposa y que nunca... nunca debió haber sido de otro. ¡Sarah, permíteme que lo vea! —exclamó la señora Duke, juntando las manos y elevándolas suplicantes hacia la señora Pecker.

—¿Queréis que os oiga el médico que está ahí dentro? —preguntó la señora Pecker.

—¡Aunque oyera todo el mundo lo que te pido, no por eso dejaría de pedírtelo!...

—El médico ha prohibido terminantemente que nadie lo vea ni se le acerque, señora Millicent —dijo muy apurada Sarah—. No es conveniente que se agite: ¿creéis, acaso, que vuestra visita no le trastornaría?

—Pero si Darrell habló y preguntó por mí. ¡Así me lo han asegurado!...

—¿Cuándo, señorita Millicent?

—¡Esta noche, Sarah, esta noche!

—Que el señor Darrell manifestó deseos de veros, ¿quién os dijo semejante cosa?

—El capitán Duke.

—El señor Darrell no ha abierto esta noche diez veces la boca, y en cualquier caso nada de lo que dijo tenía ningún sentido, señorita Millicent. Ni una sola vez pronunció vuestro nombre.

—Mi marido me aseguró...

—¿Entonces quiere decir que es el capitán el que os envió aquí?

—No, únicamente me dijo que... decirme no, me dio a entender que Darrell había

manifestado deseos de verme.

—¡Vuestro esposo es un hombre muy raro, señorita Millicent!

—¡Déjame entrar en esa habitación, Sarah! ¡Siquiera permítame que vea a Darrell!, te prometo que no le diré ni una palabra, contendré hasta mi aliento; pero permítame que lo vea...

La señora Pecker entró en el cuarto del enfermo y dijo en voz baja y al oído algunas palabras al médico.

Millicent continuaba de rodillas en el dintel de la entreabierta puerta, tratando en vano de penetrar con su mirada la muralla de encina que la separaba del herido.

Sarah volvió.

—Si queréis ver un cadáver, señorita Millicent, podéis entrar. Darrell está tan aletargado que parece un muerto.

Sarah levantó a la joven cogiéndola entre sus brazos como a una niña y la llevó a la habitación, en la que, frente a la chimenea, y en un lecho de columnas adornado de pesados tapices, reposaba sin conocimiento Darrell Markham.

Su cabeza caía inerte sobre los almohadones, y sus rubios cabellos chorreaban humedecidos con la loción con que la señora Pecker refrescaba su cráneo.

Al contemplarlo en semejante estado, vaciló Millicent, y, cayendo en un sillón que acercó Sarah, cogió entre las suyas su mano ardorosa y la estrechó contra sus descoloridos labios.

Y hubo, sin duda, algo mágico en tan dulce presión, porque el joven abrió por primera vez los ojos y miró a su prima.

—¡Millicent! —le dijo, sin manifestar la menor sorpresa—; hacéis bien en cuidarme.

Tres años atrás le cuidó la joven en una enfermedad peligrosa que padeció, y en su delirio actual confundía el presente con el pasado, figurándose que se hallaba en su antigua habitación del castillo de Compton y que su prima velaba a la cabecera de su lecho.

—¡Llamad a mi tío, llamadle, que quiero verlo! —dijo Darrell.

Transcurrieron unos cuantos minutos en silencio, y, después de una pausa, murmuró mirando a su alrededor:

—Pero ésta no es mi antigua habitación.

—¡Darrell! ¿No sabéis dónde estáis, mi querido señor Darrell? —exclamó la posadera—. Os halláis entre verdaderos y fieles amigos. ¿No lo sabíais, hijo mío?

—Sí, sí —respondió el herido—, lo sé. Permanecí mucho rato tendido en la tierra húmeda, mi brazo está roto, ya me acuerdo, Sally, ahora lo recuerdo. Siento una impresión extraña en la cabeza...

—Mirad a este lado; aquí tenéis, señor Darrell, a la señora Duke que ha venido a veros desde el otro extremo de Compton, a pesar de estar tan mala la noche.

La buena mujer dijo estas palabras para consolar al herido, pero aquel nombre le recordó el casamiento de su prima, así que exclamó:

—¡La señora Duke!, ya me acuerdo.

Y volviendo su fatigada cabeza sobre la almohada, dijo rudamente:

—Señora Duke, Millicent Duke, ¿habéis venido a atormentarme?

En este instante se oyó un ruido de voces irritadas, como si disputasen en el vestíbulo, y luego el ruido de los pasos de una persona que subía muy deprisa la escalera.

La señora Pecker corrió hacia la puerta, pero, antes de que tuviese tiempo de llegar hasta ésta, se abrió con violencia, empujada por el capitán de *El Buitre*, que penetró bruscamente en la habitación.

Le seguía los pasos el médico señor Jordan, que se colocó resueltamente delante de la cama, diciendo al mismo tiempo:

—¡Capitán Duke, si al herido le sucede algo grave a consecuencia de vuestra imprudente conducta, tendréis que darme cuenta de ello!

El capitán, que no hizo ningún caso de esta observación, se volvió hacia su mujer.

—¿Cuándo tendrá por conveniente la señora Duke volver a su casa en mi compañía? Son cerca de las cuatro de la mañana, y la habitación de un joven herido no es el sitio más apropiado para que en ella permanezca una señora casada.

Darrell se había sentado en la cama al ver entrar al capitán.

—¡Os digo que ese es el hombre!... ¡Millicent!... Sarah... miradle... Es el asesino, el que me hirió en el brazo... y me robó el dinero.

—¡Darrell! ¡Darrell! ¡No sabéis lo que me decís! —respondió la señora Duke—. ¡Ese hombre es mi marido!...

—¡Vuestro marido... un ladrón... un asesino!...

Eso dijo Darrell, y cayó desmayado sobre las almohadas.

—¡Capitán George Duke, si ese hombre se muere, vos lo habréis asesinado! —dijo el médico.

III

Mirada retrospectiva

John Homerton, el herrero de Compton des Bruyeres, tuvo muchísima razón al asegurar aquella misma tarde a sus amigos que el joven Ringwood Markham se estaba arruinando gracias a la disipada vida que llevaba en Londres.

El honrado Homerton no exageraba absolutamente nada, porque el joven caballero hacía cuanto estaba en su mano para recorrer de una manera rápida y pronta la pendiente suave y fácil de la ruina.

Ringwood tenía tres años más que su hermana Millicent, y seis menos que su primo Darrell, porque Markham se casó cuando ya era bastante viejo, y poco tiempo después de su casamiento adoptó al hijo de su hermano menor, que había muerto muy joven, dejando muy pocos bienes a su huérfano.

El heredero de los Markham se parecía mucho a su hermana.

Tenía sus mismos cabellos rubios, sus ojos rasgados, azules y límpidos y los mismos rasgos delicados e igual blancura en el rostro.

Esto apenaba mucho al anciano señor Markham, que veía con gran disgusto que su hijo favorito y muy mimado no sería más que un hermoso jovencito, un fatuo, de afeminado rostro, admiración de las escolares y de las maduras, el verdadero tipo de los Stephens y Damons que en aquella época eran los héroes obligados de la poesía inglesa.

El viejo Markham vio con disgusto que su sobrino Darrell, al llegar a la edad viril, se convirtiese en un hombre robusto, atlético, práctico en todos los ejercicios de agilidad o fuerza.

Darrell esgrimía muy bien la espada, y era un valiente caballero, además de generoso y franco, al contrario de Ringwood, que no pensaba más que en su bonita cara y en los bordados del chaleco.

El barón de Markham no pudo menos de reconocer en más de una ocasión que su hijo Ringwood no era más que un dandi completamente inútil para él mismo y para los que le rodeaban.

El anciano ocultó su pesar en lo más profundo de su alma y, no retrocediendo ante ninguna injusticia, empezó a odiar a Darrell con toda su alma, solo porque este era superior a su hijo.

Darrell y Millicent se amaban desde la niñez, desde el día en que el niño huérfano contempló curiosamente la cuna de su primita, admirado ante la pequeña figura grácil y sonrosada.

No sentían celos el uno del otro, ni sostenían esas encantadoras disputas que terminan con reconciliaciones aún más encantadoras.

Entre ellos no existió nunca la ajena intervención de criadas ganadas a fuerza de

dinero para llevar y traer perfumadas y dulces cartas, sino que se amaban franca y honradamente, con una afección tranquila e invariable que no necesitaba muchas palabras para manifestarse y cuya intensidad no podían comprender las gentes extrañas.

El señor Markham se había casado por interés con una mujer más rica que él y a la que no amaba, así que la dejó morir sola y abandonada, sin derramar una sola lágrima por su muerte.

Transcurrieron algunos años.

Millicent y Darrell pasaban los días paseando juntos a caballo, por los senderos de los bosques, por los prados recién segados y algunas veces por los campos y matorrales que rodean Compton.

Ringwood, mientras tanto, no salía de la ciudad, en la que lucía sus galas, y pasaba la mayor parte del tiempo delante del mostrador del Oso Negro.

De pronto ocurrió una catástrofe que cambió el curso de los acontecimientos.

Darrell y Ringwood sostuvieron una violenta disputa en la que no solo se intercambiaron crueles y ofensivas palabras, sino algunos puñetazos. Este suceso puso fin a la estancia de Darrell en el castillo de Compton.

Ya hemos dicho que Ringwood era un perezoso y un fatuo; pero había más de uno en Compton que le llamaba holgazán, embustero y malvado, aunque nunca se atrevieron a manifestar estas opiniones delante de su robusto primo Darrell.

Llegó, sin embargo, el día en que Darrell le calificó de igual modo que los demás.

Supo Darrell que su primo andaba rondando y engañando a la hija de un pobre arrendatario, muchacha de unos dieciséis años. Aquello no podía terminar más que con la desesperación y vergüenza de la pobre niña.

Iracundo y avergonzado por la indigna conducta de su primo, Darrell lo cogió por el cuello de la casaca, lo llevó a la fuerza delante del padre de la muchacha y, acompañando sus palabras de un enérgico juramento, dijo:

—Haréis muy bien, Morrison, en vigilar a este joven, si queréis librar a vuestra hija de las asechanzas de un granuja.

Ringwood se puso muy pálido, pues era una de esas personas que palidecen cuando se apodera de ellas la ira, y, arrojándose sobre su primo del mismo modo que un gato, lo cogió por el cuello como si quisiese estrangularlo; pero Darrell le rechazó con un vigoroso puñetazo y le echó a rodar por el suelo.

Luego regresó apresuradamente al castillo, cogió alguna ropa, la metió en el maletín de la silla y escribió dos cartas, una a su tío y otra a Millicent.

En la primera decía a su tío que había pegado a su primo porque lo vio portarse de una manera indigna de un caballero y propia solo de un perdido.

La segunda, dirigida a Millicent, y tan breve y lacónica como la otra, decía que, habiendo tenido una reyerta con Ringwood, se iba a Londres a ver si hacía fortuna, y que no volvería hasta que pudiese pedir su mano.

Dejó ambas cartas encima de la gran chimenea de piedra de su dormitorio y bajó

a las cuerdas, en donde ensilló a su caballo *Balmerino*, sujetó el maletín a la silla y abandonó la casa en que pasara su juventud.

* * *

Ringwood volvió muy tarde al castillo con el rostro pálido y vendado.

Al llegar encontró a su padre sentado en el salón delante de la chimenea.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, y como el anciano notó que su hijo trataba de escurrir el bulto y pasar sin ser visto para dirigirse al piso superior, lo llamó y le dijo con aire muy severo:

—¡Ven aquí, Ringwood!

El joven entró a regañadientes en el salón, con la cabeza baja.

—¿Cómo te has herido?

—Mi caballo se asustó al ver un rebaño que estaba paciendo en los landas y me desarzonó arrojándome contra unas piedras.

—¡Mientes, Ringwood! —replicó su padre—. Tengo en el bolsillo una carta de tu primo Darrell. ¡Eres el primero de los Markham que recibe un golpe sin devolverlo con intereses! Tienes la misma cara de tu madre y la cobardía propia de una mujer.

—Creo que no viene a cuento hablar ahora de mi madre —respondió Ringwood—, a la que tampoco tratasteis muy bien, si se ha de creer lo que dicen algunas personas.

—¡Basta, Ringwood! Bastante humillación es para mí tener un hijo que no sabe defenderse y devolver los golpes que le dan. Márchate.

El joven salió de la habitación del mismo modo que había entrado, sin levantar la cabeza, y subió lenta y silenciosamente la escalera porque creyó que su primo estaba aún en el castillo y no tenía ganas de despertarlo.

* * *

Millicent quedó desde entonces completamente sola en el castillo, porque después de la marcha de Darrell no tenía a su lado una sola persona que la amase.

Darrell se había marchado, y la buena y querida Sally Masterton abandonó el cargo de ama de gobierno para convertirse en la dueña e indiscutible señora de la posada del Oso Negro, con lo cual la pobre Millicent quedó entregada sin defenderse al mal humor de su padre y de su hermano.

Ambos pasaron días enteros sin ocuparse para nada de ella, haciéndole tanto caso como al perrillo rojo y blanco que no se separaba ni un momento de su ama.

El delicado carácter de Millicent se sintió herido y lastimado, y en adelante la joven empleó las noches y los días en leer novelas y en bordar un gabán para Darrell. ¡Pobre criatura, cuyo bordado estaba descolorido y ajado antes de usarse por las

lágrimas de la bordadora!

Para la pobre joven los días transcurrían tristes y largos al lado de su padre y de su hermano, taciturno y altanero, que no le hacían caso, de modo que se sentía completamente sola y abandonada en un hogar triste y solitario al que le faltaba lo principal: el cariño de una madre.

* * *

Sin embargo, aún tenía que sufrir una desgracia mayor, desgracia que adoptó la forma de un tal George Duke, capitán de navío.

Este, que permaneció algunos días en Compton, en uno de los viajes que hizo de Marley a Londres, halló el medio de hacerse amigo del anciano Markham y de Ringwood en la taberna que dependía del Oso Negro.

Esta amistad se fue consolidando en pocos días y el leal marino prometió al barón de Markham que volvería a pasar por Compton des Bruyeres cuando regresara de la capital para tomar otra vez el mando de su buque.

Los sencillos aldeanos creían que George Duke era efectivamente lo que él aseguraba ser, es decir, un oficial de la Marina real; en cambio, más de una persona afirmaba que el buque inscrito en los registros navales del almirantazgo con el nombre de *El Buitre*, era un barco muy extraño.

Los maliciosos murmuraban en voz baja las palabras «corsario», «negrero», «pirata»; pero aun los más atrevidos guardaban estas conversaciones para cuando el capitán de *El Buitre* se hallaba lejos y no podía oír, porque la espada de George Duke salía con mucha facilidad de la vaina.

Sea lo que fuere, el generoso y alegre capitán Duke se convirtió en el amigo inseparable de los dos Markham, padre e hijo, para los cuales no había nadie que valiese tanto como él.

En el castillo de Compton se oían todas las noches el estrépito, la algazara de las risas y el ruido de los tapones de las botellas al descorcharlas. En el transcurso de una de esas juergas, durante las cuales se bebía en abundancia vinos de Borgoña y Burdeos, cuando los tres comensales estaban ya con la cabeza muy cargada de los licores y vinos generosos, el anciano Markham prometió a Duke que le daría a su hija en matrimonio.

—¡Estáis enamorado de ella, George, y la amáis! —le dijo el anciano—. Cuando muera, le dejaré dos mil libras esterlinas, y si muere Ringwood, Millicent será la que herede todas las propiedades afectas al castillo de Compton. Será vuestra, amigo mío, a pesar de cierto compromiso entre mi sobrino y mi hija; pero eso, ¡vive Dios!, no ha de ser obstáculo, porque aborrezco a ese muchacho; de modo que creo que esa sentimental se casará con vos antes de ocho días.

Duke, entusiasmado y borracho, se levantó de su sillón para estrechar la mano del viejo, al tiempo que exclamaba:

—Es la muchacha más bella de toda Inglaterra, y me agrada que sea mi mujer más aún que si se tratase de la más encopetada duquesa de Saint-James.

—Realmente no es fea —dijo Ringwood despreciativamente—, y sería más guapa si no estuviese todo el día llorando.

Respecto a lloros, el arrendatario Morrison habría podido contar que Ringwood pasó mucho rato llorando en su cocina el día en que Darrell le castigó con tanta rudeza, lloros que aumentaron cuando a continuación Morrison le dijo al joven clara y concisamente que jamás volviese a poner los pies en sus tierras, a no ser que quisiera recibir una paliza de la que se acordaría mientras viviese.

* * *

En aquella ocasión, como en otras muchas, y a consecuencia de lo ofrecido a George Duke en la juerga, se dirigieron duras y crueles palabras a Millicent, que al principio recibió la noticia con una mirada fija y apática, como si aquella desgracia fuese tan grande que no pudiera defenderse de ella.

El barón insistió.

Los ojos de Millicent se llenaron de lágrimas, y, arrodillándose a los pies de su padre y cruzando las manos en actitud suplicante, le dijo:

—¡Eso no es posible, señor! Ya sabéis que amo a mi primo Darrell, que he de ser su esposa tan pronto como deis vuestro consentimiento. En todo seré vuestra hija sumisa, pero nunca me casaré con otro que no sea Darrell.

No es necesario repetir aquí la sabida historia de la tiranía y del furor de un viejo estúpido y grosero, que no quiso dar oídos a ninguna súplica ni conceder ningún plazo; y antes de que Darrell tuviese tiempo de recibir la carta que Millicent le dirigió al hotel de Covent Garden, y antes de que los ojos de la desgraciada novia se hubiesen secado, y sin dar casi tiempo a los murmuradores de la ciudad para que hablasen sobre el asunto cuanto se les antojase, y mucho antes de que la buena Sarah pudiese concluir el traje de boda, se oyó una mañana repicar alegremente las campanas de la iglesia de Compton y se vio a Millicent Markham y a George Duke de pie ante su altar para prestarse mutuamente el juramento de fidelidad.

* * *

Darrell, por su parte, cuando recibió la carta, cuyas letras estaban medio borradas por las lágrimas, se dejó llevar de un arrebató y de un furor ciegos y, dominado por ellos, culpaba del mismo modo al barón, al capitán Duke y hasta a la desgraciada Millicent.

Loco y desesperado al ver el naufragio de su felicidad, el joven se sumergió por algún tiempo en la vida disipada de Londres en un intento de olvidar a la bella Millicent con la cerveza y el vino de Borgoña.

Era muy difícil que un matrimonio celebrado en semejantes condiciones fuese feliz.

George no tenía ninguna de las cualidades de un buen esposo.

Dotado de un carácter taciturno, manifestaba casi continuamente su mal humor y se hallaba siempre dispuesto a lamentarse de la palidez y de los ojos llenos de lágrimas de su esposa.

La mayor parte del año la pasaba a bordo de su buque, inmerso en uno de aquellos misteriosos viajes cuyo objeto ignoraba el almirantazgo, y únicamente en estas largas ausencias gozaba Millicent de algún reposo.

Tres meses después de la boda, encontraron al barón muerto en un sillón.

Ringwood, que heredó todo el dominio afecto al castillo, cerró este y se marchó a Londres, donde bien pronto se engolfó en un abismo de vicios.

En tal estado se hallaban los acontecimientos, quince meses después de celebrado el casamiento del capitán George Duke, en la época en que Darrell fue herido y dejado por muerto en el sombrío camino de los campos que conducía a Marley.

IV

La coartada

Darrell no murió a consecuencia de la excitación que temía el señor Jordan. Se fue restableciendo poco a poco, con tanta lentitud que la nieve cubrió la landa que se divisaba desde las ventanas del Oso Negro, antes de que su brazo herido estuviese bien curado y que su cuerpo débil recobrase el perdido vigor.

Mientras duró la enfermedad de Darrell, Sarah ordenó a su marido que usara zapatos de paño y que anduviese de puntillas por los corredores de la posada. A los viajeros se les relegó a una pequeña y oscura sala situada al otro lado de la casa, de modo que el barullo de sus juergas no llegase hasta el cuarto del herido.

La tristeza y el silencio reinaron en la posada como dueños absolutos hasta el día venturoso y feliz en que el doctor Jordan declaró que el herido estaba fuera de peligro.

Aquel día fue tal el júbilo de Sarah, que desfondó un barril de su mejor cerveza, con la que obsequió a todos los que se detuvieron a preguntar por el estado del pobre Darrell.

El capitán Duke estaba ausente, en viaje por las costas de España, cuando Darrell empezó a recuperarse; su vuelta coincidió con el restablecimiento total del herido.

Una espesa capa de nieve cubría la calle cuando llegó el capitán, quien halló a su esposa sentada, como siempre, al lado del fuego, en su posición acostumbrada y leyendo una novela.

Duke estaba de buen humor, y, cogiendo a Millicent entre sus brazos, sin cuidarse para nada del estremecimiento y repulsión de ésta, la besó en las mejillas.

—Traigo a casa un montón de cosas buenas, querida Molly —le dijo sentándose a su lado mientras que una robusta criada echaba más leña al fuego, que lucía con alegres chisporroteos—: una caja de naranjas y un barrilito de Jerez, verdadero oro líquido. También te traigo una gran cantidad de bonitas alhajas para adornar tu hermoso cuello y tus brazos blancos, y bellos pendientes para tus orejas.

Duke empezó a rebuscar en sus bolsillos y a poner encima de la mesa una porción de extrañas alhajas que brillaron a la luz del fuego. Había en aquel montón joyas árabes de artístico trabajo, y piedras de colores extraños que lanzaban sus reflejos multicolores sobre la pulimentada mesa de encina.

Millicent enrojeció al inclinarse sobre las alhajas y balbuceó algunas palabras para expresar su agradecimiento.

Su rubor se debía a la idea del poco valor que ella daba a aquellas bagatelas, pues su alma ansiaba otros tesoros que jamás podría alcanzar... los tesoros del profundo y sincero amor de Markham.

Mientras estas ideas acudían a su mente, el capitán la contemplaba,

aparentemente con indiferencia, aunque en realidad penetrando con la mirada en su pensamiento.

—¡A propósito! ¿Cómo se encuentra vuestro bello primo, el de ojos azules y cabellos rubios? ¿Se curó de su herida, o se ha muerto ya?

—Está mejor... sí, en la convalecencia ya... —contestó con gran dulzura Millicent.

—¿Le habéis visto?

—No le he vuelto a ver desde la noche en que me encontrasteis al lado de su cama —contestó Millicent.

Y miró a su esposo con aire tranquilo, casi orgulloso, que quería decir:

Tengo la conciencia tranquila, haced lo que queráis; no conseguiréis que tiemble o me ruborice.

Realmente Millicent tenía la conciencia tranquila, pues, aunque muchas veces había ido Sarah a verla y decirle: «Esta tarde está muy triste vuestro primo, señorita Millicent, venid conmigo y sentaos a la cabecera de su cama, aunque no sea más que durante media hora para alegrarle. La pobre vieja Sally estará a vuestro lado, y, allí donde yo estoy, los más maledicentes no tienen nada que decir», Millicent siempre rehusó.

Nadie supo nunca que algunas veces, muy entrada la noche, cuando su criada estaba dormida y los faroles de la gran calle de Compton apagados, esa misma Millicent tan inflexible salía a hurtadillas de su casa, envuelta en su largo capuchón gris, y se encaminaba a la posada del Oso Negro, delante de la cual se pasaba diez minutos, a pesar de la lluvia o de la nieve, para contemplar la débil luz de la ventana del cuarto donde descansaba Darrell.

Estando una vez en aquel sitio con los pies hundidos en la nieve, vio a Sarah, que abría la ventana, y oyó la voz de su primo, que preguntaba si estaba nevando.

Al oír aquella voz, sus lágrimas corrieron en abundancia. ¡Hacía tanto tiempo que no la oía y pensó que no volvería jamás a oírla!

Al día siguiente de llegar Duke se presentó en su casa uno de los condestables de Compton, provisto de una orden de detener al capitán, acusado de haber atacado y robado en el camino real a un viajero.

Pálido, presa de violenta ira, empezó el capitán a pasearse como una fiera enjaulada en la habitación donde se hallaba con Millicent disponiéndose a almorzar.

—Decidme, Millicent, ¿quién aconsejó a vuestro hermoso primo que hiciese prender a un hombre inocente con la intención de que os quedaseis viuda?

—¿Qué decís, George?

—¡Sin duda que no os acordáis de que vuestro muy amado Darrell sostuvo delante de vos que era yo el que le había herido!

—Recuerdo que dijo eso; pero entonces creí que aquellas palabras eran hijas del delirio producido por la calentura, y lo mismo sigo creyendo ahora.

—No esperaba menos de vuestra cortesía —respondió el capitán Duke—;

felizmente para mí, puedo poner en claro el asunto; pero eso no impide que yo agradezca menos a Darrell el servicio que me presta y su buena intención.

El condestable acompañó al capitán Duke a presencia del juez de Compton des Bruyeres, en cuyo despacho estaba ya Darrell aguardando.

La larga convalecencia del joven hacía que estuviese sumamente pálido. Llevaba el brazo en cabestrillo, porque no era completa su curación.

—Os doy las gracias, señor Markham —dijo el capitán, cruzando los brazos y apoyando la espalda contra la puerta—, por esta prueba de amistad que me dais; pronto tendremos ocasión, así lo espero, al menos, de arreglar particularmente este asunto.

* * *

El digno juez se veía en un trance muy apurado, pues, si bien era verdad que en Compton apenas conocían al capitán George Duke, parecía increíble que el esposo de la hija del anciano barón de Markham pudiese ser culpable de un ataque verificado a mano armada en el camino real.

Del modo más sencillo y franco prestó Darrell su declaración manifestando que había salido del Oso Negro para ir a Marley; que a unos cinco kilómetros de Compton un hombre —que era el acusado, y así lo juraba— le salió al camino y se le acercó pidiéndole su bolsa y su reloj. Que al ver esto sacó una de sus pistolas, pero que, mientras montaba el gatillo, el capitán Duke hizo fuego sobre él, le hirió en el brazo, lo arrojó después del caballo y lo dejó sin sentido en medio del camino.

Añadió Darrell que no recordaba nada más hasta que recobró el conocimiento en la posada, en la cual vio al acusado entre otras personas.

El juez tosió con aire de duda.

—No son raros en este país —dijo sentenciosamente— los ejemplos de personas que se han equivocado acerca de la identidad de los acusados. ¿Podéis jurar, señor Markham, que el hombre que os atacó es el capitán Duke?

—Si el hombre que está ahí en pie apoyado de espaldas en la puerta es el capitán Duke, puedo jurar del modo más solemne que él es quien me hirió y robó —respondió Markham.

—Cuando las personas que os hallaron desmayado os recogieron, ¿encontraron también vuestro caballo?

—No, mi caballo no estaba allí.

—¿Lo podríais reconocer?

—¡Reconocerlo! ¿A mi *Balmerino*? ¡Entre mil que me pusiesen delante!

—Bueno —dijo el magistrado—; eso es de una gran importancia, pues considero al caballo como un punto interesante.

Y el buen hombre meditó largo rato acerca del punto interesante, hasta que el escribano le tocó respetuosamente con el codo y le habló al oído.

—¡Ah! sí, ciertamente... entendido... —murmuró sin poder acabar de formular la frase, y después de una pausa tosió otra vez, y con voz magistral dijo:

—Señor capitán Duke, ¿tenéis algo que alegar en contra de esa acusación?

—Muy poca cosa; pero ante todo ¿seríais tan amable de enviar a buscar al señor Samuel Pecker, dueño de la posada del Oso Negro?

El juez habló un momento en voz baja con el escribano, este hizo un signo de asentimiento y el magistrado dijo en alta voz:

—¡Que vayan en seguida en busca del susodicho Samuel Pecker!

Mientras esperaban al posadero, el buen juez se quedó dormido encima de su periódico, el escribano arregló papeles y afiló plumas y, en cuanto a Darrell y Duke, no hicieron más que contemplarse fijamente. Los ojos del marino brillaban con siniestro fulgor.

* * *

Pecker se presentó ante el tribunal pálido y desgredado para cumplir antes el mandato del juez, pues creía de un modo vago que el resultado de aquella mañana podía ser para él un caso grave y que para escapar a aquel peligro sufriría antes cien muertes morales a manos de Sarah.

Así es que se comprende que respirase con más desahogo y se creyese libre de un gran peso cuando le dijeron que le llamaban simplemente como testigo.

—¿Qué tenéis que decir ahora, capitán Duke? —interrogó el juez.

—¿Queréis tener la amabilidad, señor magistrado, de dirigir dos o tres preguntas al señor Darrell Markham? —contestó Duke.

El magistrado miró al escribano, este hizo un signo afirmativo con la cabeza y el juez se inclinó, asintiendo a la petición del capitán.

—¿Queréis preguntarle —añadió este último— si sabe a qué hora se verificó ese ataque?

Antes de que el magistrado tuviese tiempo para replicar, tomó Darrell la palabra.

—Puedo responder a esa pregunta con bastante exactitud —dijo—, porque el viento soplabá a través de las landas por el lado de Compton y pude oír de un modo muy claro dar las ocho menos cuarto en el momento en que ese hombre se me acercó.

—¿En el instante en que me acerqué a vos? —preguntó el capitán.

—Sí, en el momento en que os acercasteis —respondió Darrell.

—¿Seríais lo bastante amable, señor Pecker, como para decir al señor magistrado en dónde me hallaba yo a las ocho menos cuarto la noche del 27 de octubre?

—Estabais en la posada del Oso Negro, capitán —respondió Pecker, respirando con dificultad y a largos intervalos—; recuerdo que vinisteis de la otra habitación a preguntarme qué hora era y que subí a la escalera para mirarla en el viejo reloj que ha sido de mi padre, y que señalaba las ocho menos diez.

—¿Había alguien más aquella noche en la sala grande que haya podido verme y

oír cómo os hice semejante pregunta, no es verdad, señor Pecker? —añadió el capitán.

—Había muchísimas personas, todas conocidas, que vieron cómo arreglabais vuestro reloj y lo poníais a la misma hora que señalaba el de mi padre —replicó Samuel, y con gran asombro de los que lo escuchaban, añadió:

—No sois vos, señor Duke, quien robó e hirió al señor Darrell Markham; pero sé quién es.

Al oír esto, se produjo gran estupefacción en el santuario de la justicia.

—¡Lo sabéis! —exclamó el magistrado—. ¿A qué se debe entonces que lo hayáis tenido tan callado tanto tiempo y no lo hayáis manifestado a los que tienen el derecho de saberlo? ¡Habéis obrado muy de ligero, señor Pecker, no haciendo antes esa declaración!

El desdichado Samuel Pecker comprendió que se había comprometido.

—El que hizo eso era tan capitán Duke como yo —balbuceó—; ¡ha sido otro!

—¡Otro! ¿Quién?

—El que detuvo su caballo delante de la puerta del Oso Negro y me pidió que le dijese cuál era el camino de Marley.

Cuantos esfuerzos se intentaron para hacer que se explicase más fueron inútiles, pues el escribano y hasta Darrell le interrogaron muchísimas veces; pero el posadero repitió con gran tenacidad una y otra, que ante la puerta de la posada se había detenido un hombre que le preguntó por el camino, que aquel hombre se parecía muchísimo al capitán Duke y que este parecido era tan notable que tanto Homerton como él se equivocaron tomándole por el capitán.

El pobre posadero se ahogó, balbuceó y embrolló en sus palabras; pero siempre, y a pesar de todo, continuó sosteniendo lo mismo, jurando que no mentía y rogando encarecidamente que se llamara a Homerton.

Tanto insistió Pecker, que el juez decidió enviar en busca del herrero Homerton, y este declaró que creía sinceramente que el capitán Duke era el que se había detenido delante de la posada mientras Darrell, Pecker y él mismo hablaban en aquel sitio.

Esta declaración perdió, sin embargo, su valor destruida por un hecho irrefutable. Un cuarto de hora después de marcharse el viajero hacia Marley llegó a la posada el capitán por la gran calle de Compton.

Ni el juez ni su escribano pudieron objetar nada a esto.

Pero mientras discutían en voz baja el asunto sin llegar a tomar determinación alguna, el capitán halló el medio de obtener su libertad.

—Supongo, señor juez, que la acusación no tiene razón de ser y que no es necesario que yo continúe aquí —dijo Duke.

El magistrado asió por los pelos esta ocasión que se le ofrecía y dijo solemnemente:

—La acusación no tiene razón de ser, señor Duke; ahora mismo pensaba deciros que vuestra presencia aquí no es necesaria; por lo tanto, podéis retiraros.

—Gracias, señor juez; pero...

—Salís de esta sala —prosiguió el digno funcionario— con tan buena reputación como antes de entrar.

Y luego, volviéndose hacia Darrell, añadió:

—Siento mucho, señor Markham, que este asunto aparezca rodeado del misterio, siendo lo único evidente que habéis confundido a las personas. Se trata de un caso arduo y difícil para la ley; pero, como ya os he dicho, considero el caballo perdido como un punto... un punto interesantísimo.

El juicio había terminado. Darrell y el capitán salieron de la sala.

—Tengo que ajustar una pequeña cuenta con vos, señor Markham, respecto al asunto de esta mañana —dijo el capitán a su acusador cuando estuvieron en la calle.

—¡Yo no me bato con un ladrón!

—¡Cómo! ¿Os atreveríais?...

—Sí, me atrevo a sostener que no creo ni una palabra del cuento de George Duke y su sombra, y sí que habéis arreglado una coartada con cualquier superchería en el reloj de la posada, así que sigo creyendo que sois el hombre que hizo fuego sobre mí.

—¡Caras os han de costar esas palabras! —gruñó el capitán, apretando los dientes.

Y, dicho esto, se dirigió rápidamente a su casa.

Darrell se fue aquella misma tarde de Compton en la diligencia, tras haberse quedado sin caballo, sin reloj y sin dinero, para empezar de nuevo a buscar fortuna en Londres, en donde los corazones son fríos y duros como la piedra.

V

Millicent halla la sombra de su marido

Habían pasado unos quince días desde que se marchó Darrell cuando avisaron al capitán de que *El Buitre* estaba dispuesto a zarpar, por cuya razón Duke se trasladó a Marley para presenciar los últimos preparativos.

—Partiré el día 30 —dijo el capitán a su esposa el día en que se fue de Compton—, y como es probable que no tenga tiempo de volver a decirte adiós, desearía que vinieses conmigo para que nos podamos despedir.

—Iré con vos si así lo deseáis, George —contestó dulcemente Millicent.

—¡Muy bien! Por aquí pasa la diligencia que va de York a Carlisle; como se detiene en Marley, podíais tomar un asiento en ella.

—Está bien, George.

La nieve no había desaparecido de los campos de Compton cuando una sombría noche de enero Millicent esperaba delante de la posada del Oso Negro la llegada de la diligencia de Carlisle.

Sarah se indignó y gritó mucho cuando supo que Millicent iba a hacer aquel viaje con tiempo tan malo y en pleno invierno.

—El capitán está loco —dijo la posadera— para mandaros que hagáis ese viaje de cuarenta kilómetros, en una diligencia vieja y desvencijada en la que entra el frío por todas partes. Si lo que propone es que cojáis un reuma que cause vuestra muerte, creed que lo conseguirá, señora Milly, pues ha puesto de su parte cuanto podía.

Antes de que terminara de hablar la señora Pecker, llegó la diligencia. Uno o dos viajeros se asomaron a las ventanillas y pidieron agua y coñac, mientras cambiaban los tiros.

Otros que por lo visto no tenían tanto miedo de quedarse helados bajaron y entraron en la posada para estirar las piernas, calentarse un poco delante de la inmensa chimenea y beber un vaso de cerveza.

Un hombre sentado al lado del mayoral fue el único que se negó a bajar. Tenía la cara vuelta hacia los campos y se entretenía en mirar fijamente la vasta extensión cubierta de nieve.

Llevaba un sombrero de tres picos metido hasta los ojos, y una bufanda y el cuello de su grueso abrigo el cubrían el rostro y parte de las orejas.

La señora Pecker ayudó a Millicent a subir al coche y la colocó en un rincón bien abrigado, arropándola además con un grueso mantón.

—Lo mejor que podíais hacer, señorita Milly, era coger una bufanda de Samuel para abrigaros cabeza y cuello y uno de sus abrigos para los pies. Hace mucho frío para emprender este viaje.

Millicent rehusó ambas cosas y abrazó a su nodriza, de cuyos brazos no se separó

hasta que el mayoral arreó el tiro.

—¡Que Dios te bendiga, Sally! —dijo la señora Duke—. Quisiera que el viaje hubiera terminado ya y estar de regreso a tu lado.

La diligencia echó a andar sin dar tiempo a la posadera para contestar.

* * *

Millicent halló a su esposo aguardándola en la posada donde se detenía la diligencia.

—Llegas a tiempo, Milly —le dijo—, porque *El Buitre* se hace esta noche a la mar.

El capitán vivía en una taberna situada en la calle principal de Marley, y a ella condujo a su esposa.

La calle estaba iluminada con faroles de aceite que reflejaban su luz mortecina y vacilante en los rostros de los transeúntes.

La joven volvió la cabeza y reparó en que el misterioso viajero de la diligencia iba detrás de ellos.

El capitán sintió de pronto que la mano de su esposa le oprimía el brazo como si se hubiese asustado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¡Mira ese hombre!

—¿Qué hombre?

—Uno que viajaba en la cubierta de la diligencia y cuya cara no pude ver; ahora viene detrás de nosotros.

George Duke miró hacia atrás y no vio nada: el viajero había desaparecido.

—¡Eres una loca, Millicent! —dijo—. ¿Qué tiene de particular ver en la calle a un compañero de viaje diez minutos después de la llegada de la diligencia?

—Parecía seguirnos...

—Siempre serás tan inocente como todas las provincianas; ¿cuándo aprenderás a ser razonable?

El capitán de *El Buitre* parecía hallarse de mejor humor que de ordinario durante aquella helada noche de invierno.

—Dentro de veinticuatro horas, querida Milly —le dijo—, estaré muy lejos de aquí. Nadie que no sea un marino puede comprender lo que me aburre la estancia en tierra. Ayer por la tarde recibí noticias de tu hermano Ringwood.

—¿Malas noticias?

—Sí; para ti, que heredas todo si muere soltero, son malas noticias. Lleva una vida disoluta en Londres y se gasta su fortuna en las tabernas y en otros sitios peores. Felizmente para ti las tierras de Compton están aseguradas y no puede venderlas ni hipotecarlas.

La posada en que vivía el capitán daba al mar, y Millicent pudo ver desde sus ventanas, cuando estaban cenando, las luces de *El Buitre*.

—¿A qué hora pensáis zarpar, George? —preguntó la señora Duke.

—Poco antes de las doce. Puedes venir conmigo hasta el muelle, y mañana por la mañana te vuelves a Compton.

—Haré cuanto deseéis, George. ¿Durará mucho el viaje?

—No, esta vez pienso volver en seguida, lo más tardaré dos o tres meses.

Millicent sufrió con esta respuesta, pues se consideraba feliz durante las ausencias de su marido en su limpia y hermosa casa: con las amigas de su infancia, con sus novelas y, sobre todo, con su viejo e inseparable compañero el dogo blanco y rojo. Con todo esto, se creía dichosa, y más aún con el constante recuerdo de Darrell.

* * *

Estando George y su mujer hablando de sobremesa, se presentó uno de los criados de la posada para decir al capitán que un individuo preguntaba por él.

—¿Quién preguntará por mí? —dijo Duke con impaciencia.

—Un hombre con un gran sombrero y un abrigo de pieles.

—Decidle que estoy ocupado, porque dentro de poco rato voy a emprender un viaje.

—Ya se lo dije, capitán; pero ha respondido que deseaba veros. Asegura que hizo un viaje de más de trescientos kilómetros con ese único objeto.

—¡Maldito importuno! —exclamó el capitán, dando rienda suelta a la cólera que le dominaba—. Que suba a mi cuarto, y tú, Millicent —añadió, cuando se marchó el criado—, coge una de esas luces y vete al cuarto de enfrente que es la alcoba. Anda, mujer, anda.

Millicent atravesó apresuradamente el descansillo de la escalera y entró en el dormitorio indicado por Duke, no sin haber antes reconocido en el que esperaba a su esposo, y que a la sazón subía la escalera, al viajero de la cubierta de la diligencia, y no sin oír a su esposo exclamar al entrar este en la habitación:

—¡Vos aquí! ¡Sois vos el que preguntaba por mí! ¡Vive Dios que me lo había figurado!

* * *

En la chimenea del dormitorio del capitán ardía un buen fuego, delante del cual permaneció Millicent sentada un gran rato, más de una hora, tiempo durante el cual se preguntó más de una vez quién podía ser el hombre que sostenía tan larga y misteriosa conversación con su esposo.

De vez en cuando oía las voces vibrantes de los dos hombres como si regañasen; pero no podía comprender ni una palabra.

Daban las once en el reloj en el mismo momento en que se abrió la puerta del

salón y salió el desconocido.

El capitán entró en su dormitorio, diciendo:

—¡Vamos! No me queda más que una media hora que pasar a tu lado antes de marcharme; ponte el sombrero y ven conmigo.

* * *

Era una noche fría y clara del mes de enero.

Iluminadas por la luz de la luna, las siluetas de las antiguas casas parecían más agudas y recortadas sobre el cielo azul, y aquí y allá se veían claramente los cordajes de los barcos, las anclas desechadas, los sacos de arena colocados al lado del parapeto, las cadenas, los barriles, las gruesas anillas fijadas en la muralla y esos mil objetos que suelen encontrarse en los muelles de un puerto.

Millicent se estremeció al cruzar aquellos sitios solitarios y tristemente iluminados por una luz blanquecina que les comunicaba extraño y fantástico aspecto.

Una o dos veces miró de soslayo al capitán, y, al observar el fruncimiento de su entrecejo y sus labios convulsivamente cerrados, comprendió la agitación de su espíritu.

Al poco rato de emprender el camino dejaron atrás las últimas casas y entraron en el muelle, que se extendía mar adentro.

—El bote me debe esperar al final de este muelle —dijo el capitán—; la marea sube y el viento es favorable.

Continuaron andando un rato, sin que el uno ni el otro rompiesen el silencio. Millicent miraba de vez en cuando a su esposo. De repente este se volvió hacia ella y con acento brusco le dijo:

—¿Llevas encima alguna sortija o alguna otra pequeña alhaja?

—¿Una sortija? —repitió Millicent turbada por lo inesperado de la pregunta.

—Una sortija, un broche, un medallón, una cinta, cualquier cosa.

—Llevo puestos los pendientes de diamantes.

—Dame uno entonces. Tengo el capricho de llevar conmigo algún recuerdo tuyo durante el viaje.

La señora Duke se quitó el pendiente y se lo dio.

Tal era su indiferencia, que no se le ocurrió siquiera preguntar para qué quería su esposo aquella joya.

—Acuérdate —prosiguió el capitán guardándose el pendiente— de que si algún día se presentase ante ti un hombre asegurando que es tu marido, no creas que es George Duke si no te presenta esta alhaja.

—¿Qué quieres decir, George?

—Cuando regrese a Compton, exígeme que te enseñe el pendiente igual al que tú guardas, y si no puedo enseñártelo...

—¿Qué haré entonces, George? —interrumpió su mujer.

—Echarme de casa como a un impostor.

—Podéis perderlo, sin embargo.

—No tengas cuidado, no lo perderé.

Volvieron a quedar silenciosos y continuaron andando a lo largo del muelle, sobre cuyas piedras iluminadas por la luna se extendían y alargaban lúgubrementemente sus sombras.

Se hallaban entonces a un kilómetro de las últimas casas; la más completa soledad les rodeaba por todas partes, y únicamente se oía el rumor de sus pisadas y el chocar de las olas sobre el bastión de piedra.

La barca de *El Buitre* estaba esperando al final del muelle. El capitán Duke cogió a su esposa entre sus brazos y la besó en la frente.

—Solitario es el paseo que tienes que dar hasta llegar a la posada, Milly —le dijo—. ¡Hasta la vuelta y que Dios te guíe! ¡No te olvides nunca de lo que te encargué esta noche!

Algo inusitado en los modales del capitán, una ternura desconocida en él y a que no la tenía acostumbrada, conmovió a Millicent, que le detuvo en el momento en que iba a bajar los escalones del muelle.

—Adiós, George, yo rogaré por vos mientras estéis embarcado lejos de mí.

El capitán estrechó su mano temblorosa.

—¡Adiós, Millicent! —dijo—. ¡Acuérdate!

Millicent vio a los marineros empujar la lancha con los bicheros, dejar caer los remos y oyó el ruido cadencioso y acompasado de éstos al penetrar en el agua, sobre la que se deslizó ligera hasta perderse en la lejanía.

Millicent permaneció un rato en pie en el muelle, contemplando la lancha, hasta que no fue más que una mancha negra apenas perceptible sobre las olas, y después emprendió apresuradamente el regreso a la población.

Daban las doce en los diferentes relojes de Compton cuando la señora Duke se acercó al centro del muelle. Uno a uno y con algún intervalo de diferencia dieron todas las horas, y sus campanadas lentas y sonoras, debilitadas por la distancia, prolongaban el eco, de modo que la miedosa Millicent se imaginó que Marley y el mar temblaban con aquellas sonoras vibraciones.

Al extinguirse el eco de la última campanada, y cuando reinó otra vez el más profundo silencio, oyó el paso de alguien que se acercaba a donde ella estaba.

Millicent tenía necesariamente que pasar por delante de aquel hombre para entrar en la ciudad.

Extraño y vago temor se apoderó de pronto de Millicent. Podía ser un ladrón, un perdido que quizás la atacara y le robase.

El ruido de los pasos era cada vez más perceptible. La silueta del desconocido se iba mostrando cada vez más nítida y recortada sobre el fondo del muelle, iluminada por la luna... Pronto se encontró cara a cara con la señora Duke.

Ésta se detuvo. Sus pies parecían haberse clavado en el suelo, y un frío

sobrenatural estremeció su cuerpo.

Inertes e impotentes cayeron sus brazos, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaron con fijeza el rostro de aquel hombre, que llevaba un traje azul y un sombrero de tres picos inclinado airoosamente a un lado.

Millicent estaba sola; tan sola que habría necesitado andar un kilómetro antes de llegar a las primeras casas de Marley: no podía esperar ningún socorro humano, y se hallaba sola a medianoche con ¡LA SOMBRA DE SU MARIDO!

¡No! No era una ilusión ni el error nacido de una imaginación dominada por la calentura. ¡Allí, delante de ella, había una sombra que rasgo por rasgo tenía la misma cara y el mismo cuerpo que George Duke!

Dominada por el miedo, tropezó al pasar por delante de aquel fantasma aterrador, y luego, haciendo un llamamiento a todo su valor, echó a correr en dirección a las casas.

Una sirvienta de la posada salió a recibirla. Un buen fuego de carbón de piedra ardía en la chimenea del salón; allí, al menos, todo estaba tranquilo y sonriente.

Millicent se arrojó sollozando en brazos de la criada:

—¡No me abandonéis! —la dijo—. ¡No me dejéis sola en esta horrible noche! He oído hablar mucho de cosas extraordinarias en las que hasta ahora no creí...

Millicent se detuvo para tomar aliento.

—El buque que zarpó esta noche va a hacer un viaje afortunado. ¡He visto la sombra de mi marido!

VI

Sally descorre el velo del pasado

Había transcurrido casi un año desde aquella noche de invierno en la que Millicent se encontró cara a cara con la sombra de su marido en el largo muelle de Marley.

Esta historia la sabía todo el mundo en Compton des Bruyeres, lo que no tenía nada de particular, porque Millicent se la contó a la buena posadera señora Pecker, tras recomendarle encarecidamente y hasta exigirle que guardase el secreto.

Sally, en un principio, trató efectivamente de guardar este secreto solemne, pero fueron tales sus reticencias que antes de pasar tres días todos sabían en Compton que la posadera del Oso Negro ocultaba alguna cosa.

Lo natural es que la revelación de este misterio se hiciese poco a poco y no de una vez y en seguida.

Una vez transcurridos los tres meses fijados para la duración del viaje de *El Buitre*, y al ver que el capitán Duke no volvía, las buenas gentes de Compton empezaron a mirarse unos a otros, intercambiando significativos gestos, pues nadie creía que volvería a verlo vivo en Inglaterra.

Millicent ignoraba cuanto se decía en Compton acerca de este particular.

Encerrada siempre en su casa, no hacía más que entregarse a la lectura de sus libros, y se pasaba la vida sentada en un sillón delante del fuego con su perrillo rojo y blanco, echado a los pies, y el medallón regalo de Darrell colgado al cuello.

Transcurrieron días y noches. La hierba creció en los prados, y montones de verdes pastos cubiertos de rocío cayeron bajo la guadaña del segador; los labradores cubrieron de rastros los redondos montones de heno levantados al lado de sus granjas; creció el trigo y se doraron las espigas; los enormes carros gimieron bajo el peso de la recolección, los cáñamos se secaron con las brisas del otoño y las bayas del ciruelo silvestre se volvieron negras en los setos; las hojas de los árboles se arrugaron, y el viento cubrió con ellas el suelo; brilló la primera helada en los campos blanquecinos, y las nieves de noviembre envolvieron todo sin que se recibiesen en Compton noticias del capitán Duke ni de *El Buitre*.

—No hace más que diez meses que se marchó —contestaba Millicent a Sally cuando ésta le indicaba que sería conveniente que se vistiese de luto—. Además, George Duke es un marino al que siempre le gustó poco volver a casa al lado de su esposa. Aunque hubiesen pasado ya tres años desde que se marchó, pensaría lo mismo que pienso hoy, y confieso que no me extrañaría verlo entrar cualquier día. Así es que estoy decidida a esperarlo.

—Al que habéis encontrado en los muelles de Marley no digo que no, señorita Millicent —respondía siempre Sally con tono solemne—. Cosas semejantes a las que vos y Samuel habéis visto el pasado invierno son signos bastante claros, y me parece

que es dudar de la Providencia no creer después de esto que vuestro esposo ha muerto ahogado. Tres veces soñé que veía a mi primer marido, Thomas Masterton, muerto encima de unas rocas en medio de una mar furiosa, y a la tercera me vestí de luto.

—Pero habrías recibido la noticia exacta de su muerte.

—No tenía más pruebas que su ausencia de diecisiete años, señorita Milly. ¿No es bastante esto para que una mujer se considere viuda?

Cierto día estaba Millicent sentada junto a Sally, delante de la chimenea de una de las más pequeñas y confortables salas de la posada del Oso Negro.

Ésta era una de las pocas alegrías que tenía la pobre joven, pasar unas cuantas horas, de esas largas e interminables noches de invierno, al lado de la buena Sally, oyendo los gemidos del viento en el cañón de la chimenea y las gotas de lluvia que chocaban contra los cristales, hablando de épocas pasadas.

Sarah Masterton había sido durante muchos años ama de gobierno en el castillo del padre de Millicent, a pesar de lo cual la joven nunca la había oído hablar de su marido Thomas Masterton el marinero; pero una de esas sombrías noches de noviembre, algunas palabras que se le escaparon a Sarah, le llamaron la atención y sintió vivos deseos de saber algunos detalles referentes a la vida del primer marido de Sarah.

—¿Era bueno para ti? ¿Le querías mucho, Sarah? —le preguntó Millicent.

La posadera miró tristemente el fuego antes de contestar.

—Hace muchísimos años de eso, y apenas puedo acordarme. Era yo muy joven cuando vino por primera vez a Compton. Le amaba mucho, señorita Milly, pero él, en cambio, no fue bueno para mí.

—¿No era bueno para ti, Sarah?

—Fue excesivamente cruel —respondió Sarah con voz ahogada y llenándosele los ojos de lágrimas—. Yo tenía algún dinero que había heredado de mi abuelo, y era este dinero lo único que él quería. Mis ahorros me los arrancó guinea a guinea, pero a la fuerza, señorita Milly; así se lo llevó todo, dejándome sin ropa para cubrir mi cuerpo y sin pan que llevarme a la boca. Ahora me veis aquí con Samuel; ya sabéis cómo le trato y que hago cuanto se me antoja, y que no hay más voluntad que la mía; pues bien, si entonces me hubierais visto, con seguridad habrías dicho que no era la misma mujer... ¡Tenía mucho miedo a Thomas Masterton!

—¿Por qué le tenías miedo? —exclamó Millicent con tono cariñoso y tratando a su vez de ser la consoladora.

—¡Porque era muy malo!... No os he dicho aún toda la verdad ni se la dije ni diré jamás a otra persona que no seáis vos. Sostuve siempre que era marinero y no dije la verdad; fue contrabandista, y de los más temerarios y valientes que desafiaron a los guardias del tesoro real. Esto lo descubrí después de mi casamiento.

Millicent escuchaba a Sarah teniendo una de sus gruesas manos entre las suyas delicadas y blancas, mientras sus ojos azules se fijaban tenazmente en el fuego. Después de una pausa, Sarah exhaló un suspiro y continuó hablando:

—Si Masterton no hubiese sido más que contrabandista, lo habría soportado con resignación, porque en aquella época tenía yo mejor carácter, y más acomodaticio que ahora. No vivíamos en Compton, sino en un villorrio situado a la orilla del mar, lo cual favorecía el infame tráfico de mi marido.

»Hacía cinco años que vivíamos juntos y no me atrevía a quejarme de ninguna privación de las muchas que sufría, ni me importaba lo que hacía o dejaba de hacer, porque tenía a mi lado un consuelo y una alegría, la felicidad de mi vida... un hijo que había nacido al año siguiente de salir nosotros de Compton. El cariño de aquel niño de rizados cabellos y negros ojos ahogaba todas mis penas.

»Pero aún tendría, señorita Milly, que soportar lo más doloroso, lo más amargo de toda mi vida. Tenía el niño cuatro años no cumplidos cuando a su padre se le metió en la cabeza la repugnante idea de habituarle a sus odiosas costumbres. Le enseñó a blasfemar como él, hasta tal punto que su inocente boca, que apenas sabía pedir pan, se convirtió en una maldición para él y para cuantos le rodeaban y querían.

—¡Oh! ¡Es horrible! —exclamó conmovida Millicent.

—¡Oh! Sí, muy horrible, señorita Milly; yo no podía consentir aquella indignidad y una noche se lo dije a Masterton. Tal vez estuve demasiado violenta al decírselo, dejándome arrebatado por la cólera, pero le advertí de que pensaba llevarme al niño conmigo o irme a vivir muy lejos de su lado; que me pondría a servir, a ganar para mi hijo y para mí, y que procuraría educarle para que fuera un hombre honrado.

Masterton se echó a reír, y me dijo que podía hacer de aquel muñeco lo que tuviese por conveniente. Así lo creí, pues pensaba que realmente no se preocupaba por él. Me quedé dormida con mi hijo en los brazos, tras haber tomado la resolución de irme al día siguiente muy temprano a Compton, en donde tenía algunos amigos. Cuando desperté, mi hijo ya no estaba allí, y desde entonces no volví a saber de él ni de Masterton.

—¿Y te quedaste sola en el pueblecillo?

—Permanecí más de un año, esperando siempre que volvería con el niño, mas nunca llegué a recibir noticias tuyas. Pasado ese tiempo, volví aquí, en donde entré de ama de gobierno en casa de vuestro padre, donde fui dichosa durante algunos años. Nunca, sin embargo, he podido olvidar a mi hijo, y todas las noches sueño con él, con sus hermosos ojos negros.

—¡Oh! ¡Sally! ¡Mi buena Sally! ¡Cuánto has sufrido y qué horas más tristes debes de haber pasado! ¡Cómo odiarás la memoria de ese hombre!

—No debemos hablar mal de los que ya no existen, señorita Milly. ¡Que descansen en paz cargados con el peso de sus pecados! ¡Esperemos que vengan días más venturosos para nosotros! Pecker ha sido un amigo fiel y cariñoso para mí, y bendigo a la Providencia que le envió al castillo e hizo que nos tratásemos. Muchas tardes...

En este instante se presentó Pecker en la puerta de la habitación llamando a su mujer, que le contestó bruscamente.

El pobre posadero se retiró turbado y triste sin haber obtenido la respuesta que deseaba.

Sarah creyó que debía ocultar a su esposo los buenos sentimientos que la animaban respecto de él, temerosa sin duda de que si le mostraba algo, aunque fuese poco, de la ternura y reconocimiento que sentía hacia él, perdería su autoridad y predominio.

Darrell escribía todas las semanas una carta a Sarah Pecker, que pasaba grandes trabajos para garrapatear una respuesta y decirle que el capitán Duke continuaba de viaje y que no se sabía nada de él.

Por Sarah supo la señora Duke que su primo había llegado a Londres y de su empleo como secretario particular de un noble lord escocés.

VII

Darrell encuentra su caballo

Una noche de noviembre, neblinosa y fría, mientras Millicent estaba sentada en el salón del Oso Negro con la cabeza apoyada en las rodillas y fija la mirada en el ardiente hogar, Darrell cabalgaba hacia el oeste.

Era portador de una carta de su amo lord C..., dirigida a un caballero del condado de Sommerset, cuyas propiedades estaban situadas cerca de Bristol.

Las ventanas de los pisos altos de la posada estaban iluminadas de un modo brillante y oía el choque de los platos y de las copas, el estrépito de las canciones y de las carcajadas.

Darrell entregó las riendas del caballo al mozo de cuadra, al tiempo que le daba algunas instrucciones acerca del modo en que tenía que tratar a su cabalgadura.

—Después de comer iré a ver cómo le habéis tratado —añadió por último—, porque mañana he de andar mucho y necesito que el caballo esté descansado.

El posadero guió a Darrell a través de largos corredores hasta dejarle en su habitación, y como mostrara el joven su asombro por el bullicio que conmovía la posada, contestó su guía:

—Son unos caballeros muy alegres. Hace mucho tiempo que están en la mesa. Sir Lovel Mortiner no tiene rival en eso de hacer circular una botella entre sus convidados.

—¿Sir Lovel Mortiner?

—Sí; es un rico baronet de Devon que viaja acompañado de algunos amigos. Se dirigen a Londres.

—No conozco a nadie que se llame sir Lovel Mortiner en el país de Devon.

—Pues tiene el aspecto de una persona acostumbrada a vivir con mucho lujo.

Como Darrell no deseaba enterarse de las costumbres del baronet de Devon, no insistió en sus preguntas, y pasó a ocuparse tan solo de despachar su sencilla y frugal comida, que remojó con media botella de Burdeos, y de dirigirse luego a las cuadras.

Le acompañó su palafrenero para enseñarle las cuadras, que eran espaciosas y con dieciséis plazas, a la sazón ocupadas.

—Todos estos caballos pertenecen a sir Lovel Mortiner y a sus amigos.

Y al mismo tiempo que decía esto, el palafrenero dio una palmada en la grupa a uno de los caballos, que se volvió y, agitando la cabeza, miró a los visitantes.

—Este es el mejor y más hermoso de todos, y aun mal pagado valdría veinte guineas.

Darrell se estremeció y, sin poder contenerse, se arrojó sobre el caballo y le cogió por las orejas, haciéndole bajar la cabeza al nivel de la suya.

—Tened cuidado, señor —exclamó alarmado el mozo de cuadra—, que ese

caballo es de mal carácter y hace poco quiso morder a uno de mis compañeros.

—A mí no me morderá, no tenga cuidado. Dadme la linterna —contestó Darrell.

—No os fiéis de ese caballo, señor, tiene malas pulgas —repitió el mozo de cuadra retrocediendo.

—¡Vamos! Dadme pronto la linterna, buen hombre, ya veréis cómo conozco su genio mejor que vos.

El mozo de cuadra obedeció de muy mala gana.

—¿Reconocéis a vuestro amo, no es verdad, mi viejo *Balmerino*? —dijo el joven poniendo la luz delante del caballo.

El caballo comenzó a relinchar alegremente.

—Parece que ese caballo os conoce, señor —exclamó el mozo.

—Ya lo creo —prosiguió Darrell, acariciando con la mano el cuello de *Balmerino* —, lo he montado durante siete años y lo perdí el año pasado. ¿Conocéis a ese sir Lovel Mortiner que lo posee hoy?

—Muy poco, señor, lo único que sé es que es todo un caballero y muy apuesto. Se detiene siempre en esta casa cuando viene o va a Londres.

—¿Sucede esto con mucha frecuencia?

—Seis u ocho veces al año.

—¡Mucho le gusta a ese caballero andar por los caminos reales! —murmuró Darrell—. ¿Hace mucho tiempo que monta ese caballo?

El mozo vaciló y movió la cabeza con aire pensativo.

—He visto tantos caballos bayos que no puedo asegurarlo fijamente.

—De buena gana daría cien libras por el encuentro de esta noche, mi buen *Balmerino*, mi viejo amigo —murmuró Darrell—, aunque sean bien pocos los puñados de guineas que me quedan en este mundo.

Luego, dirigiéndose al mostrador, llamó aparte al posadero.

—Deseo hablar a uno de los huéspedes que tenéis arriba —le dijo—, pues necesito que sir Lovel Mortiner responda a dos o tres preguntas que he de hacerle antes de marcharme de esta casa.

El posadero se asustó ante la idea de molestar a su noble parroquiano.

—Sir Lovel no es hombre al que guste que le molesten —contestó—, pero si sois uno de sus amigos...

—Esta noche he oído su nombre por primera vez; pero cuando un caballero monta un caballo que no es suyo, debe estar dispuesto siempre a responder a ciertas preguntas.

—¿Que sir Lovel Mortiner monta un caballo de otro caballero? —dijo el posadero asustado—. ¡Os equivocáis, señor!

—Acabo de ver en vuestras cuadras un caballo que ante cualquier tribunal de Inglaterra juraría que es el mío.

—También puede suceder que un caballero se equivoque.

—Durante siete años monté a *Balmerino* —dijo Darrell—, así que me haréis el

favor de pasarle mi tarjeta a ese caballero y decirle que deseo tener con él una entrevista de cinco minutos.

El posadero obedeció a regañadientes.

Sir Lovel Mortiner ocupaba una gran sala de artesonado techo, brillantemente alumbrada con velas colocadas en candelabros de brazos clavados en las paredes y arañas pendientes del techo.

Delante de la chimenea, de prolija labor, y en la cual ardía un montón de troncos chisporroteando alegremente, y en un enorme y cómodo sillón de esculpida encina, se hallaba tendido indolentemente un joven de aire afeminado.

Vestía el joven una magnífica bata; calzaba zapatos diminutos con rojos y altos tacones y magníficas hebillas de brillantes. Su peluca enorme y rizada le cubría casi toda la cara.

Estaba solo, a pesar de verse en la sala multitud de botellas vacías y cerca de él en un velador dos vasos de ponche.

—Sentaos, señor Markham —dijo a Darrell indicándole una silla con una mano cubierta de sortijas y hermosa como la de una mujer—. ¡Hacedme el obsequio de sentaros! Traedme una botella de clarete, Byers, pero que sea mejor que el último que trajisteis, que no valía nada.

La voz de sir Lovel Mortiner era clara y sonora, pero hablaba lánguidamente y arrastrando las palabras, como solían hacerlo los elegantes de Ranelagh.

Darrell contó sencillamente de qué modo había reconocido a su caballo en la cuadra.

—¿Y cuándo le habéis perdido?...

—El mes pasado hizo un año.

—¡Qué cosa más rara! —replicó sir Mortiner tartajeando—. Pues en julio último di por ese caballo cincuenta guineas en la feria de Barnstaple.

—¿Recordáis a quién se lo habéis comprado?

—Sí, lo recuerdo perfectamente, a un hombre anciano, con el pelo blanco, que decía ser arrendatario en Devon.

—Ya veo que se han borrado todas las huellas que podían ayudarme a encontrar al granuja que me lo robó, juntamente con la bolsa, el reloj y algunos papeles de bastante importancia, en los campos de Compton.

Un extraño fulgor iluminó los negros ojos de sir Lovel Mortiner. Esta inquieta mirada se avenía mal con la voz del baronet y sus maneras lánguidas.

—¿Seríais tan amable de contarme la historia de vuestro encuentro con los caballeros del camino real? —dijo sir Mortiner.

Darrell relató su encuentro con los ladrones, omitiendo únicamente todo lo que se refería al capitán Duke y a Millicent.

—No espero que me creáis bajo mi palabra y que acojáis mis pretensiones respecto a la posesión de ese caballo, pero, si queréis bajar conmigo a las cuadras, veréis cómo ese fiel animal se acuerda de su antiguo amo.

—No es necesario que baje a las cuadras —contestó el baronet—, soy de esos hombres que jamás dudan de la palabra de un caballero.

El posadero entró en este instante con dos vasos y una botella. Sir Mortiner escanció el vino invitando a su visitante.

El baronet, que parecía encantado con la compañía de Darrell, habló de la metrópoli, y se jactó de sus conquistas, hasta que de pronto, pasando de un asunto a otro, abordó la cuestión política.

Darrell, que había demostrado gran paciencia escuchando aquella charla insustancial, se puso serio.

—Parece que no os interesáis por ningún partido, señor Markham —le dijo Mortiner después de haber hecho grandes esfuerzos por descubrir la opinión del joven.

—No mucho, sir —replicó Darrell—, me eduqué y viví mucho en el campo, en donde todo lo que sabemos de política se reduce a echar a vuelo las campanas el día del cumpleaños del rey y a rogar a Dios para que conserve la vida de su majestad los domingos y días de fiesta en la iglesia durante el oficio.

Sir Lovel Mortiner se encogió de hombros.

—¿Queréis acompañarme a comer? —le preguntó a Darrell—. Mis amigos están demasiado borrachos para ello, y me daría por muy satisfecho si os quedaseis aquí para beber un vaso de ponche.

Darrell se excusó cortésmente.

—He de emprender mi viaje mañana muy temprano, y me gustaría pasar tranquilamente la noche.

El baronet no se conformó, y Byers, que atendía personalmente a un huésped de tanta importancia, recibió orden de servir la cena.

—Mientras cenamos —dijo el baronet—, podemos llegar a un arreglo amistoso a propósito del caballo, señor Markham.

Darrell se inclinó.

El arreglo que hicieron consistió en que Darrell entregaría al baronet veinte libras esterlinas y su caballo gris a cambio de *Balmerino*. Sir Lovel Mortiner se avino gustoso a perder diez libras en el cambio.

Darrell y el baronet se separaron como los mejores amigos del mundo, y al día siguiente el pavimento de las calles de Reading y la carretera de Rath sintieron el golpeteo de las herraduras y los alegres relinchos de *Balmerino*.

* * *

Darrell comió en Marlborough, y, cuando la noche vertió su negrura sobre el camino y una espesa niebla se extendió por todas partes, se encontró en la zona más solitaria de la carretera de Rath a Marlborough.

Llevaba un buen par de pistolas y se previno contra cualquier ataque; pero por

segunda vez en su vida tuvo ocasión de arrepentirse de su imprudencia, porque, al dar la vuelta a uno de los recodos del camino, oyó el ruido producido por las herraduras de muchos caballos que galopaban tras él.

Y aunque Markham intentó defenderse, se le echaron tres hombres encima, y cuando se disponía a hacer fuego, recibió un golpe terrible en la cabeza, exactamente igual al que un año antes recibiera al ir desde Compton hasta Marley.

Al recobrar el conocimiento, se halló tendido boca arriba en un hoyo seco y poco profundo.

Había desaparecido la niebla y las estrellas resplandecían crueles y pálidas.

Darrell vio que le habían registrado los bolsillos y quitado las pistolas, y que allí cerca de donde él yacía estaba atado el caballo gris que había vendido al baronet.

Medio aturdido aún, se levantó trabajosamente y, con un esfuerzo de sus músculos entumecidos, montó a caballo y llegó a la posada, que distaba dos kilómetros y medio del lugar del suceso.

El posadero, de pie y con la boca abierta, escuchó a Markham contar la aventura de la noche anterior y el cambio de los caballos.

—Decidme, señor —preguntó a Darrell—. ¿Ese baronet es un guapo mozo, bajito y de aire afeminado? ¿Tiene ojos negros y manos muy pequeñas?

—Sí —respondió Markham.

El posadero miró triunfalmente a todos los que le rodeaban.

—¿No lo dije? —exclamó—. ¡Sí, es el capitán Fanny!

—¿El capitán Fanny?

—Sí, uno de los bribones más terribles del oeste de Inglaterra y el más difícil de sorprender. Le llaman el capitán Fanny a causa de sus manos y de sus pies, tan pequeños como los de una mujer.

El mozo de cuadra entró mientras el posadero hablaba.

—He encontrado esto para el señor —dijo, entregando a Darrell un pedazo de papel—; estaba atado a la brida del caballo que montaba.

Markham lo desdobló y leyó lo siguiente:

Sir Lovel Mortiner aprovecha esta ocasión para enviar al señor Markham sus respetos y aconsejarle que se conforme con lo que dice el antiguo proverbio de que en un cambio no hay nunca un robo.

VIII

De cómo la llegada de un buhonero extranjero operó un gran cambio en la señora Pecker

Millicent pasaba los días esperando el regreso de su marido, pues, a pesar de que en Compton todos creían que el capitán Duke había muerto, ella seguía dudándolo.

La señora Duke creía que todos los huracanes que desgarran el cielo y que levantan las olas del océano, no podían causar la muerte de George Duke.

Por las mañanas se levantaba con la idea de que no terminaría el día y la larga y pesada velada sin que le viera sentado a su lado delante del fuego.

El ruido de una puerta al cerrarse o abrirse o el de un paso precipitado nunca los oía Millicent sin temblar, temerosa de que no fuese la mano o el pie del capitán el que los produjese.

Su encuentro a la luz de la luna en el largo muelle de Marley con la sombra de George Duke, añadió un terror supersticioso al temor y aversión que le inspiraba, así que consideraba a su esposo un ser sobrenatural.

Millicent le creía siempre a su lado, invisible, impalpable, oculto entre los pliegues de los sombríos cortinones o echado entre la nieve al otro lado de la persiana, siempre acechando su vida para amargar sus contadas horas de felicidad y de olvido.

Su hermano Ringwood no le escribía nunca, y las únicas noticias que le llegaban de él de un modo indirecto solo hablaban de su mala conducta y de sus disputas en las tabernas de Covent Garden.

Sally estaba por entonces muy atareada con los preparativos para las fiestas de la próxima Navidad. Gruesos patos colgaban de los ganchos en la despensa tocando con sus picos en el suelo, y los magníficos capones y los succulentos pavos se amontonaban con el rojo solomillo de vaca (el plato principal de la comida de Navidad).

En todas partes, desde la despensa hasta el lavadero y desde los graneros hasta las bodegas, no se veían más que abundantes y exquisitos manjares.

En la cocina, como en el comedor, Sally atendía a todo y para todo daba sabios consejos; Betty, la cocinera, desplumaba las aves, mientras su señora hacía tortas y preparaba los ingredientes para el pudin que debía presentarse al día siguiente en la mesa, adornado de hojas de acebo y en medio de la rojiza llamarada del ron incendiado.

Tan importantes consideraban estos preparativos, que ama y criada estaban trabajando a las nueve de la noche del 24 de diciembre en la gran cocina del Oso Negro.

Estaban solas ambas mujeres porque Samuel tenía que atender al mostrador y a

los parroquianos, y las dos criadas encargadas del cuidado de las habitaciones servían a los viajeros que habían llegado en la diligencia de Carlisle.

Las heladas propias de la estación habían cedido su lugar a una lluvia fría y menuda que se estrellaba en los cristales de las cerradas ventanas y encharcaba las calles desiertas.

—¡Jamás vi tiempo igual! —dijo la señora Pecker, cerrando tras sí la puerta de la cocina—. ¡Llover y más llover! Esa lluvia, por lo derecha que cae, se parece a una de esas rayas que Samuel hace con el lápiz en medio de una cuenta. Con este tiempo, Navidad no es Navidad. Lo mejor que podemos hacer es preparar gansos, guisantes y una tarta de guindas para mañana, porque hace tanto calor y humedad que apenas puedo soportar el de la lumbre.

Los criados sabían lo mucho que vale una buena colocación y una vida tranquila como para atreverse jamás a contradecir a su señora, así que Betty la cocinera convino con ella en que, efectivamente, hacía mucho calor.

—Mucho tarda Purvis —dijo la señora Pecker cuando oyó que en el reloj daban las nueve—, y me hacen mucha falta las pasas secas, que le encargué que me trajera de Compton. ¡Ese haragán se pone a beber en todas las casas en que entra!

Cualquiera habría dicho que el arriero no esperaba más que oír estas injurias de la señora Pecker para presentarse, porque en el mismo instante se oyó golpear en el postigo de la ventana.

—Apostaría cualquier cosa —dijo la señora Pecker— a que es ese holgazán de Purvis, que si está borracho no sabe distinguir la puerta de la ventana. Id pronto, Betty, a buscar el paquete. Sacadme del bolsillo del delantal doce sueldos, que yo no puedo porque lo ensuciaría con estas manos llenas de harina.

La joven se apresuró a salir y volvió en seguida, pero no con el arriero sino diciendo que se trataba de un buhonero que quería enseñar a su ama sedas y encajes.

—¡Sedas y encajes! —exclamó Sarah—. ¡Que se los lleve! Decidle que se largue inmediatamente. No me gusta ver a esa clase de gente en mi casa.

La criada volvió, estuvo hablando un rato con el buhonero, que no levantaba la voz, y manifestó que no saldría de la morada sin haber visto al ama del Oso Negro.

Betty se presentó por segunda vez a su ama.

—¡Que no se quiere marchar! Decidle que la guardia de Compton se muestra muy severa con los vagabundos —contestó Sarah.

—Pero vos no seréis tan severa conmigo como ellos, señora Pecker —contestó el buhonero entrando en la cocina.

Era el buhonero un robusto mocetón, ancho de hombros, con la nariz corva de los judíos, los ojos negros, resplandecientes, y el rostro quemado por el sol y el aire.

Llevaba un sombrero de tres picos adornado con galones deslucidos e inclinado sobre la ceja derecha.

En las orejas usaba pendientes de oro, y entre el encaje mugriento y desgarrado de su camisa se veía brillar algo parecido a un diamante. La mano ruda y bronceada con

que abría su valija mientras hablaba con la señora Pecker estaba cubierta de sortijas, que lo mismo podían ser de oro que de cobre.

—Sé, señora Pecker, que no os negaréis a ver los géneros que llevo —añadió el buhonero, suplicante— ni a dar a un pobre hombre sediento y fatigado un vaso de algo que le conforte siquiera en consideración a ser hoy la víspera de Navidad.

La señora Pecker sacó las manos de la harina, que, y aunque completamente blancas, no lo estaban tanto como su pálida fisonomía, de ordinario tan roja y encendida.

Por primera vez en su vida, la posadera del Oso Negro parecía incapaz de encontrar respuesta vigorosa y categórica.

—Podéis entrar —dijo, hablando con voz ronca y dejándose caer medio desfallecida en una silla—. Betty, hija mía —añadió, dirigiéndose a la cocinera—, id arriba, que voy a ver lo que desea este hombre.

La cocinera, sin embargo, no estaba dispuesta a perder una sola palabra de la conversación que iban a sostener su señora y el buhonero, y por más que estuviese muy acostumbrada a obedecer a Sarah, vaciló en esta ocasión.

—Si se trata de sederías o encajes, señora —dijo Betty—, puedo daros mi consejo porque entiendo bastante, pues en la última casa en la que estuve mi ama los compraba con mucha frecuencia.

—No dudo que sabréis mucho, joven —contestó el buhonero—; lo que sí puedo deciros es que vuestra señora puede muy bien escoger un vestido sin que para ello tengáis que decirle cuál es vuestra opinión.

—No me iré porque vos me lo digáis —gritó la criada—. Señora, yo no os dejo con un hombre como ese. —Y en voz baja, de modo que solo pudiese ser oída por la señora Pecker, añadió—: Vuestro reloj de plata está encima del tablero de la chimenea, y en el aparador hay tres cubiertos de los buenos.

—¡Idos, Betty! —murmuró la señora Pecker—. Idos, hija mía, que no tardaré diez minutos en escoger un vestido, y si ese hombre desea como dice hablarme, hay que dejarle que lo haga.

Sarah se levantó de su silla haciendo un esfuerzo, siguió a Betty por el corredor hasta que la vio entrar en el vestíbulo, volvió a la cocina y cerró la puerta con llave.

El buhonero estaba en pie delante del fuego y se ocupaba tranquilamente en fumar una pipa cuando volvió Sarah.

Se había quitado el sombrero, y su espesa y rojiza cabellera le caía en bucles sobre los hombros.

—¿Lo habéis arreglado de modo que nadie venga a estorbarnos ni pueda escucharnos? —preguntó a la señora Pecker cuando ésta entró en la cocina.

—Sí.

—¿No habrá quien mire por el ojo de la llave, ni quien arrime la oreja a la puerta?

—No.

—Está bien. Ahora, escuchadme, Sarah Pecker.

Lo que el buhonero le dijo y cuánto tiempo empleó para decírselo son cosas que han quedado para siempre envueltas en el mayor misterio, y nadie lo supo más que la dueña del Oso Negro.

Betty, la cocinera, que, impulsada por la curiosidad, acercaba de vez en cuando el ojo y la oreja a la cerradura, no pudo ver más que la débil luz del fuego que brillaba en la chimenea y oír el ronco murmullo de la voz del judío.

Este murmullo cesó y Betty creyó que el hombre se había marchado, a pesar de lo cual la señora Pecker no abría la puerta.

Betty continuó escuchando durante un cuarto de hora.

—¡Ya se debe de haber marchado! —pensó.

Y la joven empezó a dar sacudidas a la puerta.

—¡Dadme la llave, señora! —gritó por el ojo de la cerradura—; se van a quemar las pastas si no les damos una vuelta.

Nadie le contestó.

—¡Señora!... ¡Señora!...

El mismo silencio.

La joven, aterrada, comenzó a gritar, y tan deprisa como se lo permitía el estado de sus piernas, fue en busca de Pecker.

¿Se habría llevado consigo aquel extraño buhonero con pendientes en las orejas a la imponente Sarah?

Samuel se hallaba en la sala de encina, hablando con algunos comerciantes de Compton, algo alegres ya a causa de los muchos vasos de ron caliente que habían bebido.

—¡Señor! ¡Señor Pecker! —gritó la criada asomando su pálida cara a la puerta.

—¿Qué pasa, Betty?

El posadero se había aprovechado también de la fiesta para alegrarse algo, o mejor dicho para estar un poco menos triste que de costumbre.

—¿Qué pasa, Betty? —repitió irguiéndose con cierto aire de desdén y contemplando a la joven como queriendo decir: «¿Os atreveríais a decir que he bebido?».

Betty le miró fijamente, falta de aliento y de palabra.

—¿Qué os pasa, Betty?

—Que mi ama, señor...

Algo que estaba muy lejos de ser una expresión de alegría animó la fisonomía del posadero durante un momento mientras preguntaba:

—¿Se ha puesto mala?

—No, señor; pero un buhonero, un extranjero de aire feroz, manifestó deseos de ver a mi señora. Ella le dijo que se fuese, y lo amenazó con que iría a buscar a la guardia, pero él se obstinó y no quiso marcharse. Ofreció a la señora sedas y encajes, mi ama me mandó que me fuese de la cocina y cerró con llave la puerta del corredor... Hace más de una hora que ocurrió esto... Dispensadme, señor, pero creo

que se han llevado a la señora.

Una expresión aún más animada que la primera iluminó el rostro del posadero.

—Vuestra señora pesa mucho, Betty —murmuró Pecker con aire pensativo—. ¿El buhonero era un hombre robusto?

—Se necesitan dos como vos para hacer uno como él —replicó la joven.

—Todo puede ser, mas dos como yo no harían o no podrían hacer nada contra Sarah.

Y el posadero pareció tan tranquilo y dispuesto a volver a sentarse y a continuar la conversación que la joven insistió, incomodada por aquella actitud:

—La puerta del corredor está cerrada con llave y no puedo abrirla a pesar de los esfuerzos que hago. ¿No sería mejor que cogiéramos una linterna y fuésemos por el otro lado?

Samuel asintió con la cabeza.

—Tenéis razón, Betty. Traed la linterna e iré acompañándoos...; pero si ese hombre se llevó a vuestra señora, son tantos los caminos de travesía que hay en derredor de Compton que es inútil que la busquemos.

Betty echó a andar delante para alumbrar el camino de los patios.

En la puerta trasera de la casa encontraron aguardando a Purvis el arriero.

—He llamado ya seis veces —dijo—, y nadie me contesta.

Betty abrió la puerta, entró, y Samuel y el arriero la siguieron.

El buhonero se había marchado ya, y solo hallaron a Sarah, sin sentido, tendida en el suelo.

La levantaron, le humedecieron la cara y las sienes con agua y vinagre, quemaron algunas plumas de ánade, de las que había por el suelo, y se las hicieron oler, hasta que lograron que volviese en sí.

—¡Apostaría un escudo —dijo Betty— a que el reloj y las cucharas han volado!

La señora Pecker abrió los ojos y, viendo a su lado al plácido y bondadoso Samuel, se echó de repente a llorar, le abrazó cariñosamente y sin cuidarse para nada de la presencia del arriero y de Betty exclamó con apasionado acento:

—Siempre fuiste un buen marido para mí y yo no supe corresponderte. En la tierra nos castigan también, sin esperar al otro mundo, por los pecados que cometemos. En adelante procuraré hacerte feliz, porque te amo, esposo mío, ¡te amo!

El espectáculo de tan rara emoción conmovió a Samuel, es más, le asustó, y sus ojillos azules se humedecieron, llenándose de lágrimas al contemplar las que derramaba su esposa.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡No digas eso, Sarah! Yo no deseo que seas mejor de lo que has sido conmigo hasta ahora. Al mirarte me considero dichoso, y si bien es verdad que algunas veces me hablas con mucha brusquedad, ya estoy acostumbrado.

—¡El reloj y los cubiertos han desaparecido! —exclamó Betty, después de registrar toda la cocina—. Ya sabía yo que ese condenado buhonero no había venido con buenas intenciones.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —murmuró Sarah.

Muy pronto causó verdadera admiración en la tranquila ciudad de Compton una cosa realmente extraña e increíble.

Con asombro se dijo que, a consecuencia de haberle sido robados a Sarah Pecker un reloj y unos cubiertos, que a lo más valdrían de diez a quince libras, se había operado un gran cambio en los modales de ésta con respecto a su marido.

Pasó Navidad y las heladas fuertes y continuas sucedieron a las lluvias finas y menudas; y más tarde, estas lluvias, al volver a aparecer en la primavera, fundieron hielos y nieves.

Las brisas primaverales soplaron sobre los matorrales de Compton, las flores de la primavera abrieron sus capullos entre las florestas y Sarah continuó cada día más cariñosa con su marido, que no sabía a qué atribuir tan extraño cambio.

Ahora tenía las llaves de las bodegas, y Sarah le permitía beber cuanto se le antojase. Bien es verdad que él no abusaba del privilegio, porque no estaba en su carácter el hacerlo.

Se había convertido en el verdadero dueño de la posada, y, aunque semejante estado de cosas le pareciese muy hermoso, se creyó indigno de él y una vez se acercó a su esposa y le dijo:

—¡Sarah, háblame por Dios con menos dulzura, porque no sé lo que siento!

IX

El criado de sir Lovel Mortiner se emborracha

Ya hemos dicho en más de una ocasión que Ringwood Markham era un hombre dotado de malas condiciones y de peores costumbres.

Derrochaba en Londres, o, mejor dicho, se dejaba arrancar la fortuna que su padre ahorrara gracias a la tranquila y sosegada vida que la familia Markham llevó hasta la muerte del anciano señor en el castillo de Compton.

Al ver que su fortuna iba desapareciendo, empezó a comprender que no le quedaba más recurso que retirarse a su castillo si no quería convertirse en un aventurero despreciable y despreciado en los mismos lugares en que se había visto agasajado por media docena de falsos amigos y viles aduladores de esos que andan siempre al retortero del que tiene y le abandonan cuando se queda sin nada.

Ringwood no se apasionó nunca de ninguna mujer. Era uno de esos hombres asegurados, por así decirlo, contra todas las tempestades que perturban hasta los más austeros corazones e incapaces, por lo tanto, de conmoverse por nada.

Y, sin embargo, su necia vanidad le impulsó a los más desordenados vicios. No gustándole ninguna bebida, se convirtió en un bebedor; no agradándole las cartas, se arruinó en el juego, pero, a pesar de todo, no consiguió llamar la atención porque nunca fue más que un fatuo, y los hombres se burlaban de su aire pusilánime, de sus rubios cabellos y de su talle femenino.

Darrell y su primo se habían encontrado una o dos veces en Londres, y sus antiguos rencores no hicieron más que reavivarse, al menos en el corazón de uno, en el de Ringwood, y la frialdad que de antiguo existía entre ellos no disminuyó en lo más mínimo.

No ocultaba Darrell, es más, no trataba siquiera de ocultar el desprecio que sentía hacia el hermano de Millicent.

Fiel al pasado y no olvidándolo, creyó que debía serlo también con sus deberes presentes. Sueños ambiciosos le consolaban en más de una ocasión cuando el recuerdo de la triste y melancólica imagen de su prima Millicent se deslizaba entre las páginas de un folleto político.

Confiaba en el porvenir, no perdía la confianza aunque pensaba que nunca conocería la felicidad.

Durante el verano que siguió a aquella Navidad célebre en la cual robó a Sarah el buhonero sus cubiertos y un reloj de Tempion, mientras los segadores apilaban la cosecha o la cargaban en enormes sacos aprovechando los hermosos días de junio, Ringwood llevaba vida miserable en una pequeña y pobre habitación en las inmediaciones de Bedford Street en Covent Garden.

Cada día quedaba más exhausta la bolsa del joven, que se había visto obligado a

despedir a su criado y abandonar la elegante habitación que ocupara hasta entonces; y aunque el estado de su fortuna no le permitía gastar un billete de veinte libras en una cena tumultuosa ni estrellar su vaso para hacerlo pedazos después de pronunciado el brindis, Ringwood halló medio de llevar un traje de color de hoja seca, lujosamente bordado con hilo de plata, y seguir frecuentando aquellos sitios en los que hasta entonces gallardeó enseñando su elegante persona y bonita cara.

Se levantaba muy tarde, a la una, las dos o las tres, y pasaba la mayor parte del día en la cama. De una taberna vecina le llevaban la comida, con un periódico del día todo lleno de manchas de grasa y cerveza. En ese periódico buscaba el joven las noticias para no hacer mal papel a la noche entre sus compañeros.

Un día en que se entregaba a este trabajo y en que el sol de junio iluminaba su mísero albergue, en el que su rico traje estaba tirado al lado de los restos del mezquino almuerzo, se le presentó la criada de la casa de huéspedes para decirle que en el cuarto bajo estaba esperando un caballero que decía llamarse Darrell Markham y que deseaba que le recibiese para hablarle de un asunto urgente.

El miedoso Ringwood dirigió una mirada al tablero de la chimenea en el que estaban sus pistolas y después, con temblorosa voz, ordenó a la criada que acompañara a la visita.

Se oyó en el corredor el paso rápido de Darrell antes de que la criada hubiese salido de la habitación.

—No tenemos tiempo para perderlo en cumplidos, Ringwood —dijo el joven entrando—, ni tampoco para insultarnos. Vengo a hablaros de vuestra hermana.

—¿De Millicent?

Ringwood se tranquilizó algo al ver cuál era el objeto de la visita de Darrell.

—Sí, vengo a hablaros de la señora Duke, de la cual estoy seguro de que no sabéis absolutamente nada.

—Millicent nunca ha sido amiga de escribir. ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

—No sé si lo que le sucedió puede ser bueno o malo para mi pobre prima —explicó Darrell—. El capitán Duke hace año y medio que está ausente y nadie en Compton puede dar razón de su paradero ni del de su buque.

Ringwood abrió los ojos desmesuradamente como para demostrar su emoción. Dotado de un carácter profundamente egoísta, nunca pudo manifestar más que de una manera hipócrita, y para esto mal representados, los sentimientos que le ocasionaban los disgustos de los demás.

Darrell se paseaba muy agitado a lo largo de la habitación y sus espuelas resonaban a cada paso que daba.

—Las únicas noticias que tengo de Compton las recibí en una carta de Sarah, después de pasados ocho meses sin saber nada de allí, porque realmente me gusta muy poco tener noticias de aquellos sitios. Sarah me dice en su carta que hace mucho tiempo que creen que no volverá el capitán Duke, siendo Millicent la única que aún lo espera.

—¿Y qué pensáis de eso? —preguntó Ringwood.

—¿Que qué pienso? —replicó Darrell—. Pues es muy sencillo: que el capitán Duke y su buque *El Buitre*, han encontrado al fin su merecido. Conozco a algunas personas que hablan de su buque, que lleva pintado en su popa el nombre de *El Buitre* y al que han visto navegando en las costas de Marruecos, con un pabellón negro desplegado en su mastelero y el fondo de su cala atestado de negros encadenados. Conozco a muchos que comentan el abominable comercio que hace ese navío entre las costas de África y las Indias Occidentales y que hablan además de sitios en que es más temida la presencia del capitán Duke, que la de la fiebre amarilla. ¡Es muy posible que ese hombre haya recibido el castigo que merecía, y que Millicent haya quedado libre!

—¿Libre?

—Sí, libre para poderse casar con un hombre honrado.

Ringwood, que si no tenía nada de talento era, en cambio, muy malicioso, recordó el encuentro que tuvo con su primo en casa de Morrison y aprovechó la oportunidad para dar una estocada.

—Millicent no será nunca libre hasta que reciba una prueba indudable de la muerte de su esposo. Y si, como decís, George Duke es un negrero, su cadáver se pudrirá tal vez en alguna playa lejana sin que nadie pueda averiguarlo.

—Hace año y medio que se ausentó, y si no vuelve dentro de siete, a contar desde el día en que se fue, Millicent puede casarse.

—¿Acaso permite eso la ley?

—Desde que era muy niño siempre oí decir lo mismo. Ha pasado ya año y medio; no queda más que esperar cinco y medio, y mi pobre Millicent pasará ese tiempo sin sentir, sostenida por la esperanza.

Ringwood no pudo resistir los impulsos de dar otra estocada a su primo.

—No me chocaría nada —dijo— ver que el capitán vuelve antes de terminar el verano, pues creo que Duke no es de esos hombres que pierden la vida tan fácilmente.

Darrell no se fijó en estas palabras, quizás no las oyó, absorto en sus ensueños de paz y de alegría.

—Escuchadme, Ringwood —dijo al fin levantándose y acercándose a la puerta—, no he venido a vuestra casa para haceros oír lamentaciones de amante desgraciado, sino para deciros que si el capitán Duke no vuelve pronto, Millicent estará abandonada y sin recursos durante seis años, y no tendrá para vivir más que los intereses de las dos mil libras que el barón le dio como dote. No soy rico, es cierto, pero para acudir en su ayuda tengo los derechos de nuestro próximo parentesco; no conviene, sin embargo, que sepa de dónde procede ese socorro. Como hermano, tenéis la obligación de socorrerla: cuidad, pues, de que no le falte ningún recurso.

De no haber tenido miedo Ringwood de su robusto primo, le habría insinuado, lamentándose por supuesto, que su pobreza era tal que no le permitía hacer gran cosa en obsequio de su hermana; pero se contentó con decir tristemente:

—Haré todo cuanto pueda, Darrell.

Este le estrechó su mano por vez primera desde que regañaron y lo dejó para que se entregase a los cuidados de su *toilette*.

* * *

Ringwood vistió su traje de color de hoja seca bordado de hilo de plata y se puso con mucho cuidado y coquetería el sombrero de tres picos sobre su rizada cabellera.

Aquella noche, sobre todo, puso gran cuidado en el arreglo de su persona, porque tenía una cita en Ranelagh con alegres camaradas cuyo jefe era cierto baronet de los condados del oeste llamado sir Lovel Mortiner, hombre más conocido en dos o tres tabernas de equívoca reputación que en los palacios aristócratas.

Al lado del baronet quedaba eclipsado Ringwood, pues aquel tenía más afectación en la languidez de sus modales y más elegancia en su traje, y las grandes damas contemplaban con encanto su esbelta figura cuando bailaba un minué, y más de unos ojos correspondían con dulces miradas a los suyos negros e inquietos.

La expresión ansiosa que Darrell observó en el baronet cuando le vio en la sala de la posada de Reading era mucho más notable, sin duda, en la brillante sala de Ranelagh.

El baronet tenía el don de encontrarse en todas partes, y su traje de terciopelo blanco, en el cual brillaban botones de rosa bordados con sedas de colores mezcladas con pequeños trocitos de pasta pulimentada imitando piedras preciosas, la empuñadura de su espada de corte y las hebillas de sus zapatos, adornadas de brillantes, se veían en sitios bien distintos.

Nadie, a no ser un observador hábil, notaría que sir Lovel Mortiner tenía pocos conocimientos entre las personas verdaderamente aristocráticas y que con las únicas que solía hablar familiarmente era con cuatro o cinco jóvenes que le acompañaban y en cuyo número se podía incluir a Ringwood.

Ringwood, por su parte, estaba encantado al pensar que había trabado amistad con un joven tan distinguido.

Le resultaba muy difícil a un joven modestamente educado en un villorrio lejano de la metrópoli descubrir la diferencia que existía entre las piedras falsas del traje bordado de sir Lovel Mortiner y las hebillas de brillantes de sus zapatos, así como tampoco le era posible fijarse en la diferencia que existía de los modales del baronet y los de los verdaderos condes y marqueses de la buena sociedad.

* * *

Después de estar bastante rato en la sala de baile de Ranelagh, y cuando ésta se fue quedando vacía, el baronet propuso a sus compañeros irse a casa de Cheyne Walk a

cenar y a jugar a los dados; Ringwood fue el primero que asintió a la proposición.

Los jóvenes se dirigieron a la casa de sir Mortiner, que no estaba precisamente situada en Cheyne Walk, sino en una de las oscuras callejuelas que conducían a la orilla del río.

Sir Lovel se detuvo ante una casucha, en cuyas ventanas no se veía ninguna luz, y empezó a llamar violentamente.

Ringwood, que ya había bebido mucho, cogió a su vez el llamador de cobre de la puerta y dio un golpe aún más fuerte.

—No es necesario que despertemos a todos los vecinos de la calle, señor Markham —dijo sir Mortiner con aire contrariado—, porque mi criado debe velar y aguardarme.

Sir Mortiner se equivocaba, sin embargo, porque los jóvenes tuvieron que esperar muchísimo rato delante de la puerta antes de que ésta se abriese, y cuando al fin se descorrieron los cerrojos y quedó franca la entrada a los amigos del baronet, se hallaron en la mayor oscuridad.

—¡Qué es eso, perro perezoso! —exclamó sir Lovel—. ¿Te has quedado dormido?

—Sí —contestó una voz ronca e insegura—, me parece que dormí... y bien.

—¡Te has emborrachado, granuja! Tráenos en seguida una vela ¿oyes?

—Sí, estoy buscando una —respondió la voz.

Y, en efecto, se oyó ruido como de una mano tropezando en una tabla y luego se encendió una cerilla de azufre y una vela cuya pálida luz iluminó el rostro del que hablaba.

El criado de sir Mortiner estaba borracho, y su peluca, que le caía sobre la frente, se quemaba con la luz que tenía en la mano, en tanto que su corbata, puesta del revés, parecía la cuerda destinada a ahorcarle.

Apenas se podía tener en pie, y se tambaleaba a un lado y a otro mientras contemplaba estúpidamente a su amo y a sus compañeros con unos ojos opacos y llorosos por el abuso de los licores fuertes.

Ringwood se estremeció al ver al criado, pero no fue su embriaguez lo que le hizo temblar.

El criado de sir Lovel Mortiner era el capitán George Duke.

Al día siguiente, a eso de las cuatro de la tarde, se despertó Ringwood después de haber dormido la borrachera.

Lo primero que hizo fue coger una hoja de papel, en la que garrapateó una media docena de palabras antes de cerrarla en forma de carta y poner la siguiente dirección:

Al señor Darrell Markham.

En casa del señor conde de C...

Saint James Square.

Las pocas palabras que contenía tan lacónica misiva, eran las siguientes:

George Duke no ha muerto. Lo he visto la noche pasada en una casa de Chelsea.

R. Markham.

X

La casa de Chelsea

Cuando Ringwood envió esta carta a esa casa del noble lord, protector de Darrell, este se hallaba ausente, ocupándose de algunos de los asuntos del conde.

Pasó una semana antes de que Darrell volviese a Saint James, en donde encontró la casi ininteligible carta de su primo.

Le bastó una mirada para enterarse de su contenido y, sin detenerse a cambiar su traje de viaje, corrió a la casa de Ringwood, cerca de Bedford Street.

Encontró allí a su primo aún en la cama y tratando de entender las entretenidas páginas de una novela de Fielding.

Ringwood había convidado a comer a un amigo suyo la noche anterior, y en la desordenada habitación y en la mesa se veían los restos de la cena, grandes jarros de cerveza con su tapa de estaño, botellas vacías, platos y cubiertos de la taberna vecina, huesos de un pollo y pedazos de pan encima de un mantel asqueroso lleno de manchas de vino.

—¿Qué quiere decir esto, primo Ringwood? —preguntó Darrell, entrando con la carta en la mano.

—¿El qué? —respondió Ringwood, fijando en su primo una mirada estúpida.

Aún no se habían disipado los vapores del vino y de la cerveza que había bebido la noche anterior, embruteciendo la no muy despierta inteligencia.

—¿Qué significa esta carta en la cual decís la mentira más grande que se le ha podido ocurrir a un nacido? ¿Cómo os habéis atrevido a decir que George Duke está en Inglaterra... en Chelsea? ¿Qué significa eso, Ringwood? ¡Hablad; pero pronto!

—No os incomodéis, Darrell.

Y, tirando el libro a un rincón del gabinete, apoyó el codo en la almohada y luego, mirando a Darrell con aire serio y algo asustado, añadió:

—¡Dadme siquiera tiempo para ordenar mis ideas! ¿Que he mentado? —dijo Ringwood—. Más os valdría no aplicar esas palabras a un hombre como yo. Preguntad en las inmediaciones de Covent Garden si no amenacé con tirar una escupidera de metal a la cabeza a un capitán de barco que me insultó, y lo habría hecho como lo dije si el bravucón no se hubiera anticipado, echándome a rodar por el suelo. De todos modos, estoy dispuesto a sostener lo que os escribí. ¿Qué es lo que dice esa carta?

—Tomadla y leedla vos mismo —respondió Darrell dándosela.

Con tanto trabajo como si se hubiese tratado de un manuscrito griego o hebreo, descifró Ringwood su propia carta, que devolvió en seguida a su primo, meneando la cabeza y sacudiendo la melena, con lo cual se puso torcido el gorro de seda que llevaba, lo que le daba un aire muy picaresco.

—En cuanto a esa carta, no tiene nada de particular. Encontré a George Duke, capitán de *El Buitre*, en calidad de criado en casa de mi elegante amigo el baronet sir Lovel Mortiner, ¿qué os parece esto? Estaba tan borracho que su amo le mandó que se acostase después de echarle una tremenda reprimenda y sin darme tiempo de decirle una sola palabra. ¿Qué os parece?

—¿Qué me parece? —gritó Darrell—. Que no es verdad y que solo se trata de un estúpido error vuestro.

—¿Que no es verdad y que solo es un estúpido error mío? En verdad, señor Markham, que no dais pruebas de delicadeza al entrar de esa manera, y diciendo cosas semejantes, en la habitación de un hombre que no tiene su espada a su lado y al que, por tanto, podéis aprovechar la ocasión de llamarle embustero o loco. Repito, y repetiré siempre, que he visto a Duke sirviendo como criado en casa de mi amigo sir Lovel.

—¿Os conoció Duke?

—¿No os dije ya que estaba completamente borracho? —exclamó fuera de sí Ringwood—. ¿Cómo queréis que estando de ese modo me reconociese? Pensé hablarle, pero antes de que pudiera hacerlo sir Lovel le pegó un puntapié y lo envió a la cama. Después lo he pensado mucho, y creo que habría sido muy duro para mí tener que revelar a una persona tan distinguida como el baronet las relaciones de familia que me unían a semejante tipo.

—¿Y luego no os habéis informado de nada de lo que se refiere a ese granuja?

—Le dije a sir Lovel que me parecía conocer la cara de su criado y le pregunté si sabía quién era. El baronet respondió que hacía un año que le tenía a su servicio, que era un buen muchacho, cuyo único defecto era, según añadió, que le gustaba mucho la bebida.

Al principio, Darrell no contestó nada a las palabras de su primo, y se limitó a pasear por la habitación.

—Escuchadme, Ringwood —dijo al cabo de un rato, parándose al lado de la cama—. En todo lo que me decís hay un misterio que ni vos ni yo podemos penetrar. Conozco a ese sir Lovel Mortiner, a ese pretendido baronet de los condados del oeste.

—Entonces conocéis a uno de mis mejores y distinguidos amigos —contestó Ringwood, sonriéndose con orgullo.

—Sí, conozco a uno de los bandidos más audaces que se haya podido escapar de Old Bailey.

—¡Un bandido! ¡Él! ¡El baronet, un modelo de la moda y el espejo de la gracia! ¡El petimetre más elegante de todos cuantos han bailado en Ranelagh; el propietario de uno de los mejores dominios del condado de Devon! ¡Tened cuidado, Darrell, de cómo habláis de mis amigos!

—¡Y vos obraríais más cuerdamente poniendo más cuidado al elegirlos! —replicó Darrell—. Supongo, mi pobre Ringwood, que no habréis permitido que ese hombre vacíe vuestros bolsillos en el juego.

—He perdido algunas guineas jugando con él —gruñó Ringwood.

Lo que no quería confesar el joven era que le había costado muy caro el trato con los elegantes, porque le hacía muy feliz que le hablasen de ellos y le considerasen como un tonto que se dejaba engañar.

—¡Queréis entonces decir que ese baronet!... —añadió tristemente.

—Es tan señor y tan baronet como vos. Toda esa elegancia de que hace gala y con la que tanto os entusiasmáis la encontró en los caminos reales. La única tierra que posee tal vez le provea de tanta madera que no tenga bastante para elevar una horca al final de su carrera. Los caballeros como él frecuentan y viven en los caminos reales, y los guardias le conocen con el apodo del capitán Fanny.

Ringwood no supo qué contestar a esto. Se sentó en la cama, cogió y dio vueltas entre las manos a su gorro de dormir y, levantándose por último, se quedó mirando a su primo de una manera estúpida, al mismo tiempo que se rascaba la cabeza.

—No es eso todo ni lo único —continuó diciendo Darrell—, pues indudablemente existe algún misterio en la amistad que une a ese pretendido baronet con el capitán Duke, y, unidos como están, pueden probar no una sino cien coartadas, y jurar cuanto se les antoje. En cuanto a mí, declararé mientras viva que el hombre que me asaltó, hirió y robó en los matorrales del camino de Compton des Bruyeres a Marley fue el capitán Duke, que ese fue el que me robó el caballo, que más tarde encontré en poder de vuestro apreciable amigo, ese pretendido baronet, conocido por otro nombre con el de capitán Fanny. De modo que, de ser cierto lo que decís, Duke, al que todos creíamos viajando en su buque, está de vuelta en Londres y recorriendo los caminos reales para robar a las gentes honradas. Su buque *El Buitre* es una ficción, y en vez de ser como creíamos un comerciante, corsario, negrero o pirata, el capitán Duke no es ni más ni menos que un bandido.

—Lo único que sé es que lo vi una noche de la semana pasada —murmuró Ringwood.

—Levantaos y vestíos pronto, Ringwood, mientras voy corriendo a casa del juez. Ese miserable capitán Fanny me robó mi caballo y vació mi bolsillo en el camino de Bath. Obtendremos una orden para apoderarnos de él y hacer que nos acompañen dos guardias. No tenéis más que indicarme la casa donde habéis visto a Duke. De este modo descubriremos a ese miserable, y antes de que llegue la noche habremos aclarado ese misterio.

—No son bastante dos guardias —murmuró Ringwood—; sir Lovel está siempre rodeado de amigos...

Darrell se quedó mirando a Ringwood de un modo que revelaba a las claras su desprecio.

—No temáis; nadie os pedirá que miréis cara a cara a esa cuadrilla de ladrones —le dijo—; lo único que os exigiremos es que nos indiquéis el camino y la casa, y después de hacerlo podréis ocultaros en cualquier rincón mientras nosotros entramos en la guarida.

—En cuanto a enseñaros la casa, no es difícil —contestó Ringwood bastante desconcertado—; pero un hombre puede ser tan valiente como un león y tener miedo de que le abraza de un tiro un miserable oculto detrás de una puerta.

—Seré yo el que corra el peligro de recibir una bala perdida, mi querido primo —contestó riéndose Darrell—. Lo único que os pido es que hagáis el favor de no entreteneros charlando y que os vistáis pronto, mientras voy en busca de los guardias.

* * *

Obtener una orden de arresto costó más trabajo a Darrell de lo que se figuraba, y fue un asunto en el que hubo de emplear bastantes horas, de modo que era la del crepúsculo cuando volvió a casa de su primo provisto de un mandamiento de prisión expedido a nombre del capitán Fanny.

Su primo le esperaba ya equipado para la expedición y armado hasta los dientes.

De su costado pendía un enorme y corvo sable de marina, y por sus bolsillos asomaban los cañones de dos enormes pistolas que, si por casualidad se hubiesen disparado, le habrían herido en los codos, tan mal colocadas las llevaba.

Darrell arregló y modificó los aprestos de guerra de su primo, haciendo que Ringwood consintiese, aunque de mala gana, en armarse solo con las pistolas.

Una vez en la calle, Ringwood pasó una minuciosa revista a los guardias para enterarse de si eran o no hombres capaces de huir al primer encuentro y, satisfecho de su examen, consintió en subir a un coche con sus tres compañeros.

El joven señor de Compton estaba muy lejos de ser un buen guía, de modo que el cochero se vio obligado a desempeñar una ardua tarea, pues tan pronto le indicaba un sitio como otro.

En un principio, se empeñó en ir a Chelsea por la barrera de Tyburn, y costó gran trabajo convencerle de que el baile de Ranelagh y Cheyne Walk no estaban situados en la misma dirección.

Luego Ringwood atormentó al pobre cochero haciéndole dar una vuelta hacia la izquierda y seguir después hacia la derecha, y, una vez pasada la esquina de Hyde Park, se empezó a mostrar inquieto y quiso ir a los campos que rodeaban Westminster, declarando a sus compañeros que precisaban pasar por esta abadía para ir a Chelsea.

Esto duró hasta que Darrell perdió la paciencia y ordenó al cochero que siguiese el camino que creyese mejor y no perdiese el tiempo escuchando las necesidades de Ringwood, que se incomodó y arrellanó en su rincón gritando que se burlaban de él.

Al llegar a Cheyne Walk, salieron del coche decididos a buscar la casa del capitán Fanny, y entonces la compañía de Ringwood fue tan inútil como en un principio.

—Nunca supe cómo se llamaba esa calle —dijo—, además que vine aquí desde Ranelagh y no desde Londres, lo cual es bien distinto, y como iba tan bien acompañado no me fijé en el camino.

A Darrell se le ocurrió la idea de acompañar a su primo a todas las calles estrechas y tortuosas de Cheyne Walk y de este modo consiguió que Ringwood exclamase, deteniéndose delante de una casa de sólida construcción:

—¡Ésta es! ¡La reconozco por la aldaba!

—¿Estáis seguro de que es ésta? —preguntó Darrell—. ¿No os equivocáis, Ringwood?

—¿Que si estoy seguro? ¡Ya lo creo! ¿No os dije que la reconocía por la aldaba? Es imposible que me equivoque —exclamó indignado Ringwood—. Reconozco el llamador, porque es el mismo con que me dijo sir Lo... digo el capitán, que no llamase tan fuerte, que si estaba loco. Es de cobre rojo, en forma de una cabeza de dragón. Lo recuerdo perfectamente.

—Esa es la forma que suelen tener casi todas las aldabas —respondió Darrell, perdida la paciencia.

—Pero no todas las cabezas de dragón están aplastadas por este lado. Ahora, si deseáis ver a Duke, debéis llamar a esa puerta, y como fui amigo de sir Lovel y no me gusta figurar en este asunto, me ocultaré en un rincón de la calle.

Darrell ordenó a los dos guardias que se ocultaran en el hueco de una puerta allí inmediata mientras él llamaba y reconocía aquellos lugares.

Llamó vigorosamente a la puerta y salió a abrir una criada con una vela en la mano.

—¿Por quién preguntáis, caballero? —le dijo.

—Por sir Lovel Mortiner.

—Ese caballero vivió aquí; pero ya se fue.

—¿Estaba solo?

—No, señor, vivían con él dos o tres amigos y un criado.

—¿Sabéis adónde se han ido?

—Tengo entendido que se han marchado a las posesiones de sir Mortiner, en el condado de Devon.

—¿Sabéis si volverán pronto?

—No lo creo, porque las habitaciones que ocupaban están otra vez para alquilar.

—¿No podéis darme más noticias?

—Si queréis iré a decírselo a mi señora y tal vez sepa algo más que yo.

—No me hace falta, gracias.

Darrell quedó muy descontento del giro que tomaba la expedición; pero, antes de alejarse, creyó conveniente dirigir una nueva pregunta a la criada.

—¿Qué clase de hombre era el criado de sir Lovel Mortiner?

—Un joven poco amable y sobre todo muy gruñón.

—¿Sabéis cómo se llama?

—Su amo le llamaba siempre Jeremiah, caballero; los dos señores que vivían con él le llamaban continuamente Jeremiah el gruñón, porque se quejaba y lamentaba amargamente de todo, excepto cuando estaba borracho.

—¿Qué clase de hombre era? —preguntó Darrell—. ¿Era buen mozo?

—Por lo que respecta a eso, daba gusto verlo; pero cansaba oírle siempre renegar.

Darrell dio una moneda de plata a la criada y se separó de la puerta dirigiéndose hacia los guardias.

—¿Es esa la casa, caballero? —preguntó uno de ellos.

—Sí, hemos hallado el nido, pero los pájaros han volado. Por esta vez nos hemos de consolar con lo hecho, porque el mandamiento de prisión se ha convertido en un papel mojado.

Un poco más abajo hallaron a Ringwood, que se echó a reír maliciosamente al observar la cara malhumorada de su primo.

—Otra vez ya me creeréis. Os habréis convencido de que mis noticias eran exactas y de que era ésta la casa del baronet.

—Sí, en efecto, esa es su casa —respondió Darrell de muy mal humor—, mas eso no me satisface, pues ¿quién me dice que realmente ese bandido era el capitán Duke y que no os equivocasteis engañado por alguna extraña semejanza?

XI

Siete años después

La estrella de Ringwood despidió durante algún tiempo más sus últimos y débiles resplandores en la metrópoli.

Su bolsa vacía, su salud perdida, le impidieron continuar haciendo la misma vida que antes, y comprendió que no tenía más remedio que retirarse a su antiguo castillo de Compton, con una vieja y dos labradores por criados.

Aquella anciana a la que Ringwood reservaba el papel de ama de gobierno hacía muchísimos años que vivía en el abandonado castillo.

Esta buena mujer llevó una vida regalada y tranquila mientras Ringwood gastaba la suya en las tabernas y garitos de Londres, así es que experimentó una desagradable sensación cuando un día nublado y triste de octubre vio aparecer en la solitaria avenida a su joven señor.

Ringwood, que sin duda no estaba de humor para andar con cumplimientos, entró por la puerta de servicio que daba a la cocina y una vez allí, y en pie ante la enorme chimenea, dijo bruscamente a la buena anciana que había vuelto para establecerse en el castillo.

Su llegada no produjo, por otra parte, casi ningún cambio en la marcha de la casa. Se estableció en el comedor, cuyas paredes estaban cubiertas de tallada encina desde el suelo hasta el techo, en el mismo sitio en que su padre había bebido y fumado tanto, preparándose de este modo para bajar al sepulcro, sin sacudidas ni emociones violentas.

Ordenó el aburrido joven que las dos ventanas únicas que se abriesen fuesen las de su cuarto, y resolvió no hacer ninguna visita a los antiguos conocidos que tenía entre los habitantes de Compton.

Estas sencillas gentes no sabían que Ringwood había malgastado su fortuna, y creyeron que era una excentricidad del joven aquella vida tan solitaria y triste.

Millicent veía en muy raras ocasiones a su hermano, pues solo de vez en cuando, cuando se dirigía a la posada del Oso Negro, estaba este en su casa, en la que permanecía pocos minutos para hablarle de lo sucedido en la ciudad, de las granjas o de algún tema de la vida ordinaria. Le disgustaba la compañía de su hermana, y, pasado un cuarto de hora, empezaba a bostezar, besaba a Millicent en la frente y, deseándole una buena noche, se retiraba para continuar el camino hacia el Oso Negro.

Antes de retirarse a Compton convino Ringwood con Darrell en que no diría ni una palabra a Millicent acerca del encuentro o aventura de la casa de Chelsea y del miserable capitán Duke convertido en criado de un bandido.

Los habitantes de Compton, a cuyo conocimiento llegara el encuentro de Darrell con el bandido en los campos y el de la señora Duke con el fantasma en el muelle de

Marley, sostenían que el capitán de *El Buitre* tenía una doble existencia que le permitía manifestarse cuando quería a sus próximos parientes y que su aparición era una señal de desgracia o de pena para el mismo George Duke.

Añadían muy ufanos que en otros tiempos se había oído hablar de apariciones, y en ellas creían, a pesar de lo que decía el pastor, pues existían fantasmas a los cuales no bastaba todo el latín del anciano para hacerles volver al mar Rojo.

De este modo transcurrieron tranquilamente los años sin que ocurriese ningún cambio en el castillo, en la posada o en la tranquila casita en que Millicent pasaba sus días solitarios.

Durante los dos primeros años que siguieron a la llegada de Ringwood al castillo se creyó generalmente que el joven señor de Markham contraería matrimonio.

En los alrededores se consideraba al castillo y los dominios a él anejos uno de los señoríos más fértiles, y hubo alguna que otra hija de rico arrendador que se adornó con sus mejores galas pensando conquistar a Ringwood.

El corazón de este era, sin embargo, una de esas inexpugnables fortalezas difíciles de asaltar, pues que en ella tenía su asiento, ocupándolo casi todo, un egoísmo feroz, y su linfático temperamento no admitía ningún placer sencillo.

Al ver que con el cambio de vida su fortuna mejoraba, se apoderó de su fría y egoísta naturaleza un sentimiento muy semejante a la avaricia.

Ringwood imaginó que el pasado era una lección para el porvenir, y él, que tantas guineas derrochó en tabernas y garitos de Londres, con falsos amigos que no le dieron ni una cuando vieron vacía su bolsa y además le volvieron la espalda, empezó a querer ahorrar, de modo que gastaba en Compton lo menos posible.

Los humildes arrendatarios de las granjas y tierras anejas al castillo empezaron a lamentarse, murmurando que Ringwood era un amo muy duro, y los pobres, al asegurar que aquellos tiempos eran peores que los del anciano barón, decían la verdad.

A medida que se llenaba la bolsa de Ringwood, este se sentía dominado por un irresistible deseo de economizar más y más, sobre todo cuando pensaba en el porvenir y se apoderaba de él un vago temor.

El aire penetrante del norte al soplar sobre las extensas llanuras no devolvió a sus mejillas enrojadas por la fiebre los colores de la salud.

Ringwood llevaba una vida muy triste, y desde que empezó la avaricia a apoderarse de él se paseaba continuamente montado en su caballo gris alrededor de las granjas, vigilando a los trabajadores y calculando con mirada recelosa cuál sería el resultado de las cosechas próximas, mientras que la naturaleza y las estaciones laboraban bajo el sonriente rostro de la abundancia.

En los países del norte las recolecciones se hacen ya muy adelantada la estación, y la de que hablamos se hizo con mucho retraso el séptimo otoño transcurrido desde que *El Buitre* se hizo a la mar en el puerto de Marley.

Septiembre había sido húmedo y frío, y octubre empezó con un tiempo sombrío

como un invierno prematuro; en los primeros días de ese mes que tan triste se presentaba se estaba hacinando la paja en la granja del castillo mientras Ringwood se paseaba de campo en campo montado en su pequeño poni para vigilar el trabajo de los segadores, pues el joven se había vuelto muy desconfiado y creía que el trabajo de la recolección no estaba bien hecho cuando él no lo presenciaba.

Y esta falta de confianza le costó cara, porque durante uno de esos largos paseos cogió un reuma de resultas del cual tuvo que guardar cama.

En cuanto recibió Millicent noticias del estado de su hermano, corrió a su lado, y se mostró amable y deseosa de curarle y consolarle.

El espíritu de Ringwood era tan débil como su cuerpo, y buscaba la protección de su hermana como un niño enfermo la de su madre.

A veces se despertaba a media noche, humedecida la frente por gotas de frío sudor, llamando a Millicent para que acudiese a su lado, se tranquilizaba al observar que no se había separado de su lecho y se dormía nuevamente teniendo entre las suyas una mano de su hermana.

El médico de Compton meneó la cabeza tristemente cuando observó las enflaquecidas mejillas de Ringwood, coloreadas en los pómulos por la calentura.

Poco satisfecha de la opinión del médico de Compton, Millicent envió a Marley en busca de otro; pero este no hizo más que confirmar la opinión de su colega, además de añadir que no tenía ninguna esperanza de que Ringwood se restableciese.

Su madre había muerto también de la misma enfermedad, y la vida se le fue acabando lenta y dulcemente, del mismo modo que se va apagando una luz por falta de aceite.

Durante aquellas tristes noches, en que tan frecuentemente le despertaban los padecimientos, Ringwood empezó a meditar acerca de su vida pasada, sobre todo al contemplar la simpática figura de Millicent iluminada por la temblorosa luz de la lamparilla o por el resplandor de las llamas de la chimenea.

Le pareció entonces que su vida, una vida muy corta, había sido completamente inútil para los que le rodeaban, pues no hizo nunca nada inútil ni provechoso, encerrado en un grosero egoísmo e importándole muy poco las desgracias o las venturas de los demás.

—¡Quién sabe —pensó— si a causa de esa misma inutilidad habría sido criminal mi vida!

Algunas noches antes de morir permaneció Ringwood despierto durante mucho rato, contando los cuartos de hora cada vez que se oía el reloj de la iglesia de Compton, oyendo el ruido que hacían las cenizas al caer en el hogar de piedra, y el producido por las hojas de las persianas al golpear contra los cristales. Habríase dicho que eran los dedos de un esqueleto que golpeaba las ventanas deseando entrar.

Ringwood se quedó mirando la encantadora figura de su hermana, que estaba sentada en una silla baja al lado de la chimenea con sus azules y pensativos ojos fijos en el fuego y un libro, que no leía, escapándosele de la mano.

—¡Cuán hermosa es —pensó el enfermo—; pero qué belleza más triste la suya! ¡Qué pocas veces brilló en sus ojos la alegría desde que pasaron aquellos días venturosos en que Darrell y ella eran inseparables compañeros de juegos infantiles antes de que viniera el capitán Duke!

Recordó entonces el papel que desempeñó para que se llevase a cabo tan desdichado casamiento, y cómo trabajó para convencer a su padre de que no debía prestar oídos a los lamentos y negativas de la infeliz Millicent.

Se acordó también del vil motivo que le impulsó a obrar de una manera tan indigna y del odio despreciable que por aquella época experimentaba hacia Darrell, causa principal que le hizo oponerse a la felicidad de su hermana.

—¡Millicent! ¡Millicent! —exclamó de pronto.

—¿Qué quieres, hermano mío? —contestó la señora Duke acercándose a la cama—. Creía que estabas durmiendo. ¿Hace mucho rato que te has despertado, Ringwood?

—Sí, mucho.

—¡Pobre hermano mío! ¿Por qué no me has llamado?

—¿Sabes lo que pensaba, Millicent? —murmuró el enfermo.

—¿El qué, hermano mío?

—¡Que jamás fui un buen hermano para ti!

—¡No digas eso, Ringwood!

Y, diciendo esto, la señora Duke se dejó caer de rodillas al lado de la cama, estrechando entre sus brazos el cuerpo enflaquecido de su hermano.

—Sí, Millicent, he sido un mal hermano para ti, porque te separé del hombre que amabas y contribuí a hacer desdichada tu vida. No ignoras nada de esto, y a pesar de todo me cuidas noche y día con tanta ternura como si no te hubiera hecho tanto daño.

—Todo está ya perdonado y olvidado, querido Ringwood. Hace mucho tiempo que olvidé mi desgracia; pasé algunos años llevando una vida solitaria, y me parece que plugo a Dios librarme para siempre de lazos que me parecían muy crueles.

—Cuando me muera vas a ser casi rica, Milly —dijo su hermano alegremente—. Durante los cinco años que han transcurrido he hecho cuanto he podido por mejorar la propiedad. En el cajón de mi papelería encontrarás un saco lleno de guineas, al lado de mis libros de cuentas y de mis papeles. Creo que puedes fiarte de John Martin, el administrador, y Lawson y Thomas tendrán mucho cuidado de la granja en interés tuyo.

—¡No hables así, Ringwood!

—¡Es preciso, Millicent! Y ninguna hora más a propósito que aquella en que se conoce la proximidad del gran viaje. Quiero que me prometas alguna cosa, querida Millicent, porque sé que las promesas que se hacen a un moribundo son sagradas.

—¿Existe algo en este mundo que no hiciese por proporcionarte un momento de alivio, mi querido Ringwood?

—Ya sabía que no me lo negarías. Ahora, escúchame con atención: ¿cuánto

tiempo hace que está ausente el capitán Duke?

—Hará unos siete años por enero próximo.

—Eso mismo creo yo. Ahora, escúchame, Millicent: cuando vaya a terminar enero, deseo que hagas un viaje a Londres y que lleves una carta mía a Darrell.

—Así lo haré, querido Ringwood; pero ¿por qué en enero y no antes?

—Es un capricho mío. La carta aún no está escrita; pero no tardaré en hacerlo. Dame recado de escribir, Millicent.

—Esta noche no... mañana —replicó la señora Duke—; estás muy cansado y has hablado mucho; mañana escribirás.

—No, esta misma noche —dijo Ringwood, impacientándose—, y en seguida. Me consumirá la calentura de la inquietud si no le escribo inmediatamente; no tardaré mucho, será cosa de unas cuantas líneas nada más.

La pobre enfermera comprendió que debía complacer al enfermo y, obedeciendo a esta creencia, le llevó papel, plumas y tinta, disponiéndolo todo en una mesilla al lado de la cama; le arregló las almohadas para hacerle posible la tarea y luego se retiró a su asiento al lado de la chimenea.

Ringwood escribió con mucho trabajo sin conseguir más que trazar unas cuantas líneas, que leyó y releyó con evidente satisfacción; dobló después la carta en cuatro pliegues, la cerró con un gran sello de cera roja, sobre el que estampó las armas de los Markham, y puso con letras grandes y torcidas la siguiente dirección:

Al caballero Darrell Markham.

Para serle entregado por Millicent Duke al terminar el mes de enero de 17...

—Hice mucho daño a Darrell —dijo a su hermana al entregarle el pliego—, pero esto lo puede reparar todo. Este es mi testamento, Milly, y no pienso hacer ninguno más, pues eres tú la única que debe heredar el castillo y sus propiedades.

—¿Entonces habrás legado alguna cosa a Darrell? —preguntó la señora Duke.

—No dejo más que esa carta que confío en tus manos esperando se la entregues.

Algunos días después, Ringwood vio ponerse el sol por última vez, y unas manos cariñosas y delicadas cerraron sus ojos. Fue una muerte dulce, bien distinta de la que habría hallado de continuar su vida de garitos y pendencies en los barrios de Covent Garden y Pall Mall.

XII

El capitán Fanny

Han transcurrido seis años desde aquella Navidad en que un buhonero robó a Sarah sus ahorros y su mal carácter.

Del mismo modo que seis años antes, se hallaba Betty pelando pavos y ánades, del mismo modo estaba Sarah Pecker delante de la inmensa y limpia mesa haciendo los pasteles propios de la fiesta y del mismo modo brillaba en el hogar el carbón de piedra, cuya azul llamarada se escapa aullando por la chimenea.

De igual modo que en otro tiempo se esperaba al arriero, siempre retrasado, que debía llevar de la ciudad inmediata los paquetitos de las especias, y gratos perfumes se escapaban por las puertas mal cerradas.

Los preparativos de esta Navidad no eran, sin embargo, como los de la de seis años antes, porque se habían producido grandes cambios en la casa.

De tal modo había cambiado Sarah que Samuel se veía obligado en más de una ocasión a distraerla o consolarla, dándole vasitos de ponche o animándola a que comiese alguna cosa suculenta.

Ya no temía su voz ni la de sus parroquianos ni temblaba o se ruborizaba cuando sostenía una conversación, y se atrevía a beberse una pinta de cerveza sin volver con aire tímido la cabeza para observar si le miraban.

Samuel era, en fin, un hombre distinto, aunque puede que siguiera creyendo en los fantasmas y se sintiese poseído de cierta timidez cuando tenía que ir a buscar alguna cosa a un sitio oscuro; pero a pesar de todo era un león comparado con lo que había sido antes de que la visita del desconocido buhonero produjera el desmayo de Sarah.

Esta Nochebuena de que hablamos estaba más alegre la posada del Oso Negro porque habían llegado a ella unos cuantos caballeros procedentes de York y cenaban en el comedor blanco, lujosa habitación de la casa que solo se utilizaba en muy raras ocasiones y que estaba situada en el primer piso.

Los viajeros debían hacer noche en la posada y pasar en ella el día entero de Navidad, y a ellos estaba destinado el pavo que inerte reposaba en las rodillas de Betty.

—¿No es verdad que uno de los viajeros es muy guapo? —dijo la cocinera, a la vez que arrancaba con fuerza una gran pluma del ave—. Debéis ir a verlo, señora, tiene unos ojos que penetran. ¡Si su mirada parece un relámpago! ¡Y qué manos y qué pies más pequeños! Sus manos son tan finas y están tan cubiertas de diamantes que se parecen a las de la señora Duke. ¡A fe mía que es un muchacho encantador! Los que van con él parece que le temen... Los dos querían marcharse de aquí después de comer y les dijo que deseaba quedarse aún. Uno de ellos le preguntó qué sitio era...

no sé qué, porque no pude oír lo que decían; pero se echó a reír, y respondió al otro que era un cobarde y un pillo, indigno de vivir entre caballeros. Lo único que hacen, y eso me disgusta mucho, es que juran de un modo horrible.

No había acabado aún de hablar la cocinera cuando se presentó el posadero en la cocina.

—Esos caballeros que están en el comedor blanco —dijo— son amigos del ruido y de la algazara. Me piden seis botellas de oporto añejo y no son más que tres y han bebido ya Madeira y Burdeos. ¿Quieres hacer, Sarah, el favor de subir y decirles que se estén más callados? Mientras te arreglas un poco, voy abajo a la bodega en busca del vino.

Sarah accedió a los deseos de su esposo y se apresuró a sacar las manos de la masa y a enjugárselas, arreglándose luego el delantal y las cintas de su cofia; y terminaba estos preparativos en el instante mismo en que Samuel subía de la bodega, llevando bajo cada brazo dos empolvadas botellas cubiertas de un moho respetable.

—Traigo cuatro, Sally —dijo depositando sobre la mesa de la cocina su preciosa carga—; voy a subírselas, y lleva tú también algunos vasos.

Los convidados instalados en el comedor blanco formaban un turbulento triunvirato.

Grandes velas colocadas en candelabros de plata maciza alumbraban la mesa de pulimentada encina, sobre la que se veían nueces, pasas, higos, naranjas y una multitud de botellas vacías.

Uno de los convidados puso los pies, calzados con pesadas botas de viaje y gruesas espuelas, sobre la mesa, y en esta postura, medio echado en un sillón, se entretenía en pelar una naranja y en arrojar las cáscaras a su vecino.

Este, medio borracho, apoyados los codos en la mesa y la cabeza en las palmas de las manos, le contemplaba con aire embrutecido.

El otro personaje, que parecía el más importante de los tres y estaba bostezando medio vuelto de espaldas a la chimenea y con el codo apoyado en el mármol de ésta, se disponía, al presentarse la señora Pecker, a contar una historia algo subida de color.

Sus ojos de mirada brillante e inquieta y sus dientes blancos formaban parte de un rostro que, a pesar de la evidente juventud, era pálido y enfermizo, con esa palidez peculiar de los placeres y las juergas.

La mano del tiempo, siempre implacable, había trazado durante los años transcurridos más de una precoz arruga alrededor de la inquietante y burlona boca de sir Lovel Mortiner, conocido también con el nombre de guerra de capitán Fanny.

Sarah se puso densamente pálida cuando dejó los vasos y el vino sobre la mesa, y se estremeció al querer sostener la inquieta mirada del capitán Fanny, cuyos ojos, ya hemos dicho, tenían mucho de particular y extraño.

—¿Conque vamos a tener el honor de que nos sirva en persona la misma dueña de la posada del Oso Negro? —preguntó sir Lovel con afectada galantería, mientras contemplaba embelesado sus blancas manos.

En cualquier otra ocasión, Sarah habría arreglado los pliegues de su delantal de muselina y hecho una respetuosa reverencia, preguntando a sus huéspedes si estaban satisfechos del servicio y si el vino era de su gusto; pero aquella noche parecía que su lengua estaba atada, como si la inquieta expresión de los negros ojos del capitán la hubiese fascinado y reducido al silencio.

—Sí, señores, soy Sarah Pecker.

—Parecéis muy amable y servicial, señora Pecker —añadió fatuamente el capitán—, y sois la mejor recomendación que puede hacerse del Oso Negro. ¡Pardiez! Bien necesita Compton un sitio en que pueda hallar alguna alegría el desdichado que se ve obligado a andar por tan tristes lugares. ¿Habéis visto alguna vez, señores, un sitio tan triste como este? —añadió, volviéndose hacia sus camaradas.

Sarah había nacido en Compton des Bruyeres y no estaba dispuesta a permitir que se hablase mal y con desprecio delante de ella de la población en que naciera, y, separando su mirada del apuesto caballero, dijo:

—Compton des Bruyeres será tal vez un sitio solitario, muy lejos de Londres, pero en verano es un lugar muy agradable y son muchas las familias nobles que viven en sus cercanías.

—¡A propósito! —replicó el capitán Fanny—. Al llegar a Compton, nos ha sorprendido una gran casa cuadrada, de ladrillos rojos, situada en medio de un hermoso bosque, a un kilómetro del otro lado de la población y que tiene el triste aspecto de un torreón de homenaje con la mitad de sus ventanas cerradas y cubiertas de polvo y telarañas. ¿A quién pertenece?

—Es el castillo de Compton, señor —respondió Sarah—, y pertenecía al señor Ringwood Markham.

—¡Ringwood Markham! ¿No es un joven de ojos azules, rizada melena y esbelto talle?

—El mismo, caballero.

—Hace seis años le conocí en Londres.

—Es probable. El pobre joven se empeñó en vivir en Londres y no ganó nada con los placeres de la gran ciudad. Hace tres semanas que está enterrado.

—¿Y era suyo el castillo?

—Sí, y además las granjas y tierras que lo rodean y que producen una renta de cuatrocientas o quinientas libras al año.

—¿Y quién es ahora el propietario del castillo? —preguntó el capitán.

—Su hermana Millicent, la señora Duke.

—¡La señora Duke! ¿La esposa de un marino, de un tal George Duke?

—La viuda de George Duke, señor.

—¿Cómo la viuda? ¿Ha muerto, por ventura, el capitán Duke?

—No hay duda, señor. Va a hacer siete años en el mes de enero próximo que el capitán se fue de Marley, y desde entonces no se han recibido noticias de él o de su buque *El Buitre*.

—¿Y la viuda del capitán heredó una propiedad que produce cuatrocientas o quinientas libras al año?

—Sí, señor, eso es lo que heredó, y acerca de ese particular no me equivoco ni en un penique.

—¿Y la única prueba que la señora Duke tiene de la muerte de su marido es su ausencia de siete años?

—Creo que no se puede encontrar otra más convincente.

—Tal vez tengáis razón —exclamó riendo el joven—; pero se han visto cosas y casualidades muy raras en este mundo, y, ¿quién sabe si el capitán Duke no vendrá el día de mañana a reclamar a su esposa y su fortuna?

—¡No lo quiera Dios! —contestó poniéndose seria la señora Pecker—. No me gusta desear mal a nadie, pero antes de ver desgraciada a la pobre señorita Millicent con el regreso del capitán, que gastaría todo su dinero, preferiría ver ahogado a este.

—¡Vaya unos sentimientos piadosos! —contestó riendo el capitán Fanny—, y, sin embargo, como no conozco a ese señor, no me opongo a vuestras palabras. ¡Así sea! En cuanto a creer que una ausencia de siete años es una prueba suficiente para que una mujer quede viuda, es un error tan vulgar y común que no creí, señora Pecker, oírlo repetir a una mujer dotada de tan buen sentido como vos. ¡Siete años! ¡Vaya una cosa! ¡Cuando hay maridos que vuelven a ver a sus esposas después de una ausencia de diecisiete años!

Una vez que se quedaron solos los tres hombres, el capitán se echó a reír de una manera estrepitosa.

—¡Tiene gracia! —exclamó—. ¡George Duke está muerto y enterrado y la viuda posee un castillo y unas granjas que le producen una renta de quinientas libras! ¡Si ese loco, si ese condenado Jeremiah, no hubiese regañado con sus mejores amigos, abandonándolos con tanta ingratitud, ahí tenéis por dónde podía haber hecho su suerte!

XIII

El fin de enero

El capitán Fanny, conocido por otro nombre con el de sir Lovel Mortiner, no abandonó la posada del Oso Negro hasta la madrugada siguiente a la noche de Navidad.

Se marchó seguido de sus amigos, en un día helado de diciembre que alumbraba un sol pálido y sin fuerza, después de haber manifestado a la señora Pecker su alegría por sus servicios, que gratificó espléndidamente.

Toda la servidumbre del Oso Negro le aclamó como a un caballero noble, hermoso y más espléndido que un príncipe.

En la cocina del Oso Negro se habló mucho de los ojos del capitán, y Betty la cocinera hizo una observación que atrajo sobre ella el ridículo y la reprobación de sus compañeros. Aquella loca declaró que los ojos del distinguido baronet le recordaban al buhonero que robara los cubiertos de plata.

Tan ocupada estaba la servidumbre del Oso Negro discutiendo las condiciones de tan noble viajero, que la noticia de un robo audaz, cometido cerca de Carlisle en la noche del 23 de diciembre, apenas le impresionó.

Tampoco hicieron gran caso ni le interesaron los detalles de otro robo a mano armada contra el coche correo de York, del que oyeron hablar dos días después de haberse marchado sir Lovel Mortiner y sus amigos.

La estancia de un baronet tan distinguido y guapo era un acontecimiento tan raro en la posada del Oso Negro que debía formar época y hablarse de él durante largo tiempo, mientras que un robo más o menos cometido en el camino real o un asesinato en las cercanías de alguna población eran sucesos que ocurrían todos los días, por tanto, no valía la pena ocuparse de ellos.

Los últimos días de diciembre transcurrieron tranquilamente en la posada del Oso Negro hablando de los elegantes viajeros, mientras que Millicent Duke, muy pálida, pero encantadora con su traje de luto, permanecía sola y sentada en el despacho del castillo de Compton, teniendo abierta ante sí la papelera de que la hablara su hermano.

Su espíritu trabajaba pacientemente y hacía grandes esfuerzos por comprender las cuentas de la granja que le había entregado su notario.

En Sarah Pecker halló la señora Duke una amiga fiel que le consoló en su desgracia tomando parte en su pena y alegrándose de su nueva fortuna. Millicent habría hecho donación del castillo y de las granjas a su administrador del Cumberland, antes de estudiar las cuentas, y se habría vuelto tranquilamente a su abandonada casita para esperar la llegada del capitán o su propia muerte.

Sin embargo, Sarah, que valía tanto como una docena de notarios y media de

mayordomos, asistió a la lectura del testamento en el que estaba inscrito su nombre para entregarle:

... Cincuenta guineas de oro y una sortija de luto que contiene mis cabellos como recuerdo de mi amistad y profundo cariño.

La honrada y fiel Sarah le explicó uno por uno todos los enrevesados conceptos de tan complicado documento, que comprendió tan bien como el mismo notario que lo había redactado.

El administrador, por su parte, temblaba delante de Sarah igual que un niño delante de su maestro cuando tenía que darle cuentas, se embrollaba en largas y prolijas explicaciones y dudaba vacilante al explicarle la inversión de una fanega de trigo, temiendo se le creyese capaz de alguna picardía.

Arreglados de una vez todos los asuntos de la señora Duke, pudo ésta considerarse casi rica, lo suficiente para figurar como una persona de las de más importancia entre los sencillos habitantes de Compton des Bruyeres.

Más de uno en Compton y en sus cercanías envidiaba las riquezas de las cuales apenas hacía caso Millicent, y se habría considerado dichoso al poseer aquellos cuadros patinados por el tiempo, las salas desiertas y sonoras, los viejos tapices, en los que la poesía gris del polvo cubría las escenas guerreras y paganas, las cuadras ruinosas y vacías de relinchos, el jardín muerto donde triunfaban las zarzas y los cardos y aquellas pardas tierras de labranza que besaban el horizonte. Todas las riquezas que debería compartir con Duke, si el capitán apareciese de pronto.

El solo pensamiento de que semejante suceso pudiera verificarse estremecía en más de una ocasión a Millicent.

¡Si volviese!... Si después de tantos años pasados esperándole, temblando al oír el paso de un hombre; si ahora que dejó ya de esperarle y que era rica, y más adelante podía ser dichosa, volvía aquel martirio de su juventud y la reclamaba una vez más para atormentarla y poseerla por las leyes de Dios y de los hombres, ¿qué iba a hacer?

Algunas veces creía ver al capitán de *El Buitre* en pie en el umbral de la puerta, con su mirada fija en ella, y entonces, arrodillándose, pedía a Dios que la librara de aquellas horribles angustias y la matara antes de que regresara su esposo.

El pendiente de diamantes compañero del que el capitán se llevó la noche que se separaron en Marley descansaba en el fondo de un cajón, en el secreto de una incrustada papelera.

Millicent era muy honrada y demasiado ingenua para tratar de desobedecer las órdenes que recibiera de su marido, y alguna que otra vez contempló la descabalada joya.

¿Se presentaría alguna vez la otra?

Los siete años de ausencia, los accidentes comunes a todos los naufragios y desastres ocurridos en el mar y las sospechas que los más tenían acerca de la manera

poco legal con que el capitán se ganaba la vida hacían creer que había muerto, que se había hundido en el mar con su buque.

Algunas añadían que en una de sus peligrosas expediciones había sido alcanzado por un corsario francés, pereciendo a los golpes del hacha de abordaje o bajo los de la cimitarra de un pirata argelino.

El encuentro de Millicent con el fantasma del capitán Duke en el largo muelle de Marley confirmaba esta suposición.

Como es natural, Millicent habló a su fiel amiga de la carta que poco antes de morir escribiera Ringwood a Darrell.

Las dos mujeres contemplaron muchas veces y con gran curiosidad aquel pliego cerrado con enorme sello rojo, y se preguntaron qué contendría en sus líneas misteriosas. Los deseos de Ringwood eran, no obstante, sagrados, y como la primera quincena de enero tocaba a su fin, la señora Duke empezó a pensar en su gran viaje a Londres.

La señora Duke, que nunca saliera de su casa más que para ir una vez a la inmediata ciudad de York, experimentó, al pensar en el viaje y en los preparativos que requería, un sentimiento análogo a un profundo terror.

—¿Supongo —le dijo un día Sarah, hablando de este viaje— que no iréis sola a ver al señor Darrell?

—¿Quién queréis que venga conmigo, querida Sally?

—¿Quién? Pues Sarah Pecker, que os cuidó cuando erais una chiquilla y os enseñó a andar.

—¿Tú, Sally?

—La misma, señorita Millicent. Al principio pensé en Samuel, porque un hombre siempre es un hombre e infunde más respeto, y podríamos hasta ponerle una de las antiguas libreas de la casa con las armas de los Markham y le llamaríamos nuestro criado. ¡Pero Dios nos libre de semejante idea! ¡Parecería en las calles de Londres un cordero extraviado en medio de los campos! No puedo mandarle a la tienda a buscar alguna cosa sin el temor de que me traiga pasas en vez de azúcar, o de si se dejará registrar los bolsillos mientras contempla un barco. No, señorita Millicent, Samuel es el mejor de los hombres, pero no sirve para nada.

—¡Querida y buena Sarah! ¡Cuánto te debo! ¿Qué van a hacer sin ti en el Oso Negro durante los quince días en que hemos de estar fuera? Y calculo los quince días, sin pensar en que puede ocurrir algún accidente que retrase la vuelta.

—Harán lo que puedan, y poco importa que encuentre algún desorden en mi casa cuando vuelva; eso no os debe importar, puesto que a mí no me da ningún cuidado.

Tal y tan grande era la resolución de Sarah a acompañar a Millicent que al fin ésta no tuvo más remedio que ceder, dando las gracias a su decidida protectora.

Millicent y su vigorosa protectora llegaron una mañana nebulosa y fría a Londres.

Al llegar al pueblo de Islington, Sarah se acomodó a la ventanilla del coche, vio una espesa mata de oscuras nubes delante de ella y un viajero le dijo que aquello era

Londres.

Se apearon en la espaciosa posada de la Colina Nevada con una maleta que era todo su equipaje.

Sarah habló con mucha firmeza a la criada de la posada, que les llevó un servicio compuesto de muchas piezas de porcelana, un poco de té y un líquido azulado que dijo ser leche, a todo lo cual la muchacha llamó pomposamente desayuno.

La dueña del Oso Negro quiso hacer comprender a aquella zafia sirvienta que la joven de luto que se había echado a descansar sobre un duro sofá, adornado con clavos de cobre y cubierto con una tela amarillenta, era una de las señoras más ricas de Cumberland.

No tardó la buena Sarah en reprender a la muchacha, encendiendo su rostro la ira al ver que aquélla, a la que creía franca y sencilla, no hacía ningún caso y recibía con completa sangre fría tales confidencias.

—Aquí, sin duda, hacéis poco caso de las personas más notables de Cumberland —dijo irónicamente Sarah—, pero allá abajo hay muchísimas que podrían comprar todo lo que poseen esas bellas señoras de esta ciudad, y aún les quedaría después dinero más que suficiente para almorzar y comer opíparamente durante muchos años.

Después de dirigir esta, a juicio suyo, tremenda filípica, Sarah se dignó preguntar a la criada si podría indicarles el camino de Saint James Square.

—Está muy lejos, señora —contestó la criada.

—Bueno, pero ¿dónde? ¿Puede acompañarnos alguien?

—Lo mejor que puede hacer la señora si quiere llegar bien y sin ningún tropiezo es mandar por una silla de mano o un coche, porque, además de que la distancia es grandísima, podríais extraviaros muy fácilmente.

Comprendiendo Sarah lo razonable de este consejo, ordenó que les prepararan un coche para dentro de una hora.

Luego, mientras se dirigían desde la Colina Nevada hasta Saint James Square, la honrada posadera no pudo menos de encontrar muy tristes y muy frías las calles, cubiertas de barro y escasas de gente.

Sarah no había leído ni la traducción de Horacio hecha por el honorable señor Creech ni las citas del mismo Pope, pero, sin embargo, decidió conservar un semblante digno y severo mientras permaneciese en Londres.

No era de extrañar que se impusiese esta norma de conducta, que no alteraron ni las elevadas galerías del soberbio San Pablo ni los bufones, fieras y juglares de la feria de San Bartolomé.

Fiel a su propósito, la enorme distancia que media entre Holborn y Pall Mall, por más que le pareciese interminable y sin límites, no la arrancó de su mutismo ni le hizo cambiar su aspecto serio y reservado, de manera que se limitó a mirar por las ventanillas del coche con ojos tan tranquilos y burlones como si hubiese contemplado un campo de trigo o cebada en los alrededores de Compton des Bruyeres.

En cuanto a Millicent, todo el borroso panorama de Londres desfiló ante sus ojos

como un cuadro cubierto de sombrías nubes a través de las cuales no se veía nada distinto ni perceptible.

Un solo y único pensamiento dominaba su corazón, y no tenía ni ojos ni oídos para examinar las cosas nuevas que a cada instante hallaba a su paso, pues ni siquiera se fijaba en Sarah, que iba sentada delante de ella.

Millicent había ido a Londres, había hecho el viaje con el único objeto de ver a Darrell, así que le importaba muy poco todo lo demás que encerrase la gran capital.

A tantos cambios como el tiempo había operado en su querido primo, ¿sería necesario añadir el de su corazón? ¿Se habría borrado ya de este aquel amor durante años sin esperanza, y otra imagen distinta a Millicent lo habría ocupado?

Que Darrell no se había casado lo sabía Millicent por las cartas que cada tres meses enviaba a su antigua amiga Sarah, y tal vez habría sido la pobreza la que impidió que lo hiciese.

Y de ser ésta la razón, ella tenía el firme propósito de partir con él su cuantiosa fortuna y permitirle satisfacer todos sus deseos, aunque fueran contrarios a los suyos.

Pensando de este modo y dejándose arrastrar por la corriente de sus ideas, llegó un momento en que la señora Duke creyó presenciar una escena en la que ella con su enlutado traje desempeñaba el principal papel, dando la bendición y la mitad de su fortuna a su primo Darrell y a una belleza de morena tez, negros y animados ojos, encendidas mejillas, belleza, en fin, en todo distinta de la suya.

Y tanto fue lo que esta ilusión la dominó, y resultó tan conmovedor el cuadro, que la señora Duke no pudo contener sus lágrimas, y tuvo que inclinarse ante la portezuela del coche para ocultárselas a su buena Sarah.

Aún no se habían secado cuando el carruaje se detuvo delante del magnífico palacio del protector de Darrell.

Millicent sintió que su corazón se oprimía, que por un instante dejó de latir al resonar el golpe que el cochero dio con el labrado llamador de cobre en la esculpida puerta.

Las ventanas de la casa estaban todas cerradas, y la escalera cubierta de paja.

—¿Estará milord en el campo —exclamó Sarah—, y el señor Darrell en su compañía? ¡Oh! ¿Quién sabe, señorita Millicent, si habremos hecho el viaje en balde?

Millicent no tuvo fuerzas para contestarle.

Durante seis años vivió en una felicidad relativa sin ver a su marido, y a la sazón comprendía que no iba a poder pasar siete minutos sin él.

Una vieja abrió la puerta; al verla comprendió Sarah que el conde de C... estaba en el campo, y ordenó al cochero que preguntase a la anciana por el señor Darrell Markham.

Todo vaciló a los ojos de Millicent, y fue tan grande su turbación que no oyó una palabra de lo que decían, comprendiendo únicamente que la portezuela del coche estaba abierta, que Sarah le dijo que bajase, que así lo hizo, que subió vacilando las escaleras, franqueó el dintel de la puerta, atravesó un vestíbulo, cuyo pavimento era

de losas cuadradas, y en uno de los extremos de este vio una chimenea en la que brillaba un fuego triste sin calor y sin luz.

En pie delante de la chimenea, estaba un caballero grueso, envuelto hasta la barba en un capote forrado de pieles, calzado con gruesas botas a la *écuyère*, manchadas de nieve y de barro, la espalda vuelta a la puerta y leyendo con mucha atención una carta.

Su sombrero, los guantes y el látigo estaban en una mesilla inmediata.

Sarah no había bajado del coche, y la anciana criada que acompañó a Millicent hacía señales a ésta con la mano indicándole al caballero que estaba al lado del fuego.

A Millicent se le ocurrió, pero de un modo confuso, que debía pedir a aquel caballero que la acompañara o dijese dónde estaba Darrell.

El caballero tenía la cabeza muy inclinada, y trataba de descifrar la carta con la ayuda de la débil luz que entraba a través de los polvorientos cristales y el resplandor que despedía el casi apagado fuego.

Millicent tuvo miedo de estorbarle y permaneció en silencio.

De pronto, y mientras Millicent dudaba, el que estaba delante de la chimenea arrugó con impaciente ademán la carta que tenía entre las manos y se volvió de cara.

Millicent se halló de pronto frente a él.

El robusto caballero era Darrell Markham.

XIV

El testamento de Ringwood

Durante los siete años en que no se veían, Darrell había engordado, pero sin que su robustez perjudicase a su buena figura.

Su pecho amplio y su aspecto marcial inspiraron un sentimiento de seguridad a la débil Millicent, a quien Darrell abrazó cariñosamente, cubriendo de besos su cara.

Dudo mucho que aun cuando en aquel instante hubiese asomado a la puerta su siniestra fisonomía el capitán Duke, hallara un motivo para incomodarse.

Fue un abrazo casto, fraternal, de hermano mayor.

¡Pobre Sally! ¡Qué poco caso hizo Darrell de las cintas y adornos del sombrero, del collar de azabache y los brazaletes, en fin, de todos aquellos coquetones adornos con que engalanó a Milly para que él la admirase!

Darrell no vio más que aquellos ojos azules en los que brillaba una mirada tierna y suplicante, y no recordó más que aquellos tiempos en que regañaba con Ringwood en el castillo de Compton y la joven se interponía entre ambos.

Los ojos de Millicent estaban secos, pero las lágrimas que empañaban los de Darrell le impedían ver claramente la carita sonriente que le contemplaba.

—¡Que Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga! —repitió muchas veces Darrell.

Por el momento no halló otra cosa mejor que decir, y en medio de los besos solo pudo pronunciar esas palabras inarticuladas.

—¡Que Dios te bendiga, mi querida Millicent, por no haberte olvidado de mí!

Millicent en aquella ocasión no hizo nada para crearse una reputación de elocuencia, y después de temblar mucho se contentó con mirar tímidamente a su primo y decirle:

—¡Qué gordo te has puesto, Darrell!

Este, que un momento antes estaba dispuesto a echarse a llorar, empezó a reír, y abriendo una puerta lateral acompañó a Millicent a la biblioteca de lord C..., cuyos libros y muebles estaban cubiertos del polvo de muchos días.

—No sé qué dichosa casualidad hizo que viniese a Londres esta mañana a buscar unas cartas muy importantes que no se podían confiar a un criado. Pasé la Navidad con monseñor en sus posesiones del condado de Buckingham, y no pensaba volver tan pronto a Londres.

Quitó sin ceremonia el sombrero a Millicent y lo tiró en un rincón para acariciar sus rubios cabellos y contemplarla detenidamente.

—Tantos años como han pasado no te han cambiado en nada.

—¿Y a ti, Darrell?

—¿A mí? Únicamente engordé algo.

—¡Sí! ¡Sí! Estás más gordo; pero... no es eso lo que quiero decir...

Millicent vaciló y empezó a dar vueltas entre los dedos a uno de los botones del abrigo de su primo; bajó la cabeza, y la débil luz que entraba a través de los postigos medio cerrados brilló sobre sus dorados cabellos.

—¿De qué se trata entonces, Millicent? —preguntó Darrell.

—Quise decir que debes haber cambiado en muchas otras cosas.

—¿En cuáles?

—No eres el mismo. Mientras yo estaba en Compton pasando una vida tranquila y sin que ningún acontecimiento, excepción hecha de la muerte de mi hermano, viniese a turbar la monotonía de esos siete años, tú has vivido en medio de una sociedad elegante y bulliciosa, en la que, según leí muchas veces, todo es agitación y movimiento, y en la que se goza en pocas noches de los placeres de toda la vida. Has presenciado tantos cambios, que también has debido cambiar.

—¡Oh! ¡No! ¡No!

—Creo que los que vivimos en el campo llegamos a imitar a la naturaleza que nos rodea, y nuestras almas siguen el lento crecimiento de los árboles que nos dan sombra, nuestros corazones jamás cambian, como no cambia el curso de los ríos que corren tranquilamente por delante de nuestras casas. Desde que estás en este Londres tan turbulento, has debido de hacer nuevas amistades, tratarte con personas nobles... con mujeres hermosas y amables...

Estas cuatro últimas palabras eran las únicas que quería decir, y para llegar hasta ellas empleó la señora Duke todo aquel largo discurso.

Y a estas solas palabras contestó Darrell:

—La mujer más hermosa de Londres no tiene para mí el menor encanto, Millicent, y no hay más que un rostro en el mundo, ante el cual se extasió Darrell Markham, y ese rostro es el que contempla ahora después de haber pasado siete años sin verlo.

—¡Darrell! ¡Darrell!

La alegría que inundó el corazón de Millicent se demostró en gruesas lágrimas que asomaron a sus ojos.

¡Darrell era el mismo, no había cambiado y ninguna mujer podía quitarle a su antiguo novio!

Podía volver el capitán Duke, pero, de todos modos, se consideraba muy feliz al saber que Darrell era libre y la amaba.

—Tenía intención de ir a verte en los primeros días del mes que viene.

—¿A verme?

—Sí, y a recordarte una antigua y rota pero nunca olvidada promesa, y para reclamarte como esposa mía.

—¿A mí, Darrell?... ¡Si estoy casada!

—¡Casada, no! ¡Viuda, sí! —exclamó Darrell apasionadamente—. No, Millicent; eres viuda con toda la evidencia que da el sentido común, y con arreglo a la ley de nuestro país, puedes volverte a casar. Pero dime ante todo, querida Milly, qué es lo

que te hizo venir a Londres.

—Esto, Darrell.

Y, sacando del bolsillo la carta de Ringwood, se la dio.

—Pocos minutos antes de morir escribió mi hermano Ringwood esta carta —añadió—, y me encargó encarecidamente que te la entregase. Creo que contiene un legado, y hasta creo que destruye su testamento dejándote la mejor parte de su fortuna, y opino que lo mejor es que fueses tú el propietario de Compton en mi lugar.

Darrell continuaba de pie con la carta en la mano, mirando el sobre escrito con aire pensativo.

Se fijó en aquella escritura incorrecta y torcida de que tantas veces se burlara y vio que eran las mismas letras mal formadas y las mismas palabras sin ninguna ortografía; pero la mano que las escribió estaba ya fría y la santidad de la muerte protegía la letra de Ringwood contra las burlas de Darrell, convirtiendo sus jeroglíficos en una reliquia.

—¡Que me escribió esto antes de morir! ¿Es verdad, Millicent? ¿Olvidó entonces nuestras antiguas rencillas?

—¡Oh! Antes de morir se expresó en ese sentido —contestó Milly.

Darrell rompió el sello de cera encarnada y leyó la carta.

Terminada su lectura, una expresión de inmensa alegría iluminó su rostro varonil.

—¡Millicent! ¡Millicent! ¿Sabes lo que dice esta carta? —dijo a su prima.

—Ni una palabra.

—¡Qué conducta más noble y generosa por parte de mi primo Ringwood! ¡Oh! ¡Milly! ¡Milly! Tu hermano me hizo el legado más precioso que jamás un hombre recibió de manos de otro.

—Lo celebro mucho, aunque te haya dejado toda la propiedad. Mi casita es bastante grande para mí, y me consideraría dichosa viendo que eras el dueño del antiguo castillo de Compton.

—No se trata de la propiedad del castillo de Compton, querida Millicent: el legado de Ringwood tiene muchísimo más valor para mí. Vale más que todas las casas y castillos de Inglaterra y las tierras que los rodean.

—¿Que no se trata de la propiedad del castillo de Compton?

—¡No! ¡El legado... eres tú!

Y, dominado por inmensa alegría, la cogió entre sus brazos y la estrechó una vez más.

Ya no fue un abrazo fraternal, y sin duda que si el capitán de *El Buitre* hubiese abierto en aquel instante la puerta y entrado en la habitación, se habría creído en el deber de intervenir.

—¡Darrell! ¡Darrell! ¿Qué quieres decir? —exclamó Millicent tan pronto como pudo para desasirse de los brazos de su primo.

Millicent tenía encendidas las mejillas.

—¡Qué quiero decir, preguntas! ¡Lee la carta del pobre Ringwood, Milly, y lo

verás!

La señora Duke abrió, admirada, sus azules ojos, temerosa, al ver la extraña alegría de su primo, de que se hubiera vuelto loco.

—¡Lee, Milly, lee!

No era cosa fácil descifrar aquel jeroglífico escrito por la temblorosa mano de un moribundo, lleno de borrones y de tachaduras.

Millicent, con todo, lo leyó como si cada sílaba la hubiesen grabado encima del papel con letras de fuego.

He aquí lo que escribía el pobre Ringwood:

Primo Darrell:

Cuando recibáis esta carta hará siete años que el capitán Duke está ausente.

Os lego a mi hermana Millicent, que después de mi muerte será rica, y os la lego como una tierna y fiel esposa.

Olvidad las malas inteligencias y cuestiones que hayan existido entre nosotros y amadla mucho en recuerdo de

Ringwood Markham

La cara de Millicent se puso encendida, cubierta de purpurino color, bajó los ojos y contempló sin verla la magnífica alfombra de Turquía que cubría el pavimento de la biblioteca de lord C...

Darrell se arrodilló a sus pies.

—No puedes negarte, Millicent —le dijo—, y si tu corazón tratase de decirme que no, no aceptaría de ningún modo esa palabra cruel de tus labios. Eres mía, Millicent, y quiero el legado de mi pobre primo.

—¿Soy libre? ¿Puedo casarme otra vez, Darrell? —preguntó Millicent, con tono vacilante—. ¿Soy libre?

—Tan libre como lo estabas, Millicent, antes de que el capitán cruzase los umbrales de la casa de tu padre.

Mientras Darrell estaba aún de rodillas y Millicent le dirigía una mirada impregnada de amor, de temor y cortedad, se abrió bruscamente la puerta de la biblioteca, para dar paso a Sarah.

—¡Está bien, señora Duke y señor Darrell! —exclamó la dueña del Oso Negro—. ¿De modo que me tratáis así el primer día de mi llegada a Londres? Me dejasteis abandonada en ese maldito coche más de una hora, que oí dar en todos los relojes de la ciudad, y no habéis tenido siquiera la amabilidad de invitarme a que entrase a descansar y calentarme los pies, que tengo ateridos de frío.

Darrell se puso en pie.

La discreta Sarah no dio por otra parte grandes muestras de haberse sorprendido al contemplar a Darrell en aquella postura.

—Mucho tiempo habéis necesitado, señorita Millicent, para entregar la carta de vuestro difunto hermano —añadió maliciosamente.

—Lo que no te extrañará, mi buena Sally, cuando sepas cuál es el contenido de la carta —contestó Darrell.

Y, colocando cerca del fuego un gran sillón de blasonado respaldo, hizo que Sarah se sentase en él y le contó toda la historia.

Solo Dios sabe si Millicent habría consentido jamás llevar a cabo una acción que le parecía algo criminal, pero entre Darrell y Sarah fue impotente, y cuando su primo la acompañó al coche, que hacía tanto las estaba esperando, le prometió que sería su esposa al día siguiente.

—Me encargo de arreglarlo todo para la ceremonia —dijo Darrell, que no sabía separarse del coche—, y, cuando se haya terminado, tendré que marchar al condado de Buckingham a llevar sus cartas a monseñor y pedirle licencia para una temporada. Almorzaré con vosotras en el hotel, y después os acompañaré a ti y a Sally a la iglesia. ¡Adiós, amada mía, que Dios te bendiga!

El cochero chasqueó el látigo arreando a los caballos.

Y aún hacía largo rato que el coche había desaparecido cuando Darrell decidió entrar en su casa.

* * *

—¡Ah! ¡Sally! ¡Sally! ¿Qué es lo que hice? —exclamó Millicent tan pronto como el carruaje se alejó de Saint James Square.

—¿Qué es lo que habéis hecho, señorita Milly? —respondió Sarah—. Obedecer la última voluntad de vuestro hermano. ¡No os atreveréis a contradecirle, porque ya sabéis que es un gran pecado contradecir o no cumplir los deseos de los muertos!

A la digna posadera del Oso Negro este casamiento entre dos jóvenes a los que cuidó desde su más tierna infancia no hay ni qué decir cuando le agradó.

—Voy a mandar, señorita Milly, al cochero que se detenga delante de una tienda de telas —dijo Sarah cuando el coche iba a entrar en Holborn.

—¿Para qué, Sally?

—Para escogeros un traje de boda, señorita, pues no está bien que vayáis a la iglesia con uno de luto.

—¿Y por qué no, Sally? ¿Crees que porque voy a casarme con Darrell lloraré menos a mi hermano? Sería demostrar por mi parte muy poco respeto hacia su memoria quitarme el traje de luto antes de transcurridos tres meses desde que murió.

—¡Pero si mañana no tendréis más remedio, señorita Millicent! ¡Creedme: el vestido de luto en el día de vuestro casamiento va a ser de malísimo agüero!

La señora Duke se sonrió y, con grave ademán, contestó:

—Si Dios bendice mi unión —dijo—, no creo que el color de mis vestidos impida para nada las bondades de la Providencia.

Sarah meneó la cabeza.

—También se ha oído muchas veces, señorita Millicent, hablar de personas que han tentado así a la Providencia e insultado a su buena fortuna —dijo la posadera.

Y, sin esperar el permiso de Millicent, ordenó al cochero que se detuviera ante una tienda de un comerciante de sedas en Holborn Hill.

La señora Duke no se opuso a los deseos de su protectora, pero cuando el dependiente les enseñó las piezas de sedas y brocados, exponiéndolas en grandes pliegues sobre el mostrador, Millicent escogió una tela de color gris bordada de negro.

—Parece que os habéis empeñado en convidar a la muerte a vuestra boda —dijo severamente Sarah al ver la elección hecha por Millicent—. ¿Habrás visto jamás en una boda un vestido gris bordado de negro?

Millicent, con todo, no cambió de opinión, y regresaron a la triste posada de la Colina Nevada, en la que Sarah empezó en seguida la tarea de hacer el vestido de boda.

XV

La boda

Las tres personas que al día siguiente de la llegada de Millicent a Londres estaban sentadas a la mesa en el gran salón de la posada de la Colina Nevada dieron pruebas de no tener gran apetito.

Aquel día ni llovía ni granizaba, pero el cielo presentaba ese color plomizo que anuncia las nevadas próximas. El lodo de la víspera se había helado en los arroyos de las calles, y el pavimento quedó seco y duro; era tan intenso el frío que los dedos entumecidos de la señora Pecker apenas podían coser los vestidos de boda.

Era una de esas heladas negras y tristes, tan tristes en medio de los campos de Compton des Bruyeres como en las calles de Londres.

Sin embargo, Sally era la única persona de aquella pequeña reunión que observaba atentamente el sombrío cariz del tiempo.

Darrell estaba impaciente, y sus mejillas se coloreaban a impulsos del amor y de la alegría; y en cuanto a Millicent, estaba pálida y temblorosa. Sarah no podía asegurar si aquel temblor era el reflejo del frío que hacía o de los latidos de corazón que la desposada no podía reprimir.

El coche les esperaba ya en el patio de la posada, y mientras Sarah arreglaba los pliegues del vestido de la desposada, ésta se arrojó bruscamente de rodillas a los pies de Darrell cruzando las manos como suplicando.

—¡Oh! ¡Darrell! ¡Darrell! ¡Me parece que vamos a cometer una mala acción! —exclamó—. ¿Qué pruebas tenemos de que Duke haya muerto? ¿Qué derecho tengo yo a daros mi mano cuando no sé si aún pertenece a otro? Aplacemos este casamiento, esperemos, y tal vez llegue un día en que tengamos noticias más positivas.

Con tal y tan solemne fervor se expresó Millicent, había tanta animación en su mirada y en sus palabras, que tal vez habría convencido a Darrell de no haberse interpuesto Sarah.

—¡Qué tontería! ¡Qué necesidad! —exclamó la buena posadera—. ¡Habrased visto nunca meter tanto ruido para nada! ¡Y esto después de haber trabajado toda la noche para arreglaros el vestido, hasta el extremo de que me quedé medio helada y mis dedos se entumecieron!

Y Sarah empujó a Millicent y a Darrell, haciéndoles bajar la escalera y subir al coche antes de que tuviesen tiempo de contestar.

Darrell había escogido la iglesia de Saint Bride para la ceremonia, y, mientras llegaban a ella, Sarah no dejó ni un instante de protestar contra la falta de solemnidades de aquella boda.

—¡No se oye ni una campana! ¡Oh!, si se hubiese celebrado en Compton, desde la víspera estarían repicando todas en honor de la hija del barón.

Desde la posada de la Colina Nevada hasta la iglesia situada en Flest Street, no había más que dos pasos.

La parte baja del templo apenas estaba iluminada durante aquella fría mañana, y Romeo, al bajar a la cripta que encerraba los sepulcros de los Capuletos, no visitó un sitio más sombrío que aquel en que Darrell entró con su pálida y temblorosa prometida.

Al bajar Sarah del coche detrás de los novios, recibió tal empujón de un mozo de cordel, que cruzaba por aquel lugar muy cargado con grandes paquetes, que faltó poco para que la posadera rodase al suelo.

Y seguramente por él habría sido así, de no ser por la amistosa intervención de un brazo vigoroso cubierto con una manga de terciopelo de color claro, al mismo tiempo que una voz armoniosa empezó a reprender con mucha dureza al distraído mozo de cordel.

A la pobre Sally, salvada del choque, le faltó muy poco, sin embargo, para desvanecerse al oír el timbre de aquella voz afeminada, que era la misma que algunos meses antes oyera en la más hermosa habitación de la posada.

El brazo que la libró de recibir un golpe, y la voz, eran los de sir Lovel Mortiner.

Difícilmente le habría reconocido la señora Pecker de no haber oído su voz, porque el baronet cubría su cara con una gran bufanda de lana que, en vez de la rubia y larga peluca que tenía la costumbre de usar, llevaba un sombrero de anchas alas, bajo las cuales brillaban unos ojos extraños y crueles.

Eran unos ojos que, una vez vistos, no se olvidaban nunca.

—¡Sir Lovel Mortiner! —exclamó Sarah Pecker.

—¡Silencio, buena mujer, que no hay ninguna necesidad de decir en voz alta mi nombre aquí! ¿Pero qué os pasa, mi buena señora? —replicó el baronet.

—¡Oh! señor, perdonadme —contestó la posadera—. Desde que os vi en mi casa la noche de Navidad no pude olvidar vuestra cara.

El capitán Fanny se echó a reír.

—Estoy acostumbrado —dijo— a hacer buena impresión en el bello sexo. ¿Y qué es lo que os trae a Londres?

—Una boda, señor.

—¡Una boda! ¿La vuestra, sin duda? Veo que tuve la suerte de llegar a tiempo para saludar a la novia.

—No soy yo la que se casa, sino la señora de George Duke con su primo hermano el señor Darrell Markham.

—¿La señora de George Duke, no es la viuda de un marino?

—La misma, señor.

—¡Bien, señora Pecker! Os ruego que saludéis de mi parte a los novios. Hasta la vista.

Y, saludando con galante ademán a la posadera, se alejó apresuradamente. Su gallarda figura se confundió entre la multitud de transeúntes que pasaban por allí.

Bendijo la unión un sacerdote, revestido con una casulla mugrienta, y un sacristán escuálido leyó gangosamente las preces matrimoniales.

* * *

Aquella tarde nevaba copiosamente cuando Darrell, Millicent y Sarah ocuparon sus asientos en la diligencia de York.

A los tres días llegaron a York, y una vez allí decidieron continuar el viaje en una silla de postas en vez de esperar a la pesada diligencia-correo que hacía el viaje entre York y Compton.

Era ya muy entrada la tarde cuando los cuatro caballos del último relevo dejaron atrás los campos y entraron en la calle principal del pueblo.

Pasaron ante las fraguas, cruzaron por delante de la tienda de comestibles donde vendían todo lo necesario para los habitantes de aquel apartado lugar; al paso del carruaje retemblaron los cristales de las ventanas que sostuvieron el busto de Millicent cuando niña, y se detuvieron frente a la posada del Oso Negro.

Y se detuvieron allí porque la previsora Sarah, que sabía el abandono del castillo, mandó desde York un aviso a Samuel para que preparase una gran comida para honrar a los señores de Markham.

Sarah bajó la primera, deseosa de saber si se habían cumplido bien sus órdenes. ¡Cuánto se admiró Sarah al encontrar a Samuel completamente cambiado!

No era ya el hombre parlanchín, resuelto, confiado en sí mismo y alegre de los últimos años, sino un hombre pálido, taciturno.

Sarah, sin embargo, tenía mucha prisa como para detenerse a observar aquellos cambios, y, pasando por delante de su marido, entró en el comedor, donde, y sobre un mantel de nítida blancura, brillaba la vajilla de plata de la familia Pecker, alumbrada por media docena de velas.

—¿Está dispuesta la comida? —preguntó.

—Sí, Sarah —respondió tristemente Samuel—. Hemos preparado un pavo mucho mayor que el que se asó por Navidad, un par de capones cocidos, un pudin y un gran pastel.

La posadera iba a contestar cuando miró a su marido y notó el cambio producido en su fisonomía.

—¿Qué te pasa, Samuel? Cuando quiero que estés más alegre y servicial que nunca y que todo en esta casa revele alegría en honor de nuestros huéspedes los señores de Markham, te presentas tembloroso y agitado. ¿Qué es lo que tienes, querido mío? ¿Por qué no sales a recibir y felicitar a esos señores?

Samuel movió tristemente la cabeza.

—Espera un poco, Sarah —dijo en voz baja—, espérate, que todo llegará a su tiempo. Después de haberlo visto, ni Betty ni yo tuvimos valor para cuidar de los guisados ni para hacer las salsas. En otro tiempo ya sabes, Sarah, que parecía

maligno, pero hoy nos ha parecido cruel.

—¿Quién era ese que parecía cruel? ¿Quién? ¿Quién? —gritó Sarah sintiendo que empezaba a apoderarse de ella un temor vago—. ¿Qué ha sucedido? ¡Contesta, Samuel!

El posadero meneó la cabeza a uno y otro lado, abrió la boca para respirar y, cogiendo del brazo a Sarah con una mano, con la otra le señaló la puerta entreabierta que comunicaba con una habitación inmediata.

—¡Mira allí abajo! —dijo con voz baja y ronca.

La señora Pecker siguió con la mirada la dirección indicada por la mano de Samuel.

En aquella habitación había un hombre que vestía un traje azul muy usado y calzaba altas y fuertes botas.

Estaba vuelto de espaldas a Sarah y a su marido, y se inclinaba hacia el fuego apoyados los codos en las rodillas y la barba en las manos.

En aquel momento entraron en el comedor los recién casados y Sarah murmuró a su marido con voz mojada en lágrimas.

—¡Oh! ¡Samuel! ¡Samuel! ¿Quién se atreve a decirles nada?

XVI

La tercera aparición

Darrell y Millicent cenaron en el comedor de encina.

Vanamente intentaron Millicent y Darrell que su vieja y fiel amiga se sentase con ellos a la mesa para participar de la buena cena que les habían preparado.

—No, mi querida Millicent, no estaría bien visto que yo me sentase a la mesa al lado de la hija de mis antiguos señores y... de su... primo. Lo mismo en la alegría que en el dolor, porque el dolor y la alegría parece que son el patrimonio de todos en este mundo, os seré fiel hasta la muerte, y creedme, si dando mi vida pudiese ahorraros una lágrima, lo haría.

Y hablando de este modo, cogió con apasionado ademán la rubia cabeza de Millicent y la cubrió de besos.

—¿Qué te pasa, querida Sally? —replicó Millicent—. Te encuentro nerviosa, febril...

—Me siento algo fatigada; pero no hagáis caso, señorita Milly, no os preocupéis de mí. No penséis en vuestra amada Sarah, hija mía, que daría hasta la última gota de su sangre por evitaros un sufrimiento.

El viajero, que ocupaba la habitación inmediata, o sea, el comedor general, pidió un ponche de ron, que Pecker le envió con una criada.

—¿No le has hablado, Samuel? —preguntó la posadera en voz baja.

—¡No! ¡No! Ni él tampoco me habló. Me deslicé a lo largo del corredor y escuché a la puerta mientras hacía toda clase de preguntas acerca del castillo de Compton y de la pobre señorita Milly. En un principio creí que me había vuelto loco o que soñaba; pero encargó un tazón de ponche y entonces ya no me quedó ninguna duda. Ya sabes, Sarah, que esa fue siempre su bebida favorita.

—¿Cuánto rato hace que está ahí?

—Una hora.

—¡Nada más que una hora! ¡Una hora! —gruñó Sarah—. ¡Si la Providencia le hubiese quitado la vida antes de esa hora, de qué libertad no gozarían esas infelices criaturas!

Y luego, dejando caer la cabeza entre las manos, dijo tristemente:

—¡Oh! Si a la Providencia se le hubiese ocurrido hacerle morir antes de llegar esta hora, qué desahogo más grande para todos. ¿Por qué no se habrá muerto?...

Dieron las ocho en el reloj de la iglesia de Compton y en el célebre de encina que perteneció en otros tiempos a la madre de Samuel, cuando el viajero salió del comedor común.

Pagó su cuenta, se envolvió en una gruesa y amplia capa y se hundió en la negrura de la noche.

—¡Va al castillo, Samuel! —dijo la señora Pecker cuando la puerta de la posada se cerró con sordo ruido—. ¿Qué va a pasar, Dios mío? ¿Qué le dirá?

Samuel meneó la cabeza.

—Puede que se extravíe en el camino que tiene que recorrer desde aquí hasta el castillo de Compton —dijo el posadero—. Leí en un libro de viajes, no sé en cuál, que existe un país en el que los viajeros se pierden entre la nieve, pero que hay unos perros muy bien amaestrados que los salvan.

Sarah ignoró las citas de su marido y permaneció silenciosa, y en su muda actitud se adivinaba la tristeza que la dominaba.

Un cuarto de hora después de la marcha del viajero, Darrell abrió la puerta del comedor y Millicent se presentó en el vestíbulo dispuesta ya a marchar.

Sarah cogió sus agujas de hacer media y fingió que trabajaba con mucho ardor.

—¿No es verdad, mi buena Sarah, que me deseas una buena noche? —le preguntó Millicent.

Salió Sarah de detrás del mostrador y estrechó una vez más a la hija de su difunto amo entre sus robustos brazos.

—¡Oh! ¡Señorita Milly! Os quiero más que a una hija —exclamó la posadera—, solo que esta noche, sin saber por qué, estoy conmovida, tiemblo y no tengo fuerzas para hablaros; pero en cualquier apuro en que os halléis, en un trabajo que os veáis, acordaos siempre de enviar en busca de Sally, que es y será amiga vuestra hasta que exhale su último suspiro.

—¡Sally! ¡Sally! —exclamó Millicent enternecida—. Oyéndote me parece que ha ocurrido o va a ocurrir una desgracia, ¿te ha sucedido algo?

—¡No! ¡No, señorita Milly, no!

—Entonces, ¿qué es lo que pasa, querida Sarah? ¡Dímelo!

—¡Oh! ¡No me lo preguntéis! ¡Dejadme, por Dios!

Sarah se desprendió de los brazos que rodeaban tiernamente su cuello y corrió a refugiarse detrás del mostrador.

—No tuve valor para decírselo, Samuel —dijo en voz baja al oído de su marido—. Tenía las palabras en la punta de la lengua; pero sentí que subía una cosa a mi garganta, que se anudaba y ahogaba mi voz. Acércate más, Samuel, y fíjate mucho en lo que voy a decirte.

—Así lo haré y cumpliré cuanto me mandes, aunque para ello tenga que andar sobre el agua y a través del fuego.

—Busca una linterna y acompaña al señor Darrell y a la señorita Millicent al castillo para alumbrarles durante el camino; cuando llegues allí, en vez de volverte en seguida, te quedas para enterarte de lo que va a pasar... y, sobre todo...

—Sobre todo ¿qué?

—Si le encuentran a... él.

—Descuida, Sarah; haré todo lo que me mandas.

Millicent y Darrell salieron de la posada lo mismo que el viajero que les precedió,

disponiéndose a cruzar los campos cubiertos de nieve y en una noche helada.

Samuel les acompañó durante el camino.

La luz de la linterna corría y saltaba de aquí para allá, como ave de luz que a todo quiere dar su caricia.

Blancos eran los caminos, blancas las casas, blancos los árboles, y los riachuelos eran como espejos muertos y sin brillo.

El castillo de Compton estaba emplazado en una eminencia situada a un kilómetro de la calle principal de la población y rodeada de terrenos incultos descuidados y llenos de malezas.

El camino que tomaban los carruajes para dirigirse desde Compton hasta el castillo, y que atravesando el umbroso parque llegaba hasta su puerta principal, estaba casi cubierto por las ramas de los árboles de sus costados que se cruzaban sobre él.

Darrell se detuvo y cogió la linterna de manos de Samuel.

—Este camino es muy desagradable y es preferible que lleve yo la linterna.

La luz de la linterna alumbró el suelo delante de ellos a alguna distancia, y Millicent observó en la nieve huellas de pasos.

Estas huellas eran de hombre, y recientes, y se podían seguir desde la verja del muro hasta la puerta de la casa.

—¿Quién habrá venido tan tarde al castillo? —preguntó asustada Millicent.

El posadero se echó a temblar, sus dientes castañetearon y sus piernas se doblaron.

Darrell se echó a reír de su terror.

—¡Milly! ¡Milly! —dijo—, cualquiera diría que contemplas los pasos de un fantasma, a pesar de que creo hace muchos años que los aparecidos no dejan ninguna huella tras sí. Ven, Milly, ven, que acabo de ver brillar una luz en la habitación favorita de tu padre; entremos pronto, que esta noche es tanto el frío que llega hasta el corazón.

Antes de llegar a la casa había una terraza de rojos ladrillos adornada con monumentales jarrones.

Sobre esta terraza se abrían las ventanas del piso bajo, y Darrell, Millicent y Samuel subieron una escalinata que conducía a este sitio.

Al lado del fuego estaba el mismo viajero al que vio Pecker también sentado a su propio hogar.

Millicent dejó escapar un grito y, cayendo de rodillas sobre la nieve, exclamó con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Mi marido! ¡Es mi marido, y ha vuelto para hacerme la más desgraciada y culpable de todas las mujeres!

Darrell se levantó y la llevó a la casa.

El viajero, que oyó el grito, se había puesto en pie y aguardaba vuelto de espaldas al fuego y de cara a la puerta abierta.

Según se podía ver con aquella luz incierta y escasa, los siete años transcurridos habían producido pocos cambios en el capitán de *El Buitre*.

—¿Qué es eso? ¿Qué significa? —preguntó George Duke cuando Darrell depositó en el vestíbulo a la pobre criatura.

Darrell recostó a su prima en un sofá inmediato al fuego antes de responder.

—Eso quiere decir, George Duke, que nunca en vuestra vida habéis tenido compasión a nadie, y que es necesario que esta noche se la tengáis a esa desdichada mujer.

El capitán de *El Buitre* se echó a reír.

—¡Compasión! —contestó el capitán Duke—. ¡A fe mía que nunca oí que la necesitase una mujer que vuelve a ver a su marido después de una ausencia de siete años!

Darrell le dirigió una mirada entre compasiva y desdeñosa.

—¿No podéis imaginaros cuál fue el resultado fatal que vuestra larga ausencia produjo? Muchísimas personas... todo el mundo os creyó muerto.

—¡No!

—¿No adivináis nada?

—Supongamos por un momento que no quiero adivinar, señor Darrell Markham. Ahora, si queréis decirme alguna cosa, es preciso me la digáis palabra por palabra. Hablad, ¿qué es ello?

El capitán revolvió el carbón de piedra con la punta de su bota y el hogar se animó, desprendiendo una llama brillante que iluminó el rostro de Darrell.

—¿Qué es? ¿De qué se trata? —repitió Duke.

—Pues... pero antes recordad, capitán Duke, que todo cuanto se hizo fue contra la voluntad de vuestra... esposa.

No se escapó a la perspicacia del capitán el trabajo que le costaba a Darrell dar semejante nombre a una mujer a la que amó desde su juventud, y Darrell por su parte pudo observar la malignidad que brilló en los ojos crueles del capitán y hubo de hacer un poderoso esfuerzo para contenerse y no dar un triunfo mucho mayor a su rival.

—¡Tened en cuenta, capitán Duke, que es inocente! —dijo Darrell con mucha energía.

—No se trata de eso ahora —replicó el capitán—, sino que digáis lo que habéis hecho.

—Millicent Duke se ha casado conmigo hace tres días en la iglesia de Saint Bride, en Londres, cumpliendo la última voluntad de su hermano, dictada en el lecho de la muerte.

—¡Ah! ¿Conque eso era lo que queríais que adivinase? —gritó el capitán Duke—. Por el cielo que supera a todo cuanto habría podido imaginármese.

Y, dirigiéndose a su esposa, añadió:

—¡Venid aquí, señora Millicent Markham, señora George Duke, señora Darrell Markham, de cualquier modo que os guste más llamaros, venid aquí!

Millicent estaba recostada en un sofá, falta de voz y de acción.

Su marido la agarró de la muñeca con violento ademán y la obligó por la fuerza a que se levantase.

—¡Escuchadme! —le dijo—. ¡Oídmme, fiel esposa! ¿Me oís?

—Sí.

—Cuando vuestro hermano Ringwood murió, os dejó esta propiedad, ¿no es cierto, señora?

—Sí.

—¿Y no dejó nada a vuestro primo el señor Darrell Markham?

—Nada más que su amistad.

—Bueno, eso no importa. ¿No le legó ni una fanega de tierra ni una guinea, no es así?

—No.

—¡Bueno! Ahora, como no tengo por conveniente dirigir la palabra a un hombre que persuadió a la mujer de otro para que se casase con él durante la ausencia del marido, tened la bondad de decirle que como esposo vuestro me pertenece una parte de vuestra fortuna, sea cualquiera que sea, y en cuanto a ese pequeño asunto en que os habéis conducido con tanta inocencia, sabré arreglarlo con vos sin necesidad de ajena ayuda. Decidle eso y añadid que cuanto más pronto se vaya, mejor será para todos.

Millicent permanecía en pie con las manos estrechamente cruzadas, contemplando fijamente a su marido, sin verlo, sin oírlo.

Cuando acabó se volvió hacia él y, mirándole cara a cara, dijo:

—¿Por qué, George Duke, habéis estado ausente esos últimos siete años, para volver ahora para matar mi cuerpo y mi alma?

El capitán murmuró algunas palabras encogiéndose de hombros.

—Puesto que mi presencia aquí, capitán Duke, no puede servir más que para agravar la situación de vuestra desgraciada esposa —dijo Darrell—, me marcho ahora mismo. Mañana vendré a veros para pedir os cuenta de las palabras que habéis pronunciado hoy; pero no olvidéis que soy el único pariente vivo que tiene esa pobre mujer, y que juro por el cielo que nos cubre que si tocáis un solo pelo de su cabeza, os valdría más haber muerto en una de las islas del Pacífico.

—No os tengo miedo, señor Markham. Sé cómo hay que tratar a esta inocente mujer sin consultar vuestra opinión o la de quien quiera que sea. ¡Buenas noches!

Y con insolente ademán le señaló la puerta.

—¡Hasta mañana! —dijo Darrell.

—¡Mañana estaré a vuestras órdenes!

—¡Espera! —gritó Millicent, en el momento en que su primo iba a salir de la habitación—. Cuando se separó mi esposo de mí en el muelle de Marley, me pidió uno de mis pendientes, y me dijo que se lo pidiese cuando regresara. ¿Tenéis ese pendiente, capitán Duke?

Millicent le miró de frente con los ojos desmesuradamente abiertos, evocando la sombra que vio después de embarcarse su marido en el muelle de Marley, a la luz de la luna.

El marino sacó del bolsillo de su chupa un saquillo de tela ordinaria que contenía algunas monedas de oro y un pendiente de diamantes engarzados en oro.

—¿Os basta esto, señorita? —preguntó enseñándoselo.

—Sí —contestó Millicent, exhalando un triste y profundo suspiro.

Y, acercándose a su primo, le estrechó las manos entre las suyas heladas.

—Adiós, Darrell —le dijo—; no debemos volvernos a ver. Que el cielo nos perdone nuestro pecado, porque Él sabe nuestra inocencia. De hoy en adelante obedeceré a este hombre en cuanto me mande y cumpliré mis deberes para con él hasta que exhale el último suspiro, pero nunca seré ya lo que era antes de que abandonase Compton hace siete años.

Aquello era una completa anulación del matrimonio recientemente contraído.

Darrell la cogió entre sus brazos, la besó en la frente y, entregándosela al capitán Duke le dijo:

—Si creéis en Dios, sed bondadoso y clemente con ella.

Darrell encontró a Samuel Pecker en el vestíbulo.

El posadero estaba inclinado hacia la entreabierta puerta, y había escuchado todo lo ocurrido durante la escena.

—Ha sido para cumplir las órdenes de Sarah —dijo el pobre posadero cuando Darrell al salir de la habitación le sorprendió escuchando—, pues me mandó que le contase fielmente todo lo que ocurriera. ¡Pobre joven! ¡Pobre señorita Millicent!

Darrell cruzó la terraza sin contestarle y se dirigió al sendero que conducía al gran camino.

El joven caminaba tan deprisa, que a Samuel le costaba mucho trabajo seguirle.

—Dispensadme la libertad que me tomo, señor Darrell, pero ¿podéis decirme adónde vais? —preguntó el posadero al alcanzar a Darrell en el mismo momento en que este iba a entrar en la carretera—. Os pido humildemente perdón, señor, pero decidme: ¿adónde pensáis ir o qué vais a hacer esta noche?

—¡Ah!... Es verdad —contestó Darrell contemplando la ventana iluminada—. No puedo separarme esta noche de estos lugares. Quiero estar cerca de ella. ¡Pobre Millicent!

—Pensad, señor Darrell —protestó Samuel interrumpiéndose de vez en cuando para pasar la linterna de la mano izquierda a la derecha y de ésta a aquélla para soplarse los dedos ateridos—, que el tiempo es muy crudo, y no sé cómo podréis pasar la noche en estos sitios. Creo, señor Darrell, que debíais dignaros aceptar la hospitalidad del Oso Negro, ya que con ello nos causaréis un gran placer, lo mismo a Sarah que a mí.

Era tan afectuosa y sincera la súplica de Samuel, que Darrell se conmovió a pesar de lo preocupado que estaba su espíritu en aquel momento.

—¡Sois un hombre leal, buen Samuel! —le dijo—. Seguiré vuestro consejo y permaneceré en el Oso Negro todo el tiempo que necesite estar en Compton, que será hasta que vea cómo ese hombre va a tratar a mi desgraciada prima.

Eran cerca de las once de la noche y no se veía ni una sola ventana iluminada a lo largo de la calle solitaria.

A la mitad del camino, es decir, entre el castillo y la posada del Oso Negro, los dos caminantes hallaron a un tercero envuelto en un largo abrigo que le tapaba hasta la barba, y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas.

Samuel le dio las buenas noches.

El viajero parecía tener un carácter huraño.

La espesa capa de nieve que cubría el suelo amortiguó el ruido de los pasos de los tres hombres que siguieron su camino semejantes a sombras.

—¿Os habéis fijado alguna vez, señor Darrell, en que con este tiempo —preguntó Samuel pasado un rato—, en que hay tanta nieve, las personas parecen fantasmas?

La señora Pecker estaba sola en el mostrador, porque todos los de la casa se habían ido a sus quehaceres, y entregada a profundas meditaciones no cuidó del fuego y este se fue apagando; no había despabilado las luces y sus largas mechas torcidas caían carbonizadas y rojas, esparciendo una luz incierta y tenue por la habitación.

Algunos parroquianos que habían bebido y hablado durante seis o siete horas se iban retirando lentamente en medio de la nieve o se marchaban en grupos, porque aquella noche habían terminado ya asuntos y placeres.

El criado se disponía a cerrar la casa, pero antes de hacerlo quiso examinar cuál era el estado del tiempo, y un viento helado, que cortaba la cara, le apagó la vela que tenía en la mano.

—¿Qué estáis haciendo ahí fuera, Joseph? —preguntó con acento severo Sarah—. ¡Entrad de una vez y cerrad la puerta!

Se disponía Joseph a cerrar la puerta cuando se acercó un jinete al galope y, echando pie a tierra, miró hacia el salón que estaba casi a oscuras.

—¿Quién hay aquí? —dijo golpeando el suelo con el pie para sacudirse la nieve.

Sarah se inclinó en aquel instante hacia el rescoldo y trató de encender una luz.

—¿Podéis indicarme el camino que hay que seguir para ir al castillo de Compton? —preguntó el viajero a Joseph.

—¿Al castillo que pertenecía antes al señor Ringwood Markham?

El criado le dio las indicaciones necesarias.

—¡Bueno! —dijo el viajero—. Iré a pie; de modo que podéis ir a buscar al mozo de cuadra y darle el caballo para que lo cuide, que bien lo necesita.

Luego el desconocido se acercó al mostrador, en cuyo interior luchaba Sarah con la obstinada torcida de la luz.

—Parece que os cuesta mucho trabajo entendéros las con esa luz, señora —le dijo el viajero—; encendedla lo más pronto posible y en seguida me daréis un vaso de

coñac, porque estoy rendido y helado, después de haber andado cuarenta kilómetros en medio de esta espantosa nevada.

En su voz había algo que recordó a Sarah el timbre de otra voz conocida, aunque algo más ronca y sorda.

Consiguió por fin la posadera arreglar la luz y, colocándola entre ella y el viajero, cogió una copa de las usuales para el coñac.

—Un vaso sin pie, un vaso grande, señora, que no está el tiempo para beber en un dedal.

La cara de aquel hombre estaba de tal modo cubierta con las anchas alas del sombrero que era muy difícil reconocerle con tan poca luz; pero cuando cogió el vaso, se quitó un poco el sombrero para beber con más comodidad.

Al mismo tiempo se echó hacia atrás la cabeza para apurar el contenido del vaso hasta su última gota, pagó su importe, se abrigó y, deseando a Sarah que pasase buena noche, salió apresuradamente de la casa.

Sarah dejó caer el vaso vacío, que se estrelló contra el suelo, y se puso tan pálida que el criado, que volvía de las cuadras de dar órdenes al mozo encargado de los caballos, se asustó.

El hombre al que sirviera el vaso de coñac no podía en modo alguno ser el capitán Duke, porque hacía una hora que había salido de la posada del Oso Negro para dirigirse al castillo de Compton.

Era sin duda una sombra, un aparecido que no pertenecía a este mundo; en una palabra, el fantasma del capitán Duke.

Sarah, a pesar de ser una mujer dotada de muy buen sentido, no pudo menos de contar al criado, cuando este le preguntó cuál era la causa de su palidez ya temblor, lo que le había sucedido.

En seguida se formó un corro y escucharon la historia del casamiento de Millicent Duke, Betty la cocinera, Joseph y la hermosa doncella.

—Cuando hace siete años se separó la señora Millicent de su marido en el muelle de Marley —añadió Sarah—, y hoy que ha regresado, apareció la sombra maldita lo mismo entonces que ahora. Creedme, en esto hay algo más que carne y sangre.

Ya tenían motivos los criados del Oso Negro para pasar la noche charlando.

Samuel y Sarah se retiraron muy tarde y pasaron muchas horas hablando de la aparición del fantasma, y creyendo obrar prudentemente no dijeron una palabra de lo sucedido a Darrell, pensando que ya tenía bastantes disgustos.

XVII

Lo que hizo el capitán

George Duke, sentado al lado del fuego, miraba con aire sombrío cómo se consumía el carbón en el hornillo de la chimenea sin dignarse volver ni una sola vez la cabeza hacia el sitio en que estaba su desgraciada esposa sentada en el mismo sitio en que la dejara Darrell.

¿Cuánto tiempo permaneció Millicent en la misma actitud sin ver nada de lo que pasaba a su alrededor y sin pensar en nada?

¿Cuánto tiempo estuvo el capitán Duke sentado al lado del fuego, meditando y contemplando fijamente el carbón, cuyo azulado resplandor iluminaba su cara de rasgos salientes y crueles?

Al cabo de un rato, el capitán, sin cambiar de posición y sin mirar a su mujer, le preguntó:

—¿Hay en esta destartalada y vieja casa algo así como vino o licor?

Millicent no lo sabía, pero fue en busca de Meggis, la anciana y sorda ama de gobierno, para preguntárselo.

En el estado de aniquilamiento en que se hallaba, era un alivio para ella cumplir aquellas órdenes, salir al vestíbulo helado y respirar otra atmósfera.

Antes de que Meggis comprendiese de lo que se trataba y lo que deseaba Millicent, pasó mucho rato, al cabo del cual la vieja empezó a hacer signos afirmativos con la cabeza.

El ama de gobierno cogió una llave de un enorme llavero colgado en un rincón, abrió una puerta que existía en la cocina y con una vela en la mano bajó a la bodega.

Al poco rato volvió con dos botellas, una bajo cada brazo, y las colocó delante de la luz para que Millicent viese cuál era su contenido.

Se disponía Millicent a salir de la cocina seguida de la anciana ama de gobierno, que llevaba las botellas y dos vasos, cuando llamaron a la puerta.

La anciana dejó la bandeja sobre una mesa y se acercó otra vez al llavero para coger una gran llave, porque la puerta se había cerrado después de que se marcharan Darrell y Samuel.

Eran más de las once.

Una hora por lo demás extraña para que una visita llamase en una solitaria casa de Cumberland.

Millicent pensó que quizás fuera Darrell.

Millicent dejó a la anciana que abriese la puerta y se dirigió al comedor para ofrecer los licores al capitán.

—Está bien —dijo este—, tengo la garganta más seca que un horno. ¡Vamos! ¡Qué mujeres éstas, al demonio no se le ocurre tener un sacacorchos! ¡Qué buenas

son esas mujeres, que no sirven más que para leer novelas!

El capitán desenganchó un pistoleta de su cinturón y, golpeando con el gatillo, hizo saltar el cuello a las dos botellas.

Llenó dos vasos, uno de cada licor, y los vació uno tras otro.

—¡Bueno! —dijo—. El Burdeos primero, luego el coñac. Lo que es licores y vinos como estos, desde luego no los teníamos en... el Pacífico. ¿Qué demonios pasa allí fuera? ¿Qué significa ese ruido?

Un ruido de voces que se oía en el vestíbulo había llamado su atención. Entre ellas se distinguía el timbre chillón de la señora Meggis y otra más grave y baja, una voz de hombre.

—¿Qué es eso? ¡Id a ver! —ordenó el capitán Duke a su esposa.

Millicent abrió la puerta del comedor.

En el vestíbulo estaba en pie y agarrada con una mano a la puerta el ama de gobierno, hablando con un desconocido que permanecía al otro lado de la puerta.

El mismo viento de invierno que apagó las luces en la posada del Oso Negro extinguió la vela que tenía en la mano la señora Meggis, de modo que el vestíbulo quedó a oscuras.

—¿Qué es eso? —preguntó Millicent.

—Nada, señora —replicó el hombre que estaba en el dintel de la puerta—, que esta mujer es un poco sorda, y cuesta algún trabajo entenderse con ella. Según he podido comprender, creo que el capitán Duke ha regresado. ¿Es cierto?

El desconocido hablaba a través de los pliegues de una gruesa bufanda de lana que ocultaba su cara y desfiguraba su voz.

Hasta en medio de la oscuridad parecía que tenía miedo de que lo viesan, porque retrocedió unos pasos hundiéndose más en la sombra cuando habló con la señora Duke.

—Es cierto —le respondió la señora Duke—, el capitán ha vuelto.

El desconocido dejó escapar un juramento enérgico.

—¡Ha vuelto! —repitió—. ¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¡Esta noche! ¡Esta noche! ¡Supongo que no hará más de seis horas que pasó eso!

—Aún no hace tres horas.

—Está bien, es muy extraño que... ¡Buenas noches, señora!

Y se separó de la puerta sin decir una palabra más y se alejó silenciosamente a través de la nieve.

—¿Qué era eso? —preguntó el capitán Duke cuando Millicent volvió al comedor.

—Un hombre que deseaba saber si estabais de vuelta.

—¿En dónde está? —gritó el capitán saltando de su asiento.

—Se marchó.

—¿Se ha marchado sin verme?

—Es más, no manifestó deseo de veros.

El capitán de *El Buitre* se paseó como una fiera enjaulada apretando los puños y frunciendo el entrecejo al mirar a Millicent, como si en su estado de ira y en uno de sus estallidos quisiese golpearla.

—¡Que se ha marchado! ¡Se ha marchado! ¡Maldito sea! ¡Que Dios le condene! ¡La misma noche de mi regreso!

Y cada vez más sombrío, continuó sus paseos por el comedor, cruzados los brazos sobre el pecho y la cabeza inclinada mirando con fijeza al suelo.

—Os han preparado la habitación que da sobre el jardín, George —dijo Millicent dirigiéndose hacia la puerta—. Es la mejor habitación de la casa. La señora Meggis cuidará de que la chimenea esté encendida y bien cargada de carbón.

El capitán, levantando la cabeza, la miró sonriéndose maliciosamente.

—Lo mejor sería hacer que me acostase en una cama que tuviese las sábanas mojadas para matarme de ese modo la noche misma de mi regreso.

Millicent no se dignó hacer caso de lo que decía el capitán.

—Buenas noches, George —fue lo único que contestó.

—¡Buenas noches, esposa cariñosa y fiel! Voy a acostarme al dormitorio que da al jardín, ¿no es verdad? ¡Está bien! ¿Y ahora me será permitido preguntar a su señoría, sin cometer una indiscreción, dónde piensa acostarse?

—Dormiré en la habitación en que vivió y murió mi pobre madre —contestó Millicent—. ¡Buenas noches!

El capitán Duke, al quedar solo en el comedor, acercó la mesa al fuego y, sentándose en el antiguo sillón del barón, se arrellanó en él, extendiendo las piernas delante del fuego, llenó el vaso y buscó la postura más cómoda.

El resplandor del fuego prolongaba su sombra en todas las paredes, lo que le confería el aspecto de un espíritu maligno meditando delante de aquel hogar solitario alguna fechoría.

De vez en cuando paseaba su mirada de la llama a las botellas que había encima de la mesa, a los sitios iluminados por el fuego y cubiertos de fantásticas sombras, al aparador de tallado roble y lleno de rica vajilla y de jarros con tapaderas de plata maciza ennegrecida por los años, y al ver todas las pruebas de una verdadera riqueza, se frotó suavemente las manos y se echó a reír a carcajadas.

—¡Aquí se está mucho mejor que allá abajo, capitán! —dijo apoyando la cabeza en el blasonado respaldo—. ¡Mil demonios, ya lo creo! ¡George Duke, amigo mío, has encontrado mejores alojamientos que los que tenías antes, desde que te separaste de tus antiguos camaradas de...!

Llenó otra vez su vaso y se puso a cantar una estrofa de una antigua canción francesa que terminaba con un estribillo formado por algunas sílabas sin sentido.

—¡Pardiez! No todos tienen la suerte de George Duke, que es de esos hombres que caen siempre de pie. Mucho sufrí durante estos siete años, pero después tuve muy buena suerte, sí... mi buena suerte de otra época, y encontré de nuevo una fortuna y

una mujer que no dice una palabra cuando está al lado de uno, una pobre chica de cara pálida que siempre está temblando y que no sabe más que leer novelas y...

El capitán suspendió su monólogo para beber.

No tardó mucho rato en presentarse esa especie de estado letárgico, característico de la embriaguez, y, poniendo los codos sobre las rodillas, apoyó en las manos la cabeza inclinándose hacia el fuego.

—¡La cadena! —exclamó de pronto como si se despertase sobresaltado—. ¡La cadena! ¡Malditos seáis todos cien veces, perros franceses!

Duke miró a sus pies.

Uno de los hierros del hornillo de la chimenea se había desprendido y rodó hasta la punta de su bota.

Las dos botellas estaban vacías y el fuego se extinguía lentamente.

En la lejana iglesia dieron las doce, y el sonido de las campanas no se percibió distinto como otras veces, sino amortiguado y triste por la nevada.

El capitán de *El Buitre* se frotó los ojos.

—Mi cabeza está tan ligera como una pluma —balbuceó con trabajo—. ¡Cómo se conoce que perdí la costumbre de beber buen vino!

Se revolvió en su sillón como indeciso y prosiguió:

—Estoy cansado. Vámonos ahora a la habitación que da al jardín. ¡Mañana, señora Duke, arreglaré mis cuentas con vos, y también con vos —añadió volviéndose—, señor Darrell Markham!

Al pronunciar estas últimas palabras de su monólogo levantó el puño amenazando a la lumbre.

Después de varios esfuerzos consiguió levantarse y, cogiendo una vela, se dirigió tambaleándose hacia la habitación en que debía dormir.

Durante la vida del anciano barón de Markham, padre de Millicent, había frecuentado tanto el capitán Duke el castillo que aun estando ebrio no temía perderse en los sombríos corredores del piso bajo.

La vasta habitación donde iba a dormir aquella noche tenía una ventana redonda que daba al jardín, con sus plantas de boj artísticamente cortadas, con árboles y arbustos de extrañas formas, y cuyo adorno completaba una fuente seca y abandonada.

El mobiliario de la habitación correspondía por su lujo y riqueza al destino del salón, pues formaba parte de las llamadas de honor en el castillo de Compton des Bruyeres.

Enfrente de la puerta vidriera de la ventana se elevaba un lecho dorado y de columnas cuyos cortinajes magníficos estaban cubiertos de polvo.

Duke dejó la vela encima de la mesa al lado de la chimenea y empezó a examinar aquellos lugares.

El capitán no pareció satisfecho del examen, añadió más carbón al fuego y, arrojándose en un sillón, trató de quitarse las botas, que estaban húmedas.

—Ni una sola de las prendas de las que traje duraría más de una semana —dijo examinando su ropa remendada y su calzado tan traído como llevado—. ¡Vamos, que no fue una mala suerte la que tuve al volver a encontrar a mi mujer!

Hasta en los delirios que le producía su borrachera experimentaba un maligno placer en pensar que había vuelto y que iba a atormentar a su esposa.

Se quitó las botas, el chaleco, metió bajo la almohada un par de pistoletos y levantando el embozo se acostó a medio vestir en la cama.

—No he mirado si estaba bien cerrada esa puerta vidriera —murmuró empezando a dormirse—; sin duda que lo está, aunque poco importa que no lo esté o deje de estarlo... no temo a los honrados vecinos de Compton, sin contar con que las personas que vienen de los sitios de donde yo salí no llevan cosa que valga la pena de ser robada.

Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, su mano derecha buscó bajo la almohada la culata de un pistolete y, con la mano puesta sobre su arma favorita, se quedó dormido.

XVIII

Lo que sucedió en la habitación del jardín

Durante aquella triste noche Millicent no pudo dormir ni un solo momento.

¿Hasta qué punto era culpable?

Millicent había sido educada con gran sencillez y piedad por personas cuyas almas honradas y puras no conocían ni establecían ninguna relación entre el bien y el mal y cuya profesión de fe consistía en la práctica de severas doctrinas que no se podían atacar, que consideraban los diez mandamientos como otras tantas barreras infranqueables, puestas ante los pasos de todo cristiano, sin resquicio ni escapatoria.

¿Qué diría el pastor de Compton cuando al día siguiente se presentase ante él y cayese a sus pies?

Estaba condenada a pasar su vida al lado de un ser al que odiaba, al que temía y que a la sazón tenía un motivo más para odiarla.

La mano severa de la Providencia ofendida iba a extenderse sobre su cabeza.

Y le enloquecieron de tal modo estas ideas que abrió con desesperado ademán un cajón de la papelera colocada frente a la chimenea donde había algunas navajas de afeitar que pertenecieron al anciano caballero.

Millicent halló el estuche y sacó una, que contempló con extraña fijeza durante un instante, dándole vueltas en sus manos.

—¡No! ¡Jamás! —gritó, dominada por profunda desesperación—. ¡No puedo morir antes de haberme arrepentido de mis pecados!

Tal fue el terror que experimentó y tan grande su deseo de escapar a la tentación que al cerrar la navaja de afeitar hizo un movimiento tan poco afortunado que la hoja de la navaja se deslizó hiriéndola en la palma de la mano.

La herida no era peligrosa, pero sí bastante extensa para producir una hemorragia abundante que manchó la navaja, el suelo de lustrosa encina, el cajón de la mesilla y hasta el negro corpiño del enlutado traje de Millicent.

Volvió a colocar la navaja en el estuche y este en el cajón y, envolviéndose la mano con un pañuelo de batista, se sentó de nuevo al lado del solitario hogar.

—¡Oh! ¡Si al menos Sally estuviera aquí!...

Aplanada por aquel silencio y aquella soledad, abrió la ventana y miró al jardín cubierto de nieve.

Los copos de nieve caían sin interrupción y silenciosamente, cubriendo en espesas capas el antiguo castillo como si fuesen inmensos lienzos blancos.

La habitación en que Millicent se hallaba a la sazón estaba en el ángulo más lejano de la habitación ocupada por el capitán Duke, a pesar de lo cual pudo distinguir al otro extremo de la terraza la luz proyectada por la ventana del cuarto.

Mientras Millicent contemplaba este pequeño espacio iluminado, una sombra

negra lo cruzó rápidamente.

Esta circunstancia, que en cualquier otra ocasión la habría alarmado, en medio de aquella triste noche no causó ninguna impresión en su espíritu.

Cerró la ventana y volvió al lado de la chimenea.

Pronto la pareció que el silencio y la soledad eran insoportables.

Cogió un candelero, abrió la puerta de su dormitorio y, saliendo al descansillo de la escalera, se puso a escuchar.

Excepto el monótono tictac del reloj del vestíbulo, no oyó nada; ni siquiera el más leve murmullo se percibía en la casa.

De pronto —y hasta que exhaló el último suspiro no pudo saber cómo se le había ocurrido idea semejante— pensó que lo más acertado sería ofrecerle todo el oro que poseía y rogarle que se marchase de Compton para no volver.

Dominada por esta loca esperanza, atravesó todo el largo corredor que conducía al otro extremo de la casa.

La puerta de la habitación que daba al jardín estaba cerrada, y la mano derecha de Millicent, herida y envuelta en un pañuelo, de modo que hubo de pasar algún tiempo antes de que consiguiese dar la vuelta al pomo de la puerta.

La sangre que saliera antes de su herida había calado por completo el pañuelo y dejó rojizas manchas en el picaporte.

Todo estaba tranquilo. No se oía el más ligero rumor.

El fuego enviaba su luz mortecina e igual sobre los tapices polvorientos, sobre los cuadros muertos de color.

Millicent se acercó al lecho sobre el cual se había arrojado medio vestido el capitán Duke.

El capitán descansaba con la cara vuelta hacia el fuego, y su mano continuaba oprimiendo la culata del pistolete.

La mirada de Millicent analizó fijamente al capitán, y desde los oscuros bucles se deslizó hasta la mano que oprimía el pistolete, desde las columnas del lecho hasta el artesonado, las paredes y el suelo de encina, el lado del lecho y una mancha negra que se filtraba lentamente a través de las maderas.

Esta mancha negra era de sangre, que se aumentaba con un chorro que corría silencioso y manaba de una herida horrible que atravesaba el cuello del buen capitán de *El Buitre*.

Millicent lanzó un grito de horror, volvió la cabeza y echó a correr.

En medio de su insensato y ciego terror, recordó que era más fácil salir de aquella horrible habitación por la puerta vidriera, que conducía a la escalinata del jardín, que por la escalera por donde había venido.

Esta puerta estaba oculta por unos tapices.

Millicent separó a un lado los cortinajes, abrió la puerta, que no estaba cerrada más que con un pasador, y, bajando rápidamente la escalinata de piedra, echó a correr en cuanto llegó al jardín por las solitarias avenidas a través de la nieve, que le llegaba

hasta las rodillas.

Nunca averiguó cómo pudo aquella noche arrastrarse hasta allí, y únicamente recordó que al llamar a la posada del Oso Negro daban las tres de la madrugada en los relojes de Compton des Bruyeres.

Samuel, a quien habían impresionado mucho los sucesos del día y a quien aquel llamamiento a hora tan extraordinaria alarmó mucho, fue el primero que acudió a abrir, llevando un candelero en la mano.

A él también le tocó abrir la puerta siete años antes a la misma visita en una cierta noche de otoño en que Darrell estaba acostado y era presa de la fiebre en el gabinete azul.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el posadero estremeciéndose.

—Soy yo... Millicent... Dejarme entrar... ¡Por el amor de Dios, dejarme que entre!...

Tan grande era el temor que se manifestaba en la voz de Millicent que el posadero olvidó sus propios temores y alarmas.

El posadero accedió a los ruegos tan angustiosamente gemidos y, abriendo por completo la puerta, la dejó pasar por delante de él sin interrogarla.

Con toda certeza ninguna sombra o fantasma les habría impresionado tanto a todos como les aterró el aspecto de Millicent.

Ésta, en pie en medio de la sala y rodeada por todos, tenía el cabello suelto y desordenado chorreando agua, y los vestidos, llenos de nieve y sangre, se pegaban a lo largo de su cuerpo.

Permaneció mucho rato sin poder articular una palabra, y al pasar la mano por su frente, cubrió ésta de sangrientas manchas.

Tan conmovido y lívido como Millicent, la contemplaba Darrell, incapaz por completo de interrogarla.

Sarah fue la primera que se repuso.

—¡Señorita Milly! —le dijo tratando de coger entre sus brazos a la pobre mujer—. ¿Qué hay? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¡Decídmelo, hija mía!

Al oír aquella voz, cuyo timbre le era tan familiar, los ojos fijos de Millicent se movieron al mismo tiempo que se echaba a reír.

—¡Dios mío —exclamó Darrell—, ese hombre la volvió loca!

—¡Sí, loca! —repitió Millicent—. ¡Loca! ¡Loca! ¿A quién le sorprende? ¡El capitán Duke ha sido asesinado! Lo he visto con mis propios ojos... su cuello está cortado desde una a otra oreja... y la sangre sale lentamente de la herida, y va agrandando la negra mancha en el suelo. ¡Oh! ¡Sarah! ¡Darrell! ¡Tened piedad y compasión de mí!

Y la desdichada señora Duke se arrodilló cruzando las manos.

—¿Que han asesinado al capitán? —exclamó Sarah—. ¿Quién lo asesinó?

Millicent meneó la cabeza; pero no dio ninguna respuesta.

Darrell tomó entonces la palabra por primera vez.

—¡Lleváosla, por amor de Dios, lleváosla! —dijo a Sarah—; si la queréis, no le hagáis más preguntas.

Sarah obedeció y ambos la llevaron a la habitación en que Darrell había estado acostado.

En la chimenea había aún algún rescoldo, y el lecho estaba casi intacto, pues Darrell solo se echó vestido.

Sarah puso en él a Millicent mientras Darrell trataba de reanimar el fuego.

Sarah quitó a Millicent el calzado, que estaba chorreando, y le mojó la frente.

—¡Tiene manchada la frente de sangre —exclamó Sarah—, y sangre en los vestidos! ¡Pobre niña!

Darrell puso a Sarah la mano en el hombro y la mujer del posadero reparó en que aquel hombre tan fuerte estaba temblando.

—Óyeme, Sarah: en el castillo ha ocurrido algo horrible. Necesito ir al castillo a averiguarlo, e iré acompañado de Samuel. No olvides que aquí hay que prohibir la entrada a todo el mundo mientras esté ausente. ¿Comprendes lo que deseo, no es verdad?

—¡Sí, sí!

—¿Velarás tú misma a mi desgraciada prima y no permitirás a nadie que la vea?

—No la verá nadie, señor Darrell.

—Y no le preguntes nada, y si trata de hablar se lo impides.

—Sí, sí, pobrecilla —dijo Sarah inclinándose con mucha ternura sobre Millicent, que descansaba en el lecho.

Habría costado gran trabajo decir si Millicent estaba o no consciente porque sus ojos, que estaban medio abiertos, miraban sin ver, no comprendiendo, al parecer, lo que pasaba a su alrededor; la cabeza descansaba en los almohadones y los brazos caían inertes a lo largo de su cuerpo.

—¿Volveréis cuando hayáis descubierto?... —dijo Sarah.

—Sí, Sarah, volveré en seguida.

Y salió de la habitación dejando a su prima entregada a los cuidados de Sarah Pecker.

En el vestíbulo halló a uno de los condestables de la ciudad que vivía al lado del Oso Negro y al que fue a despertar un oficioso mozo de cuadra, deseoso de distinguirse en el asunto.

—¿Sabéis alguna cosa, señor Darrell? —le preguntó el condestable en cuanto lo vio.

—Nada más que lo que las personas que os rodean hayan podido deciros —replicó Darrell—, y en este momento me preparaba para ir al castillo.

—¡Bien! Iré con vuestro honor, si es que esto no le molesta. ¡A ver! ¿Quién me da una linterna?

Todo el mundo respondió, y cuantas linternas existían en la posada no tardaron en estar a disposición del funcionario.

—Ahora, señor Darrell, ya podemos irnos, y cuanto más pronto lo hagamos mejor será.

Al ir hacia el castillo ninguno de los dos hombres pronunció ni una sola palabra, y una sola vez preguntó nuevamente el condestable a Darrell si sabía algo acerca de aquel asunto, pregunta a la que contestó este diciendo que no sabía más que lo dicho desde el principio.

La luz que se proyectaba desde la ventana redonda y sin postigos sirvió para indicarles el castillo.

Esta luz era de la vela que llevó Millicent a aquella habitación y que dejó encima de una mesa antes de descubrir el crimen.

—Nos ha de costar mucho trabajo entrar, porque la única criada que vi antes en el castillo es una vieja sorda, a la que dudo mucho haya despertado la señora Duke —dijo Darrell mientras avanzaban con dificultad atravesando la terraza.

—¿Entonces la señora Duke salió de la casa cuando se cometió el crimen y corrió directamente al Oso Negro? ¡Es extraordinario! ¿Por qué no ha ido desde luego a pedir auxilio a los vecinos más inmediatos? El Oso Negro está a más de dos kilómetros y medio de aquí, y por ahí cerca hay casas que solo distan apenas medio kilómetro.

Darrell no respondió nada.

La luz que se escapaba a través de la entreabierta puerta proyectaba un rayo luminoso sobre los escalones de piedra cubiertos de nieve.

—¿Sabéis en qué habitación se cometió el asesinato, señor Markham? —preguntó el condestable mientras subían la escalera.

—No sé más que vos acerca de ese particular.

—Quien quiera que sea el que ha dado el golpe —dijo el condestable—, este asesinato no tuvo por móvil el robo. Aquí en el fondo de todo esto se oculta algo más que un crimen vulgar.

Volvieron otra vez a la ensangrentada habitación y el condestable registró todo sin dejar un rincón, dio varias vueltas alrededor del lecho, que contempló muy pensativo, examinando hasta los menores pliegues de las ropas.

—Daría cualquier cosa por saber lo que se hizo del traje del capitán —dijo envolviéndose en su abrigo y disponiéndose a salir.

XIX

Después del crimen

Amanecía.

La nieve continuaba cayendo, y, bajo su blancura, se deformaban las casas, se borraban los caminos, desaparecían los riachuelos.

Eran escasos los peatones y jinetes que se aventuraban a desafiar la inclemencia del tiempo.

Las comunicaciones entre Compton y el mundo estaban interrumpidas, y la población se tenía que contentar con vivir de sus propios recursos.

Sin embargo, a los vecinos de Compton esto les importaba muy poco porque tenían un tema muy socorrido para sostener no una sino cien conversaciones.

¡En Compton des Bruyeres se había cometido un asesinato realmente extraordinario!

En aquella honrada ciudad de Compton, cuyos limpios anales no se habían manchado nunca con una relación de hechos semejantes a aquél, se mancharon con el relato de un homicidio.

El crimen se había cometido durante el silencio de una noche invernal, bajo aquel inmenso lienzo blanco que lo cubría todo, y revestía tales circunstancias y estaba envuelto en tal misterio que las personas más sagaces de Compton no sabían descifrar el enigma.

Apenas había clareado el día cuando todos los habitantes de Compton conocían ya el crimen.

El condestable empujó la puerta y los dos entraron en la habitación.

La vela que les sirvió de guía estaba encima de una mesa inmediata a la ventana.

La mancha de sangre negra que existía ya antes, entre el lecho y la chimenea, había aumentado; pero la chimenea estaba apagada y fría, y el lecho en que se acostara George Duke, vacío.

La almohada en que George Duke apoyó su cabeza permanecía allí, y eran visibles en ella manchas de sangre.

Las ropas todas de la cama también tenían manchas sangrientas.

—Sin duda bajó de la cama y se arrastró hasta otra habitación —dijo el condestable.

Y, poniendo la vela en su linterna, añadió:

—Debemos examinar toda la casa de arriba abajo, señor Darrell.

Antes de salir de la habitación que daba al jardín, el condestable echó el cerrojo a la puerta acristalada y, seguido de Darrell, entró en el pasillo.

Examinaron todas las habitaciones de aquella extraña y solitaria casa, pero en ninguna hallaron huellas del capitán.

La mirada penetrante del condestable se fijó en el cajón medio abierto de la papelera que había en el cuarto de la señorita Duke.

En aquel cajón medio abierto no vio más que el estuche y las navajas de afeitar, que guardó en su bolsillo.

—¿Necesitáis para algo esas navajas? —preguntó Darrell.

—Una de ellas está manchada de sangre, señor Markham, y tal vez sirva para averiguar algo.

En otra de las habitaciones hallaron a la anciana ama de gobierno, que roncaba tranquilamente.

Dejaron que siguiese durmiendo, pues les pareció que su ayuda no les serviría de gran cosa.

Las botellas vacías, con sus cuellos rotos y un gran candelabro de plata, estaban sobre la mesa de encina del comedor, tal como las había dejado el capitán Duke antes de ir a acostarse.

En ninguna parte se veía la menor señal de robo o de violencia.

Nadie supo cómo había oído hablar de él ni quién fue el primero que propaló la noticia; pero todas las bocas formulaban conjetura sobre conjetura, y las caras revelaban solemne importancia, como si cada uno hubiera querido decir:

—Soy el único habitante de la ciudad que está en el secreto de la verdadera historia, pero recibí órdenes de la autoridad superior y seré mudo.

Todos los habitantes de Compton, excepción hecha de una mujer que guardaba cama desde que Millicent era niña, y la esposa del párroco, que no podía separarse de sus siete hijos, emprendieron desde muy temprano la peregrinación hacia el castillo para contemplarlo.

Los jóvenes ávidos de emociones fuertes y de presenciar cuadros horripilantes sufrieron cruel desilusión cuando al llegar vieron que el castillo estaba aún en pie y los ladrillos simétricamente colocados en sus sitios.

Y todos quedaron decepcionados en su justa curiosidad al ver cerradas las puertas del castillo y prohibida la entrada a todo el que no fuera amigo del condestable.

Los dignos subalternos del condestable pasaban grandes apuros para desempeñar su cometido, porque cuando alguno de ellos franqueaba las puertas se veía rodeado por los curiosos, que le asediaban a preguntas, deseosos de saber si habían sido afortunados en sus pesquisas encontrando alguna cosa.

Como resultado de aquella ansiedad, un gran número de personas de esas dichosas y felices que hay en los pueblos y que no saben cómo entretener sus ocios se dedicaron llenas de ridículo afán a ayudar en sus infructuosas pesquisas a la guardia.

Estos individuos, dominados por un exceso de celo, se entregaron a las más raras e inverosímiles pesquisas, buscando en lo alto de las chimeneas y en el fondo de los armarios de las casas vecinas al castillo, en los campos situados a larga distancia del lugar en el que se cometió el crimen y hasta en el mismo cementerio.

Algunos de ellos, arrastrados de ese mismo exceso que tantos perjuicios ocasiona

a veces, pidieron las llaves de la iglesia con objeto de buscar el invisible cadáver del capitán Duke en el armario de la sacristía o en el estrecho cajón de una cómoda, donde apenas cabía una rizada sobrepelliz.

La señora Meggis, el ama de gobierno sorda y ciega, fue quizás la única persona que permaneció indiferente en Compton a las consecuencias del horrible acontecimiento que preocupaba a todos.

El condestable hizo algún intento, aunque débil, de contarle lo que había sucedido, cuando al llegar el día la despertó; pero era indudable que las noticias no penetraron en la estúpida oscuridad de su inteligencia, puesto que únicamente contestó:

—Eso no es de extrañar en esta época del año; es la estación propia para ello, señor condestable, aunque sea muy perjudicial para los viejos que padecen sabañones y están sujetos a reumatismos.

El condestable sacó en consecuencia que Meggis le hablaba del tiempo, de modo que cualquier esperanza que pudiese tener no tardó en disiparse, y continuaron las profundas nieblas que envolvían la verdad.

El condestable se dirigió al Oso Negro para tomar declaración a la señora Duke.

Pero Sarah, que continuaba velando al lado de Millicent, y el médico de Compton y Darrell protestaron y se opusieron a que se interrogase a la pobre señora antes de que se repusiera algo.

El condestable se vio obligado a retirarse, no sin haber dado antes algunas órdenes al oído de algunos de sus agentes, que anduvieron rondando todo el día en torno del Oso Negro.

El estado en que se hallaba Millicent no era, por otra parte, el más apropiado para sufrir un interrogatorio, pues continuaba sumida en el mismo entorpecimiento e insensibilidad.

Sarah y Darrell la velaron con mucha solicitud y ternura, sin oírle decir ni una sola palabra, pues únicamente de vez en cuando movía la cabeza a uno y otro lado exhalando al mismo tiempo un gemido.

Fue aquel día para Darrell día de suplicio amargo y cruel, durante el cual no se separó del lado del lecho de la señora Duke, y solo de vez en cuando levantaba la cabeza cuando Sarah volvía después de haber pasado un rato fuera de la habitación para preguntarle qué había pasado o qué se decía, informándose ansiosamente de si se había descubierto algo acerca del asesinato o si habían encontrado al asesino o el cadáver.

La ausencia del cadáver fue una fuente inagotable de admiración y de extrañas conjeturas para el posadero, quien muchas y repetidas veces preguntó a las personas prácticas en estos asuntos cómo podía ser que hubiese un asesinato sin cadáver, siendo así que este es siempre el signo principal del asesinato.

Estas preguntas de Samuel provocaron grandes discusiones, cuyo tema fue una opinión que empezó a dominar entre los habitantes de Compton.

Unos decían que el capitán se había cortado el cuello y se había marchado después lentamente hasta un camino apartado en el que todas las madrugadas se podía encontrar a eso de las tres y media el coche correo de Carlisle.

Había también algunos miedosos que no se atrevían a ir a las habitaciones solitarias porque temían encontrar de pronto la repugnante y sangrienta figura del capitán al bajarse a buscar cualquier cosa en un rincón oscuro.

* * *

Los agentes daban cuenta en el comedor de encima del castillo al condestable, que estaba sentado al lado de la chimenea y que tomaba notas con un lápiz en una gran cartera llena de papeles. Notas que, por otra parte, no producían ningún nuevo indicio acerca del sitio en que se hallaba el capitán de *El Buitre* o de si estaba vivo o muerto.

Era bien entrada la noche cuando el condestable, una vez cerradas las puertas de las habitaciones principales y guardadas las llaves en el bolsillo, dio severísimas órdenes a la señora Meggis prohibiéndole terminantemente que abriese a nadie e indicándole que tuviera bien cerrada la casa.

Le costó mucho trabajo hacerle entender esto, pero lo consiguió a fuerza de perseverancia.

La buena mujer ignoraba felizmente lo que había ocurrido en la casa, pues, de no haber sido así, su descanso aquella noche se habría convertido en penosa vigilia.

Desde el castillo se dirigió directamente el condestable Hugh Martin a una casa situada a un kilómetro más allá en la que habitaba el digno juez de la provincia llamado Montague Bowers.

Este magistrado era un hombre completamente distinto de aquel ante el cual compareció siete años antes Darrell para acusar al capitán Duke de haberle robado en el camino real.

Recibió el juez al condestable en su gabinete, especie de sanctasanctorum, y Hugh Martin dio cuenta detallada de sus pesquisas.

—Hice cuanto me encargasteis, señor Bowers. Durante el día esperé, guardé el secreto y al mismo tiempo vigilé a todos allá abajo; pero no veo más que un medio para que se haga luz en este asunto, y creo que no tenemos más remedio que hacer lo que hemos dicho esta mañana.

La conferencia duró mucho rato y Hugh Martin permaneció algunas horas encerrado con el juez en su despacho.

Poco tiempo después, y cuando salió de casa del señor Bowers, el condestable se dirigió apresuradamente hacia la calle principal de Compton, que siguió hasta llegar a la posada del Oso Negro.

En la especie de plazoleta que había delante de la posada encontró a un hombre que pasaba el rato paseándose por allí, como si se hallase en pleno mes de abril, cuando en realidad era uno de los días más fríos de enero.

Este hombre era el agente de roja nariz y amoratados labios que pasó el día rondando los alrededores de la posada. Era condestable también, pero ocupaba una posición inferior que hacía que se le considerase únicamente como un oficial menor o ayuda del otro.

Prestaba, sin embargo, grandes servicios, y era muy útil persiguiendo a los cazadores furtivos, los cuales generalmente le derribaban al suelo de un culatazo antes de que empezase el verdadero combate, o bien acechando a un muchacho rebelde que tirase piedras a los patos en el estanque de la villa o conduciendo a la ciudad a un borrico perdido por entre los matorrales y vigilándolo hasta que se presentaba su dueño a reclamarlo. Servía también para acompañar a un borracho al cuartel de la guardia, pero nada más.

—¿Marcha todo bien, Bob? —preguntó Hugh Martin a aquel individuo.

—¡De maravilla!

—¿Ha salido alguien de la posada?

—Pecker ha entrado y salido, yendo de una parte a otra y charlando y cacareando como una urraca vieja; esto fue todo, y ahora mismo ya está sentado en su mostrador.

—¿Fue el único que salió de la casa?

—¡Nadie más!

—Está muy bien. Es preciso que estéis ojo avizor, y que si abro una de las ventanas del primer piso y doy un silbido, subáis en seguida, porque será señal de que os necesito.

La aparición del condestable produjo gran movimiento entre los parroquianos del Oso Negro.

Todos le rodearon, y tan deseosos se mostraron de saber noticias de lo ocurrido, que por poco le derriban.

¿Qué había descubierto? ¿Quién había cometido el crimen? ¿Cuál fue el móvil? ¿Encontró el arma? ¿Y el cadáver? ¿Y al asesino?

Hugh Martin dejó sin contestación todas estas preguntas y, dirigiéndose en línea recta hacia el mostrador, empezó a hablar con Pecker.

—¿Está arriba el señor Darrell Markham? —le preguntó.

—Está en el gabinete azul.

—¿Está con su prima?

—Sí.

—Pues voy arriba, porque he de comunicarle algunas noticias acerca de este asunto. Hasta luego, Pecker.

Los espectadores se habían acercado tanto al señor Hugh Martin que no perdieron ni una sola sílaba de la conversación.

—Lo ha descubierto todo —dijeron, cuando el condestable salió de la sala para dirigirse al piso superior—, y ha ido a decírselo al señor Markham... Muy bien... tiene razón y obra acertadamente, sin duda alguna.

Y creyendo que era más que probable que les interesasen las noticias que el

condestable iba a dar a Darrell, esperaron llenos de impaciencia a que bajase Hugh Martin.

La cabeza de Millicent descansaba en el ancho hombro de Sarah.

Millicent estaba tendida en un sofá colocado cerca del fuego, y a su lado se veía una mesa cubierta con platos, tazas y una sopera, en cuya blancura resaltaba el antiguo y simbólico dragón.

Durante las últimas horas, Millicent reconoció a todos y les relató con pocas palabras los sucesos de la noche anterior, cómo había ido hasta el dormitorio de Duke, con la intención de pedirle misericordia, y cómo lo encontró degollado.

La señora Duke, a quien Sarah quitó las ropas manchadas de sangre, vestía a la sazón un traje de la posadera, cuyos pliegues caían en torno de su esbelta cintura, desfigurándola.

Sarah acercaba una taza a los labios de Millicent, suplicándola que bebiese, cuando de pronto Darrell se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta para escuchar un ruido que procedía de fuera.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Lo que se oía era el ruido de los pasos de un hombre que subía la escalera.

Eran los pasos del señor Hugh Martin el condestable.

La cara de Darrell se puso aún más pálida de lo que había estado durante el día y se retiró a un lado conteniendo su aliento.

El condestable entró en la habitación.

Hugh Martin llevaba en la mano un documento cuyo aspecto denunciaba a simple vista su origen oficial, y así armado atravesó la estancia y se detuvo ante el sofá en que se hallaba recostada Millicent, a la que dijo:

—Sois mi prisionera, señora Duke, en nombre del rey. Se os acusa de haber cometido un asesinato con premeditación en la persona del capitán del buque *El Buitre*, llamado George Duke.

Darrell se interpuso entre su prima y el condestable.

—¡Eso es una infamia! —exclamó.

—Con más suavidad, caballero, no os acaloréis —replicó el condestable, y abriendo la ventana dio un silbido—. Siento mucho tener que desempeñar este encargo que habría deseado que recayese en otra persona, pero no puedo evitarlo y tengo que cumplir con mi deber. Mis órdenes me obligan a deteneros también, señor Darrell Markham, lo mismo que a la señora Duke.

XX

Antes del juicio

Aquel mismo día encerraron a los dos primos en el destartalado edificio que servía de cárcel.

En aquel local solía haber poca gente, y raras veces lo ocupaban algún vagabundo cuyo único delito consistía en no tener que comer u otro delincuente de más importancia, como un cazador furtivo que había sido encontrado matando liebres o faisanes en alguna propiedad vecina.

Darrell suplicó encarecidamente a Hugh Martin que les acompañase directamente a casa del magistrado señor Bowers a fin de que, si tenían que sufrir un interrogatorio, este se verificase aquella misma noche.

El condestable meneó la cabeza y le dijo que no podía acceder a semejante petición porque el juez había decidido dejar el asunto para el día siguiente.

Millicent y Sarah pasaron juntas aquella triste noche en una habitación sucia y destartalada, que habían dividido en dos, con ayuda de un delgado biombo de madera, para mayor comodidad de los presos, a los que separaba únicamente de la calle una ventana enrejada.

A través de los barrotes podían ver el resplandor de otras ventanas iluminadas y oír de vez en cuando los crujidos de la nieve bajo el paso precipitado de algún transeúnte.

Millicent se acostó en un jergón delante de la ventana, desde donde oía el ruido de los pasos de los que iban y venían, lo que le hizo recordar cuántas veces había pasado por delante de aquellos lugares sin acordarse de los que estaban allí encerrados.

Millicent pasó el brazo alrededor del cuello de Sarah y abrazó estrechamente a la excelente mujer.

—Al fin se descubrirá la verdad, mi querida Sarah —le dijo—, y comprenderán mi inocencia en ese odioso crimen. Quizás encuentren al asesino esta misma noche, mientras estoy acostada aquí. Dios no puede permitir tanta injusticia.

—¡No! ¡Él no permitirá que sufráis, hija de mi alma! ¡No perdáis la esperanza! —contestó Sarah llorando y estrechando contra su corazón a la señora Duke.

Y luego continuó:

—¡Oh! ¡Señorita Milly! ¡Señorita Milly! ¿Por qué no habré permanecido a vuestro lado la noche pasada? Pensé ir al castillo después de que el señor Darrell se separase de vuestro lado, pero como sabía que no era de las personas que más simpatías despertaba en el capitán, no lo hice, pues creí que esto le encolerizaría aún más contra vos.

Se oyó el rumor del último paso en la calle, y las luces vacilantes desaparecieron

de las casas. Así pasó la larga noche de invierno, que pareció interminable a las dos mujeres hasta que la luz del alba se presentó alumbrando poco a poco con su luz pálida a través de la enrejada ventana del calabozo.

* * *

Un coche alquilado en la posada del Oso Negro acompañó a los dos acusados a casa del juez.

Este y su familia estaban almorzando cuando llegaron, y al atravesar el vestíbulo antes de entrar en el despacho pudieron oír Darrell y Millicent las voces y la confusa charla de los niños.

El local en que se iba a oír a Millicent era una habitación sombría que recibía luz de dos estrechas ventanas y cuyo mobiliario consistía en sillas de encina de alto respaldo que rodeaban una mesa y un reloj de péndulo acompasado y solemne que debía de llenar de terror el corazón de los criminales.

En esta habitación fue en la que esperaron la llegada del juez señor Montague Bowers, acompañados de Sarah y del condestable Hugh Martin.

En el vestíbulo eran muchos los que curioseaban, dando vueltas y acercándose a la puerta de aquella habitación, persuadidos de que sabían algo acerca de la misteriosa desaparición del capitán y que tenían el deber de servir al Estado en aquella ocasión.

El mozo de cuadra que despertó a Hugh Martin, media docena de hombres que habían ayudado en las inútiles pesquisas hechas para hallar el cadáver del capitán, una mujer que acompañó hasta la casa del magistrado a la señora Meggis, el ama de gobierno ciega y sorda, y muchos otros que no tenían nada que hacer allí y cuya presencia no servía para nada se encontraban reunidos en el vestíbulo.

Como no podía menos de suceder, en vista de esta ansiedad se produjo un movimiento de descontento y se habló de la injusticia del magistrado cuando este, al salir del comedor, escogió entre la multitud que llenaba el vestíbulo y ordenó al posadero que le siguiera.

Y este movimiento de despecho se acentuó al ver que después de entrar Pecker en el despacho el mismo juez cerraba la puerta dándoles con ella en las narices.

—Vamos a ver, señor Pecker —dijo el magistrado, tomando asiento delante de la mesa de encina y mojando la pluma—; ¿qué es lo que tenéis que decir acerca de este asunto?

Interrogado de un modo tan brusco, Samuel no pudo declarar casi nada, y se limitó a respirar con más fuerza y a retorcer sus encañonados puños, pues se nos olvidó decir que el buen posadero se había puesto su ropa de los domingos en honor de la visita.

—Vamos, señor Pecker, decidnos cuanto sepáis acerca del asesinato de ese hombre cuyo cadáver no se ha podido encontrar —repitió el magistrado.

Samuel se rascó la oreja como quien no sabe qué hacer y se quedó mirando con aire de súplica a su mujer, que estaba sentada al lado de la señora Duke y derramaba copioso llanto.

—¿Queréis decir el que ha sido asesinado? —insinuó Sarah.

—Quiero decir el capitán George Duke —replicó el juez.

—¡Ah! —exclamó muy embarazado Samuel—. ¿Se trata de eso? El capitán George Duke... Muy bien; pero ¿cuál de los dos? El que me pidió que le dijese cuál era el camino para ir a Marley iba a caballo; de esto hizo siete años en el mes de octubre pasado; ya os acordaréis, señor Darrell, porque también estabais aquí en aquel instante —dijo el posadero dirigiéndose a uno de los acusados—. ¿Se trata de ese o del que vio la señora Millicent en el muelle de Marley a la luz de la luna, cuando daban las doce en todos los relojes? ¿O del que vino anteayer a la posada del Oso Negro a las tres de la tarde, o del otro que bebió y pagó un vaso de coñac entre ocho y nueve de la noche y que dejó en mis cuadras un caballo que nadie se presentó hasta ahora a reclamar?

—¿Qué significa y qué queréis decir con todo eso, señor Pecker? —preguntó asombrado el juez.

Entonces Samuel relató al señor Bowers cuanto había sucedido en Compton des Bruyeres desde siete años antes, no olvidándose en su narración de mencionar al buhonero que había robado las cucharas y llegando hasta insinuar que aquel hecho y aquel hombre tal vez estarían relacionados con el asesinato del capitán Duke.

Y cuando se le apremió para que se limitara sencillamente a la exposición de los hechos, se embrolló de tal manera que sus declaraciones casi llenaron tres hojas de las que tenía ante sí el escribano.

Solo apelando a preguntas capciosas, logró el magistrado ceñirse más al asunto.

—¿Tendréis la amabilidad de decirme a qué hora, señor Pecker, salió de vuestra casa anteayer el capitán Duke?

—Entre ocho y nueve.

—Está bien: ¿le habéis vuelto a ver más tarde?

—Entre nueve y diez, cuando fui al castillo para acompañar al señor Darrell y a la señorita Millicent.

—¿Qué podéis decir del estado de las relaciones entre la señora Duke y su esposo? ¿Se llevaban bien?

A esta pregunta contestó Samuel evasivamente empezando por declarar que no había visto nada tan afectuoso como las relaciones de la señora Duke y su marido.

Afirmó luego, sin embargo, que la señora Duke cayó prosternada sobre la nieve lamentando su triste suerte mesándose el cabello y gritando:

—¿Para qué habéis venido a hacerme la más desventurada o la más criminal de las mujeres?

Sus confusas respuestas arrojaron, sin embargo, bastante luz para que quedase probada de un modo incontestable la inocencia de Darrell, pues se demostró que

había abandonado el castillo en compañía de Pecker dejando vivo y sano al capitán a las diez de la noche.

A esa hora fue cuando se quedaron solas la señora Duke y el ama de gobierno con el hombre que no se encontraba por ninguna parte ni vivo ni muerto.

El magistrado señor Bowers felicitó cariñosamente a Darrell por haber salido tan bien de aquel embrollado y comprometido asunto, pero puede asegurarse que este no le oyó ni le entendió.

Apoyado en el respaldo de la silla de Millicent, contemplaba a ésta tristemente, fijándose en los rasgos de aquella fisonomía pálida, reveladoras de un dolor profundo, y pensando con angustioso terror que cada palabra de las que justificaban su inocencia no hacían más que aumentar las sospechas que pesaban sobre Millicent.

Luego le interrogaron a él y ya en calidad de testigo.

En su declaración reveló todo; el casamiento verificado en Londres en la iglesia de Saint Bride, el viaje para llevar la carta que le dirigiera Ringwood antes de morir, el regreso a Compton, la sorpresa que produjo la aparición del capitán Duke y las duras palabras intercambiadas entre ellos.

El escribano tomó nota de todas estas declaraciones, y Darrell la firmó.

Hugh Martin, el condestable, describió el aspecto general de la casa, haciendo hincapié en la observación de que en las minuciosas pesquisas que llevó a cabo no halló ninguna señal que pudiese servir para indicar robo o violencia.

Según manifestó el condestable, los cerrojos de las puertas estaban corridos, la vajilla y cubiertos de plata en sus sitios acostumbrados, en el aparador, que nadie tocó, y terminó hablando de la navaja de afeitar manchada de sangre que encontró en un cajón de una papelera abierta.

En cuanto a la sorda señora Meggis, poco fue lo que se pudo obtener de ella.

Recordó únicamente que había abierto la puerta al capitán; pero no pudo fijar la hora a la que lo hizo, que, según decía, lo mismo podía ser entre siete y ocho que entre ocho y nueve.

Dijo también la señora Meggis que el capitán se paseó durante mucho rato a lo largo del comedor de encina, en donde le mandó que encendiese la chimenea; que era un hombre insolente, que hablaba muy alto, que le dijo una porción de estupideces, porque la leña estaba verde y húmeda y el fuego no se encendía.

Manifestó que, cumpliendo órdenes que le habían dado, arregló para él la habitación de al lado del jardín, que quien se lo mandó fue la señora Duke, pero que para ésta no había arreglado ninguna y que no supo dónde tenía intención de pasar la noche.

Declaró también que bajó a la bodega en busca de una botella de vino y otra de coñac, que la señora Duke sirvió por sí misma a su esposo.

—Eso debió de suceder —dijo la señora Meggis— poco después de las once, y luego me fui a acostar.

Después ya no se acordaba de nada hasta que al día siguiente por la mañana la

despertó el condestable, que aterró a la pobre vieja al presentarse a la cabecera de su lecho.

Esto fue todo lo que declaró la señora Meggis, y lo mismo que había sucedido con Samuel, su interrogatorio costó muchísimo antes de que se pudiera sacar algo en limpio.

Llegó el turno a Sarah, que no añadió nada nuevo a lo dicho por su marido, y en cambio fueron tantos sus sollozos y lamentaciones para quejarse de la suerte de la hija de su amo que el señor Bowers se vio precisado a abreviar todo lo posible el interrogatorio.

Por último se oyó a la acusada.

Millicent contó su historia con una calma que ninguna de las personas que la rodeaban esperaba ver en ella.

Describió su horror al ver al capitán Duke de regreso y la turbación que produjo en su espíritu, hasta el punto de volverse casi loca durante aquella noche terrible.

La señora Duke precisó lo mejor que pudo a qué hora dio las buenas noches a su esposo, y el instante en que se retiró a su habitación.

Relató también cómo, dominada por violento acceso de desesperación, se acordó de las viejas navajas de afeitar de su padre, que estaban guardadas en una papelera de la habitación, al alcance de su mano, y cómo pensó que dándose una cuchillada en la garganta acabarían sus penas y sufrimientos en este mundo.

La idea de que iba a cometer un gran pecado y la vista del acero le hicieron desistir de su proyecto, así que se había apresurado a dejar otra vez en su sitio la navaja de afeitar, profundamente arrepentida.

A esta declaración siguieron algunas preguntas, y con bastante sangre fría contó cómo se le ocurrió otro proyecto tan desesperado como el primero, y que tan pronto como se le ocurrió pensó poner en práctica.

Resolvió ir en busca de Duke y suplicarle que se marchase del castillo y le dejase pasar sus días en paz, y cómo, deseosa de salir pronto de su penosa incertidumbre y saber cuál era el resultado de esta última esperanza, se fue directamente al cuarto del capitán, en donde lo encontró en su lecho.

A la pregunta que le hizo el juez de si se acercó al lecho para verificar si el capitán estaba bien muerto, respondió negativamente Millicent, aunque añadió que había visto la horrible herida de su cuello, de la que manaba mucha sangre, y que tenía la seguridad de que estaba muerto.

La señora Duke habló lentamente, vacilando alguna vez un poco, pero lo hizo sin manifestar cortedad ni confusión.

Un silencio profundo reinó en el salón mientras Millicent declaraba, silencio que solo interrumpió el monótono y acompasado ruido de la péndula y el crujir de la pluma del escribano al deslizarse rápidamente sobre el papel.

—No os haré más que otra pregunta, señora Duke —dijo el magistrado señor Bowers—, cuya respuesta, por vuestro propio interés, os aconsejo que penséis antes

de dármele: ¿Conocíais a alguna persona que odiara a vuestro esposo?

Millicent no vaciló en contestar:

—No, no conozco a nadie.

—Pensadlo bien, señora Duke. Este es un asunto que tiene una importancia terrible para vos, y no querría por nada en el mundo hacer que os perjudicaseis con mis apresuramientos. ¿Conocéis a alguien que tuviese algún motivo para desear la muerte del capitán Duke?

—Dispensadme, señor Bowers —interrumpió Darrell—; pero mi prima miente. Por no hablar mal del que no está presente, se olvida de deciros que el capitán de *El Buitre* era un hombre misterioso. Nunca habría emparentado con nuestra familia a no ser por un capricho de mi pobre tío, y puedo aseguraros que cuando casó a su hija, el anciano apenas si podía responder de sus actos más sencillos. Nadie en Compton sabía o sabe lo que era el capitán Duke, ni de dónde venía, y nadie, excepto el difunto señor, creía una palabra de lo que decía ser, es decir, un capitán de fragata. Hace seis años me propuse averiguar algo por cuenta de ese capitán; me presenté en el almirantazgo y descubrí que en las oficinas dependientes de él nadie sabía una palabra acerca de semejante capitán. Ahí tenéis cómo la señora Duke es la menos apropiada para responder a vuestra pregunta.

—Lo siento mucho —replicó con grave acento el señor Montague Bowers—, pero dado el estado actual de las cosas, mi deber no me consiente más que un solo camino; voy a verme en la dura necesidad de ordenar que la señora Duke ingrese en la cárcel de Carlisle, acusada de haber cometido un asesinato con premeditación en la persona de su esposo el capitán Duke.

En el instante mismo en que el juez pronunció estas palabras se oyó en la sala un grito penetrante, pero que no salió de los labios de la acusada, sino de los de Sarah.

Millicent estaba tan tranquila como si en aquel proceso hubiera sido solo uno de los testigos llamadas a declarar, así que consoló a su anciana amiga lo mejor que pudo y le suplicó que no se dejase dominar por la tristeza, porque la Providencia se apiadaría de ellas y haría resplandecer la verdad.

Pero no era tan fácil convencer a Sarah.

—No, señorita Millicent, no —dijo—, porque antes de ahora la Providencia permitió que se castigara a los inocentes, y Dios nos perdone por habernos ocupado bien poco de si lo eran o no y de esas pobres inocentes criaturas que sufrieron una muerte tan vergonzosa.

Los sollozos impidieron por un momento que Sarah continuase.

—¡Oh! ¡Señor Darrell! —dijo poco después con mayor energía—. ¡Hablad, hablad! ¡Y tú, Samuel, habla también y dile a su señoría que de todas las criaturas inocentes de este mundo la más inocente y pura es la hija de mi amo, que de todos los corazones tiernos y compasivos criados por Dios el suyo es el más compasivo y tierno. Dile que desde que ha nacido su mano no se ha levantado para hacer daño ni al animal más insignificante, y, por lo tanto, menos aún para atentar contra la vida de

uno de sus semejantes! ¡Decidle, señor Darrell, que sería una crueldad inaudita mandar a mi hija querida a una cárcel entre criminales!

Darrell se volvió de cara a la pared; se oían sus violentos sollozos.

El escribano, hombre acostumbrado a presenciar escenas semejantes, estaba también muy conmovido, y algo parecido a una lágrima se deslizó silenciosa por su mejilla para ir a mojar aquellas hojas en las que tantos crímenes se habían relatado.

A pesar de la compasión que experimentaba hacia la desgraciada mujer que sentada ante él esperaba con resignación su fallo, el señor Bowers no pudo menos de insistir en el cumplimiento de lo que él creía su deber.

Dominado por esta idea, extendió el documento u orden en que constaba que Millicent debía ser conducida a la cárcel de Carlisle para esperar el fallo de la audiencia, que debía reunirse en la primavera próxima.

Millicent se estremeció cuando le dijeron que marcharía a Carlisle tan pronto como estuviese preparada la silla de posta que debía conducirlo a aquella población y que, como es de suponer, era propiedad de la casa de postas que dependía del Oso Negro.

Las declaraciones escritas y firmadas se sellaron y guardaron en el pupitre del juez, y el escribano se retiró.

Entre tanto, quedó bajo la custodia de Hugh Martin y de su compañero el guardia, y de este modo esperó para emprender el camino a la primera estación de su penoso viaje.

Darrell y Sarah permanecieron a su lado hasta el último momento, y no se separaron de ella más que en la portezuela de la silla de postas.

El joven la estrechó entre sus brazos al despedirse y oprimió con sus labios la helada frente.

—¡Escúchame, Millicent, mi bien amada y querida Millicent! —dijo Darrell—, y acuérdate siempre en medio de tu pena de lo que voy a decirte. Consagraré mi vida a descubrir ese misterio. ¡Acuérdate de eso, Millicent, y no temas nada! ¡Adiós!

La volvió a abrazar otra vez antes de dejarla en la silla de postas.

La última vez que Sarah y Darrell vieron a la joven, estaba sentada tranquilamente al lado de Hugh Martin en la silla de postas y les miraba a través del cristal de la ventanilla.

Y el coche partió arrastrado por el galope de los caballos, cuyos cascos levantaban grandes polvaredas de nieve.

XXI

El buhonero vuelve por segunda vez a la posada del Oso Negro

Tres días después de haberse llevado a Millicent a Carlisle, apareció en la posada del Oso Negro un viajero inesperado.

Era el baronet que Sarah había visto en el atrio de la iglesia de Saint Bride en Londres.

Tan distinguido viajero llegó solo, sin criados, a la caída de la tarde en la diligencia de Marley.

La empuñadura de su espada brillaba más que nunca, las espuelas que adornaban sus botas de corte militar resonaban ruidosamente y lucía como antes su blanca peluca y su fastuoso traje de terciopelo.

El baronet se dirigió directamente al mostrador, tras el cual el posadero, en actitud melancólica, contemplaba el fuego, y le preguntó si su amigo el capitán Duke había dejado algún recado para él.

Aterrado Samuel al oír aquel nombre, no tuvo fuerzas más que para murmurar una débil negación.

—¡Ah! —exclamó el capitán Fanny—. ¡Ha hecho muy mal!

Y al decir estas palabras dirigió tan severa mirada al posadero, que este, que ya sabemos que tenía un carácter muy tímido, se turbó, empezó a creer que era responsable del descuido del capitán Duke y se consideró obligado a excusarse.

—Realmente, señor —empezó a decir Samuel, balbuceando ante la mirada dura de los ojos penetrantes e inquietos del capitán Fanny—, cuando a una persona le han cortado el cuello durante el sueño, sin haberle advertido antes, no tiene nada de particular que se olvide de despachar ciertos asuntos poco importantes.

—¡Personas a las que han cortado el cuello durante el sueño! ¿Qué quiere decir eso? —preguntó el bandido—. ¿Qué personas son esas? ¿A quién han cortado el cuello? ¡Hablad, viejo loco!...

—No tengáis tanta prisa, señor —respondió el posadero—; tened un poco más de calma, que a nosotros también nos conmovió mucho lo sucedido últimamente en Compton. Mi mujer está en cama desde entonces, y mis nervios se debilitaron más de lo que ya lo estaban. Dadme tiempo y os lo explicaré todo...

—¡Cómo! ¡Daros tiempo! —gritó el capitán Fanny—. ¿Es que no podéis responder a una sencilla pregunta con una respuesta más sencilla aún sin andar divagando de ese modo durante una hora? ¿A quién demonios han cortado la garganta?

—¡Al capitán Duke!

—¿Que al capitán Duke le han cortado el cuello? ¿Cuándo ha sido eso? ¿Dónde?

—En el castillo de Compton, la misma noche de su vuelta.

—¿Y cuánto tiempo hace que ocurrió?

—Hace cinco días.

—¡Gran Dios! —exclamó el capitán Fanny—. ¡Qué cosa más extraordinaria! George Duke volvió hace cinco días y le asesinaron la misma noche de su regreso. Pero ¿quién le asesinó? ¿Quién?

—¡Ah! Señor, eso fue lo que más admiró a todo el mundo en Compton, sobre todo a Sarah, que guarda cama desde anteayer, tan hacendosa y activa. Todo está desconocido en esta casa desde que falta Sarah, y hasta Joseph el mozo, que era uno de los hombres más sobrios mientras mi esposa guardó las llaves, se ha emborrachado ya lo menos dos veces y ha llegado hasta derramar lágrimas, lamentándose de que la señora Duke esté ahora encerrada en la cárcel de Carlisle.

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿La señora Duke está encerrada en la cárcel de Carlisle?

...

—Sí, la acusan de haber asesinado a su marido, a ella que jamás hizo daño a una mosca.

—¿Que acusan a la señora Duke de haber asesinado a su marido?

—¡Sí, pobre señora! ¿Cómo habría podido hacerlo? Me gustaría saberlo y si lo hizo, ¿dónde está el cadáver? Qué os parece: ¿puede haber un asesinato sin cadáver?

—No, ni comprendo lo que queréis decir; explicaos.

—Que han asesinado al capitán Duke y no se encuentra su cadáver por ninguna parte. ¿Comprendéis que pueda suceder cosa más extraña? —repitió el posadero volviendo sobre aquel extremo de la cuestión para él incomprensible—. ¿No os parece muy raro?

—Sí, todo lo que queráis; pero no os entiendo, así que os ruego que os expliquéis de una vez.

—¿Cuál es la prueba más grande en un asesinato? ¡El cadáver! ¿De qué servirían entonces los jurados? ¿Qué podrían hacer sin hallar un cadáver? En mi opinión, creo que el capitán Duke está tan vivo y sano como nosotros, que se oculta en alguna parte, tal vez no muy lejos de aquí. ¡Y quizá se estará riendo al ver que acusan a su desgraciada esposa!

Después de oír al posadero, el capitán Fanny se quedó pensativo y silencioso, y en esta actitud permaneció un buen rato.

—¡Cosa más extraña y rara! —dijo, como respondiendo a su propio pensamiento más que a lo que decía el posadero—. ¡Existen en este mundo personas que tienen la felicidad desde que nacen, y ese hombre es una de ellas! Aquí, la misma noche de su llegada, la noche misma en que creyó haber encontrado una buena fortuna... ¡Cosa más extraña!

—No digáis que le han asesinado —replicó Samuel—, decid más bien que ha desaparecido o no se le ha vuelto a ver después de su llegada.

—Que le hayan asesinado o que no hayan vuelto a verlo es exactamente lo

mismo. Supongamos por un momento que juzgan a la señora Duke y los jurados la declaran culpable; en ese caso el castillo y todos sus bienes pasarán a ser dominio de la corona.

—Creo lo mismo —respondió Samuel—. Todas esas cosas van a parar a la corona, y por lo mismo ésta debe tomar gran interés en los asesinatos.

—¡Bah!... amigo Samuel, dejemos eso a un lado por ahora —dijo el elegante viajero—, y lo mejor que podéis hacer es acompañarme a un cuarto bien abrigado, al que podréis llevar un par de botellas de vino bueno, que beberemos mientras me contáis con todos sus detalles esa historia peregrina.

—Así lo haré, señor —contestó el posadero, que no deseaba otra cosa.

Después de lo ocurrido en el castillo, Samuel había adquirido gran popularidad, pero de una manera súbita y maravillosa, popularidad que aumentó cuando en el interrogatorio llevado a cabo por el magistrado señor Bowers desempeñó tan importante papel.

* * *

Samuel dijo la verdad cuando aseguró que en el Oso Negro no andaba nada con orden.

Betty la cocinera no sabía lo que se hacía; pensaba más en el asesinato del capitán Duke que en sus operaciones culinarias.

El criado Joseph también tomaba parte en el desorden general, presentándose desde que se levantaba en completo estado de embriaguez.

Se ocultaba en los rincones más apartados para limpiar los vasos y la vajilla sucia con delantales y paños aún más sucios; no pasaba día que no rompiese cuatro o cinco objetos de loza y cristal, y por la noche tenía que acostarse muy temprano, porque al llegar el crepúsculo estaba completamente borracho.

Como Sarah fue hasta entonces el punto de apoyo de aquel edificio, al faltar ella el edificio se venía abajo.

La pobre mujer, incapaz de soportar con resignación la desgracia que afligía a la hija de su antiguo amo, cayó enferma, rehusando los consuelos de todos.

No tenía más espíritu en que apoyarse que el de su marido, porque el único que habría podido consolarla y animarla era Darrell, y este había abandonado la posada del Oso Negro dejando una carta concebida en estos términos:

Mi querida Sarah:

Te abandono para cumplir una misión que espero, con la ayuda de Dios, ha de contribuir a la salvación de mi pobre Millicent.

Ten paciencia y ruega a Dios por la pobre afligida.

Darrell Markham.

Por más que Sarah estuviese realmente enferma, no pudo permanecer tranquila mucho tiempo, porque la misma tarde en que sir Lovel Mortiner llegó al Oso Negro para acudir a la cita de su amigo el capitán George Duke, cita que impidió la muerte de este último, se presentó otro viajero, no menos inesperado que el baronet.

Joseph, el criado, contó una nueva versión de los acontecimientos la noche del asesinato, después de haber derramado abundantes lágrimas ante la escogida clientela que le rodeaba.

Los parroquianos del Oso Negro gozaban oyéndole expresarse de aquel modo durante la ausencia de su amo, que continuaba encerrado en una de las mejores habitaciones de la casa en compañía de su distinguido huésped.

Después de dar las buenas noches a su auditorio, constituido por los más asiduos parroquianos del Oso Negro, cerró Joseph con llave las puertas y se fue a acostar.

El reloj del descansillo de la escalera señalaba las once, y Samuel y el capitán Fanny continuaban bebiendo y hablando en el comedor blanco mientras Sarah, que no podía conciliar el sueño, velaba y oía el ruido que producía el cartel de hierro de la posada al ser agitado con violencia por el viento.

Betty la cocinera se había acostado, temiendo que el distinguido viajero pidiese de cenar, y, sentada al lado del fuego en la cocina, hacía esfuerzos para resistir el sueño que trataba de apoderarse de ella en tanto remendaba una media de lana gris.

De pronto, la mano que sujetaba la aguja cayó a un lado, su cabeza se inclinó sobre el pecho y, renunciando a una lucha inútil, se quedó dormida.

Entre las muchas y varias cosas que soñó figuraba lo siguiente: se imaginó que estaba al frente de una tropa numerosa de guardias, empleados en buscar el cadáver del capitán Duke, y que encontraba a este de pie y completamente derecho en el armario que estaba colocado en lo alto de las escaleras de la choza de su abuela, que vivía en uno de los villorrios de las inmediaciones.

De pronto le despertaron un golpe dado con cierta precaución en la puerta de la cocina y once campanadas del reloj de la escalera.

Su primer impulso fue gritar pidiendo socorro, pero luego, y sugestionada por los asombrosos acontecimientos que habían hecho su nido en Compton durante aquellos días, se acercó a la puerta y la abrió.

En el dintel de la puerta vio a un individuo de tal modo envuelto en una capa y tan velado su rostro con las alas del sombrero que, a pesar del resplandor azulado que la nieve producía, no era cosa fácil reconocerlo.

Betty perdió de pronto todo su valor y sintió que un frío semejante al de la muerte hacía estremecer su cuerpo, oprimía su corazón y le subía hasta el nacimiento del pelo.

¿Qué hacer en situación semejante, si aquello era la visión del fantasma del capitán Duke que, según decían las gentes, se había ya aparecido tres veces antes de morir?

Creyó Betty que aquel fantasma, siguiendo la costumbre de los hombres

asesinados, se habría presentado allí para enseñar el sitio en que estaba oculto el cadáver y la había escogido a ella para que llevase a cabo aquel acto como la persona más a propósito para semejante investigación.

Aun hallándose dominada por las crueles angustias de su profundo terror, pensó que una aventura semejante la elevaría mucho en el concepto de todos los habitantes de Compton.

A la joven, sin embargo, le sucedió lo que a esos menestrales enriquecidos que rehúsan un cargo cívico largo tiempo deseado porque lo consideran un peso superior a sus fuerzas; y conociendo Betty que le faltaba mucho para estar a la altura de la situación, sacrificó la ocasión que se le presentaba de distinguirse en el porvenir y empezó a preludiar un grito.

Antes de que pudiese acabar el preludio, una mano pesada cayó sobre su boca y una voz bronca dijo algunas palabras.

Como ésta no era en modo alguno la costumbre de los aparecidos, que —según dicen las personas bien enteradas— suelen entregarse a ciertas pantomimas y designar con gestos algunos lugares solitarios, Betty hizo un esfuerzo y, respirando con más desahogo, tuvo valor suficiente para preguntar al extraño visitante qué deseaba y si no le daba vergüenza haber asustado de aquel modo a una joven.

El desconocido no se dignó entablar una discusión acerca de aquel punto, sino que, empujando a la cocinera, penetró apresuradamente en la cocina.

Una vez dominado su primer terror, Betty notó que el desconocido era un hombre más alto y más grueso que George Duke, y que ni su cara ni su aspecto se parecían a los del marino asesinado.

El desconocido se quedó en pie, de espaldas al fuego, y se quitó lentamente una especie de chal o bufanda que llevaba apretado al cuello. Hecho esto, se despojó del sombrero y se puso a mirar con aire de desafío a la cocinera.

El extranjero era el buhonero que robó el reloj, la bolsa y los cubiertos de plata a la señora Pecker seis años antes, en aquella misma cocina.

Sin embargo, estaba muy cambiado.

Su cabellera, que por entonces le caía en negros y lustrosos bucles sobre los hombros, había perdido su lustre y su brillo y se había vuelto basta y gris.

Había enflaquecido. Sus mangas, desgarradas desde el puño hasta el hombro, se sujetaban con dos trozos de bramante colocados en varios sitios y gracias a los cuales no se caían aquellos harapos. Su camisa caía también a jirones sobre el ancho y peludo pecho, que no cubría ni un abrigo ni un chaleco, el primero porque estaba tan roto que no se podía abotonar, y el segundo porque no lo llevaba.

Calzaba uno de sus pies con una gran bota de montar que le llegaba hasta por encima de la rodilla, y el otro con un zapato viejo y roto que sujetaba atándolo al tobillo con cordones y trozos de cuerda.

Seis años atrás su aspecto era el de un hombre fornido y de buena figura; al presente, su cuerpo robusto había enflaquecido extraordinariamente, y su camisa y

abrigos desgarrados caían a lo largo de un talle anguloso.

A la sazón no brillaba ningún pendiente en sus orejas, ni macizas sortijas en sus manos gruesas y largas.

En vez del buhonero charlatán y elegante que se presentó en otro tiempo, ocupaba su lugar un vagabundo de aspecto terrible, enflaquecido y medio muerto de hambre.

Betty se preparaba a modular un segundo prelude de grito cuando el buhonero, metiéndose la mano en el bolsillo y sacándola armada de una gran navaja, le dijo con feroz ademán:

—Oíd, buena mujer, tan cierto como me encuentro aquí, que si levantáis la voz para chillar, os haré en la garganta una señal que os impedirá chillar para siempre.

Y abrió la navaja, cuyos muelles hicieron tanto ruido como si montasen el gatillo de una pistola.

El buhonero se rascó la rizada cabellera con una de sus gruesas manos y se puso a contemplar el arma ofensiva con aire de admiración, no como si pensase en la amenaza que acababa de hacer, sino como si se sumiera en una reflexión entregada acerca de la utilidad de semejante instrumento.

Luego la cerró, produciendo de nuevo el mismo ruido estridente, y, guardándola en el bolsillo, continuó mirando a la cocinera.

—Sentaos ahí —le dijo, señalando la silla en que Betty había dejado su trabajo cuando se levantó para abrir la puerta—: sentaos, joven, y respondedme a todas las preguntas que voy a haceros, porque si no...

Y el buhonero volvió a meter la mano en el bolsillo para acabar la frase.

Betty se dejó caer en la silla con tanta sumisión como si obedeciese las órdenes del señor Bowers, el juez del condado.

—¿Dónde está vuestra ama, joven? —preguntó el buhonero.

—Está enferma y en cama.

—¿Y vuestro amo?

Betty le dijo lo que a la sazón estaba haciendo Samuel Pecker.

—De modo —murmuró el buhonero— que vuestra ama está enferma en la cama y vuestro amo está en el comedor blanco bebiendo vino con un caballero. ¿Quién es ese señor?

Betty tenía muy mala memoria, jamás recordaba bien los nombres, y después de mucho meditar y dudar, acabó por decir que aquel caballero que estaba con su amo se llamaba algo así como sir Lovel y alguna cosa más.

El buhonero soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Conque sir Lovel y cualquier cosa que no sabéis? —dijo—. ¿No será algo así como Mortiner?

—¡Sí, sí, eso es! —respondió la muchacha.

El buhonero continuó sus carcajadas.

—¿Conque es sir Lovel Mortiner? ¡Habrà cosa más extraña en el mundo, que de los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año haya escogido este para venir a

Compton des Bruyeres! ¿Suele venir con mucha frecuencia por aquí?

—No, hasta ahora no vino más que otro día, y ese fue la última Navidad.

—¡Y está aquí esta noche! Es un buen muchacho. Conozco mucho a sir Lovel Mortiner, y sir Mortiner me conoce a mí íntimamente.

Betty no hizo, al parecer, gran caso de estas palabras.

—Creo —continuó el buhonero— que vuestro bello baronet llevará un traje cubierto de encajes, ¿no es verdad?

—De encaje de plata —respondió la joven—; el puño de la espada brilla como un diamante, sus ojos son más negros que sus botas y más brillantes que los bullones de su corbata de encaje. ¡A fe mía que es guapo y atrevido! —añadió la bella Betty, acordándose de una ligera escaramuza que sostuvo con el capitán Fanny en un sombrío corredor una vez que este la quiso abrazar.

—¡Vaya! ¡Parece que es atrevido! —murmuró el buhonero—. ¡Mucho me temo que su atrevimiento le llevará demasiado lejos algún día!

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—Vamos, señora cocinera, ¿no sabéis que es muy penoso hablar mucho rato cuando, como me pasa a mí, no ha entrado en el estómago ni un bocado de pan desde que amaneció este maldito día de invierno? Así que os agradecería que me sirviérais algo de comer y de beber antes de que pasemos más adelante.

Y al ver en la cara de la joven algo que indicaba como vacilación, golpeó fuertemente la mesa de la cocina a la vez que profería una blasfemia horrible.

—¡Traedme lo que os mande, animal! —rugió—. ¿Lo oís? ¿Os figuráis que hay en esta casa algo de que no pueda disfrutar si se me antoja pedirlo?

Dominada por el terror, Betty se apresuró a servirle una comida compuesta de pollo frío, la osamenta de una gallina que coció para la comida del capitán Fanny, dos cebollas crudas, una caja de sopa de hierbas, media tarta de confitura y un plato de manteca.

El buhonero, sin embargo, no parecía dispuesto a mostrarse exigente, y se arrojó como un animal hambriento sobre los manjares que le sirvieron, y que cortó con su gran navaja en grandes pedazos sin esperar a que le sirviesen sal o pimienta para sazonarlos.

Fue tal la avidez con que comió, que bien pronto terminó el último plato y, arrojando a un lado el tenedor, dijo con un gruñido bestial de satisfacción:

—¡Coñac!

Betty meneó la cabeza y le explicó lo imposible que era darle bebida alguna, porque el mostrador estaba cerrado y su amo tenía guardada la llave.

—¡Vamos! ¡Está visto que sois unas personas amables y hospitalarias! —dijo el buhonero enjugándose la boca, llena de grasa, con el revés de la mano—. En fin, sea como quiera, escuchadme: un doble asunto me trae desde muy lejos, desde el confín del condado de Southampton hasta Compton des Bruyeres, y de los dos el primero y principal es ver a vuestra señora, y el segundo encontrar a un amigo al que abandoné

hace más de quince años y que me citó para que nos viésemos aquí, pero creo que llegué antes que él. Es hombre de buena posición y bien nacido: es el capitán de *El Buitre* y se llama George Duke.

Betty, la cocinera, cruzó las manos en actitud suplicante.

—¡Basta! —exclamó la joven—. ¡Basta, por el amor de Dios! Dos que vienen a buscarlo esta misma noche, porque el que está arriba ha dicho también que tenía una cita con el caballero asesinado.

—¿Quién es ese caballero asesinado?

Betty le contó la historia, cuya narración tanto se había repetido durante los últimos cinco días; pero lo hizo de una manera incoherente, aunque con bastante claridad para que el buhonero comprendiese lo sucedido.

—Le cortaron el cuello de una oreja a la otra —murmuró el buhonero—; para eso, más le habría valido no moverse de donde estaba. Que no han robado nada y que su esposa está en Carlisle esperando su sentencia... ¡Vaya una historia peregrina! Siempre creí que el demonio le tenía mala voluntad, mas pensé que al fin la mala estrella del capitán había desaparecido.

El buhonero se quedó pensativo y al poco rato prosiguió:

—¿De modo que han asesinado al capitán Duke? Ese es un mal asunto para mí, porque conocía uno de sus secretos más importantes, lo que habría hecho que pudiese considerar su casa como mía y que su bolsillo hubiera estado a mi disposición hasta el día de mi muerte. Necesito, por esa misma razón, ver cuanto antes a vuestra señora; pero no quiero perder tiempo con palabras inútiles. ¿Su cuarto está al lado del que ocupa en este momento el baronet?

—No, está al otro extremo del corredor.

—¡Bueno! Id y decidle que aquella persona que estuvo aquí hace seis años y que aceptó el regalito que tuvo la bondad de hacerle ha vuelto y desea verla en seguida.

Sarah no dormía; estaba leyendo en una gran Biblia, colocada al lado de su cama en una mesilla, y levantó la cabeza de la almohada cuando oyó entrar a Betty; por el aspecto de la criada comprendió que ocurría algo extraordinario.

—¡Qué crueldad más grande que haya venido en este momento! —dijo Sarah cuando, respondiendo a sus preguntas le informó Betty de lo que se trataba—. ¡Qué cruel es al venir cuando Millicent sufre!

—En esta vida hay muchas cosas que parecen crueles —dijo una voz cerca de la puerta entreabierta.

Y el demacrado buhonero se presentó en la estancia.

—Morirse casi de hambre y hacer una larga caminata a través de la nieve, yendo casi descalzo, es muy cruel, como lo son otras muchas cosas que podría citar. Aquí estáis de más, joven —añadió, dirigiéndose a Betty e indicándole la puerta—; y no olvidéis que lo que tengo que decir ahora es más interesante para vuestra ama que para vos; de modo que no hay necesidad de que os quedéis escuchando a la puerta. Estad ojo avizor y prevenidnos si vuestro amo o su convidado salen de su habitación,

¿habéis oído? Ahora ¡fuera!

Temiendo sin duda que no lo hubiese entendido, le puso la mano en el hombro y la empujó fuera de la habitación. Hecho esto, cerró con la llave la puerta y se sentó a la cabecera de la cama de Sarah.

—¡Y bien, Sally! Creo que no esperaríais mi visita —dijo el buhonero mientras dirigía una escrutadora mirada a su alrededor como si buscase objetos de valor—, y menos verme en este traje.

Y al decirlo levantó el brazo para llamar la atención hacia los guiñapos que colgaban de él.

—No creí, en efecto, volveros a ver después de seis años —respondió Sarah dulcemente.

—¡Ah! No dudo que no me esperabais, señora Pecker, como os llaman todos aquí, y no os debo mucho agradecimiento por los cumplimientos que hacéis a mi buen sentido. ¿Habéis, acaso, creído que después de llegar por casualidad a estos lugares, en los que os hallé rica y feliz, iba a ser lo bastante loco para marcharme contento con el valor de unas quince libras y permanecer ausente durante seis años?

Las personas que creían altiva a Sarah habrían quizá cambiado de opinión al verla pálida y demudada suplicar al buhonero.

—Pensé... —dijo vacilando— que habríais tenido compasión de aquella a quien durante muchos años tanto hicisteis sufrir, que hoy al fin es feliz, que os habríais contentado con tomar lo que buenamente os pude dar y que no volveríais jamás.

El buhonero la miró sonriendo desdeñosamente y con aire feroz a la vez que enseñaba sus harapos y, separándolos, dejaba al descubierto su brazo enflaquecido.

—¿Dice esto que tendré compasión de vos? —preguntó—. Estáis nadando en la abundancia, no os falta nada; en cambio, y aunque os hablase desde ahora hasta el amanecer, yo no tendría tiempo para haceros comprender lo que he sufrido durante esos seis años.

—¿Habéis navegado?

—¡Eso es lo que no os importa! Estuve donde los hombres no tienen piedad ni compasión y son más peligrosos para sus semejantes que las bestias feroces; estuve en lugares en que los hombres se sirven más de cuchillos que de sus lenguas, y donde el que tuviese algo de compasión en su corazón la arrancaría de él para convertirla en odio.

—¿Y habéis venido para pedirme dinero? —preguntó.

—¡Sí!

—¿Y cuánto necesitáis?

—Cien libras.

—¡No llegará a treinta lo que tengo! —respondió Sarah, meneando lentamente la cabeza—. Hasta el último penique que poseo está encerrado ahí en esa caja con adornos de cobre que está sobre la cómoda. La llave la tenéis en el bolsillo de ese vestido allí colgado. Cogedlo todo, no poseo más.

—Podéis tener más, pedídselo a Pecker.

—¡No!... ¡No!

—¿No se lo pediréis?

—Ni un penique.

—Entonces seré yo el que vaya a pedírselo.

—¡Ah! ¡Thomas, Thomas!...

Y elevando sus manos suplicantes, Sarah le tapó la boca, como si quisiese impedirle que hablara, pero el buhonero la rechazó.

—Diré que soy Thomas Masterton, vuestro marido ante la ley, y que una sola palabra mía bastará para haceros salir de esta casa y obligaros a seguirme a donde se me antoje.

Durante un momento permaneció Sarah anonadada, hasta que de pronto se irguió y, mirándole cara a cara, exclamó:

—¡Id a decirle que sois mi marido! —le dijo—: que me engañasteis cuando era una niña, que después sufrí vuestros golpes y casi perecí de hambre a vuestro lado; que me alejasteis de parientes y amigos y robasteis a mi hijo mientras estaba durmiendo, y que ausente durante diecisiete años, volvéis ahora para reclamarme como vuestra, cuando estoy casada con un hombre honrado. Decidle que sois Thomas Masterton el contrabandista y el ladrón; pero ante todo, dejadme que os diga que si alguna vez osáis interponeros entre Pecker y yo, sabré encontrar el apoyo de personas que os hagan pagar cara vuestra curiosidad.

El buhonero intentó reír, pero no pudo.

—Siempre habéis sido atrevida, Sarah —replicó—, y vuestra enfermedad no os impide serlo. ¿No pediréis dinero a Pecker?

—¡Ni un penique!

—Supongamos que vendo un secreto por cien libras, ¿lo compraríais?

—¿Un secreto?

—Sí; acabáis de hablar de ese hijo al que tanto queríais; supongamos que puedo deciros... que está cerca de vos... ¿me daríais entonces esas cien libras por la noticia?

Sarah meneó tristemente la cabeza.

—Es innoble por vuestra parte quererme engañar así.

—Sois muy desconfiada, no importa; sé que tenéis gran fe en la Biblia; juradme que si os digo dónde está vuestro hijo me daréis cien libras antes de terminar la semana —dijo el buhonero, y, cogiendo la Biblia, la puso en manos de Sarah.

—¡Lo juro! —respondió ésta besando la cubierta del libro.

—¡Muy bien! Ahora sabed que vuestro hijo está con Pecker en la habitación que hay al otro extremo de este corredor. Se llama sir Lovel Mortiner, pero entre sus amigos y entre los condestables de Bow Street se le conoce con el mote de capitán Fanny. Es uno de los bandidos más famosos que jamás hayan intentado escapar del verdugo.

XXII

La madre y el hijo

Se hallaban embebidos en sabrosa plática Samuel y su huésped cuando un estrepitoso campanillazo, cuyo sonido era demasiado conocido para el posadero, les hizo estremecer.

Sin esperar y sin dar siquiera una excusa a su noble convidado, Samuel salió apresuradamente del comedor y echó a correr por el pasillo hacia el cuarto de Sarah, que ya estaba sola, pues dio orden a Betty de que acompañase al buhonero a uno de los desvanes.

—¡Samuel! —dijo oprimiéndose la frente—. ¿Estoy loca o he soñado? ¿Quién estaba contigo?

—Ese caballero que vino por Navidad.

—Los ojos... negros e inquietos como los de mi hijo; en sus ojos debí reconocerlo... —exclamó Sarah con frases incoherentes.

Pecker se asustó creyéndola presa del delirio.

—¡Sarah! ¡Sarah! ¿Qué tienes?

—Los ojos del niño del que tanto me oíste hablar, el niño que perdí antes de conocerte y del que era padre mi cruel marido Thomas Masterton.

—Sí; pero ¿por qué me hablas de él esta noche?

—¿Por qué hablo tanto de él? —repitió con acento salvaje, separándose el cabello de la frente con las manos ardorosas—. ¿Quién está en el comedor blanco?

—Sir Lovel Mortiner —contestó Samuel, cada vez más convencido de que su esposa deliraba.

—Sir Lovel Mortiner, conocido entre sus amigos y entre los condestables de Bow Street con el mote de capitán Fanny... —dijo Sarah repitiendo lentamente las palabras de Thomas Masterton—. Déjame que lo vea.

Samuel, asustado, se quedó mirándola fijamente.

—Déjame que lo vea —repitió Sarah.

—¿Ver a quién? ¿Al baronet?

—Sí, a ese desgraciado joven de los ojos negros, déjame verlo.

Samuel, que habría hecho cualquier sacrificio en obsequio de su mujer, se encogió de hombros, y creyendo que a sir Lovel le pasaría lo que a muchos señores de su época, que conocían la aplicación de ciertos remedios, se apresuró a ir en su busca, pensando que podría curar a su mujer.

En efecto, podría decirse que la sola presencia del baronet influía sobre la enferma, porque ésta le indicó el sillón a su lado y, volviéndose muy tranquila hacia Samuel, ordenó que les dejase solos.

Al quedarse sola con el bandido, Sarah permaneció inmóvil durante algunos

minutos, contemplando —Dios sabe con qué amor maternal— aquella cara llena ya de precoces arrugas causadas por los placeres, hasta que al fin el joven perdió la paciencia.

—No puedo creer, señora, que me hayáis mandado a buscar solo para mirarme, pues, aunque no soy nada feo, no nací para ser contemplado como las figuras de cera de la abadía de Westminster. ¿Tenéis algo que decirme? —preguntó bostezando—. Es tarde y quisiera retirarme.

—Esta noche he sabido muy malas noticias —dijo Sarah con lentitud— acerca de un hijo mío al que creí muerto y enterrado hace muchos años.

El capitán Fanny no respondió; creyó que deliraba y que lo mejor era dejarla hablar; pero lo que oyó en seguida le hizo enrojecer y latir apresuradamente el corazón.

—¡Vino alguien a verme y me dijo quién erais!

¡Quién era! ¡Cómo! ¿Aquella buena mujer le conocía y podía delatarle? Acostumbrado desde muy niño a jugar con el peligro, se repuso, sintiéndose capaz de hacerle frente.

—¿Me conocéis?

—Sí; sois un bandido al que llaman el capitán Fanny.

—¿No me venderéis? —preguntó este cogiendo la muñeca de Sarah.

—Nunca lo haría —respondió tristemente Sarah.

—¡Poco me importa! —murmuró, respondiendo más bien a lo que pensaba que a Sarah—. Dentro de pocos meses, quizá dentro de pocas semanas, no me preocuparé de nada, excepto del verdugo.

—Decidme, Henry Masterton, dónde y cómo habéis pasado vuestra vida.

Sarah le llamó con un nombre que no había oído hacía diecisiete años, y el ligero rubor que coloreaba las mejillas del joven desapareció, quedando tan blancas como las sábanas del lecho de Sarah.

—Os admira que sepa vuestro nombre, pero es más admirable aún que cuando os viese por Navidad no acertase a explicarme cuál era la causa de mi agitación. ¿Cómo era posible que experimentase aquella sensación, no siendo al contemplar la cara del niño que veinticuatro años hace me hablaba desde su cuna, de mi hijo?

El joven se volvió de pronto hacia Sarah y con voz ronca dijo:

—¿Qué queréis decir? Mi padre me ha dicho muchas veces que nací en Cumberland, que había abandonado a mi madre y que me arrancó de sus brazos siendo aún muy niño...

La Biblia que Sarah besó momentos antes estaba en la mesilla de al lado de la cama, y, poniendo en ella la mano, respondió:

—Quiero decir, Henry Masterton —dijo Sarah con solemne ademán—, que soy la desgraciada mujer, la pobre madre que ese hombre abandonó y que sois mi hijo.

El joven apoyó su cabeza en la cama y sollozó con violencia, mientras su madre le acariciaba llorando.

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! —exclamó Sarah—. ¿Me dijeron la verdad? ¿Es cierto?

—¿Que soy un ladrón y un bandido? Sí, madre mía. Desde muy niño dejé de ser honrado. Mi padre me pegó, maltrató y abandonó días enteros en horrible guarida. Y me enseñó a robar, y aproveché mucho sus lecciones. Le abandoné cuando tenía diez años y viví con gitanos, ladrones, vagabundos y mendigos, hasta que supe tanto o más que todos ellos. Luego me uní a un hombre que primero fue mi maestro y más tarde se convirtió en mi criado pero que desde el principio ahogó mi conciencia y me arrebató toda esperanza de ser honrado. Desde su principio, mi vida es de las que acaban en la horca.

Al decir esto levantó la cabeza. Las lágrimas se secaron al calor de sus mejillas ardorosas y su mirada adquirió un brillo siniestro.

—Dime, hijo mío —dijo Sarah, arrimándose al hijo nuevamente hallado—. ¿Estás en peligro, te amenaza alguien?

El capitán Fanny meneó tristemente la cabeza.

—Hay bastante si me encuentran; pero si puedo escapar a la horca durante dos meses, el verdugo perderá sus honorarios.

—¿Cómo, hijo mío?

—Porque hace quince días que un sabio médico de Londres me dijo después de auscultar mi pecho y golpearme hasta hacerme perder la paciencia que no tengo casi pulmones y que no viviré más de tres meses.

Sarah miró la cara y las mejillas huesudas del capitán Fanny, sus labios secos y descoloridos por la fiebre y el brillo extraño de sus ojos, y en estos indicios leyó algo terrible e inevitable: sir Lovel Mortiner estaba condenado a muerte.

XXIII

Aparece el cadáver

El cadáver de George Duke fue hallado a los dos meses de estar Millicent en la cárcel de Carlisle esperando que se reuniesen los jurados para decidir si aquella mano tan débil había podido quitar la vida a su marido.

El cadáver del capitán se encontró en un turbio estanque situado a espaldas de las cuadras del castillo de Compton.

Nadie pudo decir a punto fijo cómo era posible que no se hubiese descubierto aquel escondrijo en la batida general hecha a continuación del asesinato; pero los que tomaron parte en ella declararon enfáticamente que lo habían examinado todo, y, sin embargo, ninguno se acercó por allí.

Se aproximaba el fin de marzo, y la conversación favorita de los habitantes de Compton continuaba siendo la del asesinato y la del proceso de Millicent, cuando un hermoso día los caballos de la granja se negaron a beber el agua estancada y cenagosa, y los miasmas que se desprendían del estanque hicieron que los arrendatarios quisiesen descubrir su origen.

En el fondo del estanque se encontró el cadáver de un hombre en tal estado de descomposición que en principio no fue posible identificarlo.

El patio de las cuadras estaba situado detrás de los parterres y paseos del jardín, al cual daba la habitación en que fue asesinado George Duke.

Entre el patio y el jardín no existía más que una puertecilla.

Sin duda alguna el asesino escogió aquel sitio para ocultar el cadáver, pero debió de costarle mucho arrastrarlo hasta allí y esconderlo, pues, como todos los estanques estaban helados, le fue preciso agujerear el hielo y arrojar el cuerpo al agua.

Ésta se volvió a helar aquella misma noche y encima del hielo nevó, de modo que no tenía nada de particular que nadie hubiese dado con el escondite.

Aquellos restos se depositaron en una de las habitaciones del castillo, para que el juez de instrucción pudiese hacer las investigaciones necesarias, y ninguno de los presentes abrigó la menor duda acerca de la identidad del cadáver, por más que su descomposición y los harapos que lo cubrían no ayudasen a establecerla.

En el cadáver no se halló ninguna de las prendas del uniforme que llevaba el capitán cuando llegó a Compton, objetos todos que desaparecieron la noche en que se cometió el crimen.

El jurado, sin embargo, no trató de averiguarlo, ni se molestó, indagando cómo era posible que una mujer tan débil como Millicent hubiese podido arrastrar a tanta distancia el cadáver de un hombre robusto.

Habían transcurrido dos meses desde que el señor Bowers interrogó a Millicent, y no se había vuelto a ver a Darrell, si bien de vez en cuando llegaban a Compton

lacónicas cartas dirigidas a Sarah en las que le informaba de cuánto trabajaba para salvar a su prima; pero como cada carta, a medida que se acercaba el desenlace, era menos consoladora, Sarah llegó a desconfiar del éxito.

La posadera fue muchas veces a esta ciudad para visitar a Millicent, a la que encontró siempre tranquila y resignada.

Una sola vez, y ésta fue la única, dejó Millicent escapar algunas palabras que hicieron estremecer de horror a Sarah.

Ésta le leyó la última carta de Darrell en que este le prometía trabajar hasta perder la vida para probar la inocencia de su prima, y al oír estas palabras, Millicent, desesperada, se retorció las manos y empezó a llorar tristemente, diciendo:

—¿Por qué se preocupa Darrell tanto por mí? ¡Son tan pocos los deseos que tengo de vivir! Y, después de todo, ¿quién puede asegurar que no soy culpable del asesinato de George?

—¡Oh! ¡Señorita Millicent!

—¿Quién puede asegurarlo? Sé que estuve casi loca la noche en que llegó mi esposo; ¿quién sabe si, lo mismo que piensa el señor Bowers, no le maté en un acceso de locura? ¡Solo Dios sabe si estaba loca aquella noche!

Sarah se arrodilló a los pies de Millicent.

—¡Oh! Señorita Milly, por el cariño que me tenéis, por el amor de ese Dios misericordioso que nos mira y ve vuestra debilidad, no digáis eso... ¿Sabéis que al decirlo os condenáis a muerte? Yo sé que sois inocente, y vos también lo sabéis. ¡Acordaos de que sois inocente, digan lo que quieran todos!

Sarah no se contentó con decir esto, sino que se fue a visitar al director de la cárcel para suplicarle que permitiera a una buena mujer entrar en el calabozo de la señora Duke para velarla y asistirle.

—Os pediría permiso para quedarme, pero tengo en mi casa a una persona cuyos días están contados.

Tal era la convicción con que se expresaba la señora Pecker, que por más que en aquel tiempo no se llevase hasta el extremo de hoy la ficción legal de que el acusado es inocente hasta que no es sentenciado, consiguió que el director de la cárcel accediese a su petición y que fuese a hacer compañía a Millicent una mujer que sufría una leve condena.

Sarah sufrió mucho durante aquella primavera. Contó a Samuel parte de la historia de su hijo, y le dijo que el buhonero era hermano de Thomas Masterton. Le aseguró que, fuesen las que fuesen las faltas de su hijo, pronto se hallaría ante un juez que era más sabio y, a pesar de eso, más clemente que todos los jueces del mundo.

De este modo, el sencillo y bondadoso posadero abrió sus brazos al hijo del vagabundo Masterton, y este se marchó después de gozar una noche de reposo, dejando una carta para Sarah en la que recordaba su promesa.

Betty cumplió el encargo entregando la carta, y Sarah comprendió a qué se refería; no le costó gran trabajo obtener las cien libras de su confiado esposo, que se

dirigió a mediodía a la ciudad para sacarlas de casa del banquero.

Llegó Samuel a la ciudad en ocasión en que Thomas Masterton, vestido de nuevo de pies a cabeza, fanfarroneaba en medio de la calle, y en que su débil naturaleza le impulsó a meter la mano en el bolsillo ajeno; pero bien sea porque hubiese residido muchos años en el extranjero, o bien porque hacía mucho tiempo no ejercía su noble arte, el resultado no pudo ser más deplorable para él, pues, cogido con las manos en la masa por el mismo a quien trató de robar, fue entregado a la guardia.

Esta desgraciada circunstancia impidió que pudiese reclamar la recompensa ofrecida por Sarah, y ésta, después de pasar noches y días temiendo su llegada, acabó por creer que debía su alejamiento a una feliz casualidad, sin contar que, además, el cuidado de su hijo le preocupaba mucho.

Este se hallaba oculto en un granero de la casa, arreglado lo más confortablemente posible, y nadie más que su madre, Samuel y el médico que le asistía sabían cuál era su paradero.

El elegante sir Lovel Mortiner —célebre capitán Fanny— no habría podido hallar, con toda seguridad, otro albergue o escondite más seguro que aquél. Sus compañeros, los únicos quizá que le habrían delatado, le perdieron de vista y el bandido desapareció en el mar borrascoso de la vida humana, sin dejar siquiera una botella con una carta para indicar el sitio en que pereció.

XXIV

El proceso

Darrell no perdió el tiempo y el noble escocés de quien era secretario se prestó a facilitarle su ayuda valiosa, de modo que tres días después del interrogatorio de Millicent el proceso fue entregado a uno de los mejores abogados y además se encargó a algunos agentes de guardia de Bow Street, que tenían probada reputación de hábiles, que procuraran hacer la luz en aquel asunto.

Al buscar los antecedentes de Duke, se descubrió que la pena sufrida era poca, considerada la vida que llevó.

Las averiguaciones hechas demostraron que *El Buitre* había sido apresado por los franceses en las costas de Berbería, que su capitán, George Duke y el segundo, Thomas Masterton, fueron condenados a galeras por el gobierno francés, como corsarios y negreros y sospechosos de haber cometido actos de piratería, y que habían logrado escaparse juntos el 1.º de enero de aquel mismo año.

El abogado encargado por Darrell de la defensa creyó que sería muy provechoso para ésta hallar a Thomas Masterton al considerar que este podría facilitar algún nuevo dato por haber sido compañero del asesinado.

Se insertaron anuncios en la *Gaceta de Londres* y a los pocos días se recibió un oficio del director de la cárcel de Carlisle con la filiación de Masterton.

Uno de los agentes más prácticos de Old Bailey se puso a las órdenes de los abogados, y cuando Darrell le suplicó que no escatimasen dinero ni trabajo, el defensor meneó tristemente la cabeza diciendo que tenía pocas esperanzas.

La víspera del día en que se iba a pronunciar la sentencia de Millicent se dirigieron a Carlisle Darrell, el procurador señor Pauncet y el señor Horace Weldon, abogado de Carlisle.

La víspera también abandonó Sarah a su hijo moribundo para dirigirse a Carlisle en compañía de su esposo, que estaba citado como uno de los testigos por la acusación.

Cuando Millicent ocupó su sitio en la sala de la audiencia, al lado de Darrell, estaba tan débil que apenas pudo hablar.

La prueba testifical fue en un tono semejante a la expuesta ante el señor Bowers, y Samuel habló aún con más vaguedad e incoherencia cuando se trató de probar la identidad del capitán.

En su interrogatorio, durante el cual se le hicieron muchas preguntas capciosas para que se contradijese sin conseguirlo, manifestó que la primera vez que vio al aparecido fue al caer la tarde un día de octubre, y que la acusada lo había visto tres meses después en el muelle de Marley.

Añadió que se había presentado también la noche en que se cometió el crimen,

que llevó consigo un caballo flaco y que después se presentó un mozo de cuadra a recogerlo, sin que hubiese querido decir de dónde venía, adónde iba ni quién era el que le enviaba; pero que pagó lo debido por los piensos del caballo, montó en él y se alejó.

Todo esto tenía un aspecto tal de brujería que más bien perjudicó que favoreció a Millicent en el ánimo de algunas gentes supersticiosas, como lo eran la mayor parte de las que componían el auditorio.

Para estas personas resultó evidente este juicio erróneo, mientras que para la parte más ilustrada la declaración del posadero se tomó como un engendro de su fantasía y el abogado de Millicent participó de esta opinión, creyendo que no era suficiente para borrar las huellas del crimen que acusaban a Millicent.

Penosa fue la tarea de Darrell cuando le llegó su vez de comparecer como testigo y contar su encuentro en los campos de Marley y el de su primo Ringwood en una casa de Chelsea, y mucho fue lo que sufrió el joven, porque sabía que sus contestaciones contribuían a la condena de Millicent.

Sarah, Meggis el ama de gobierno y el condestable fueron también interrogados con el mismo resultado que anteriormente, y el proceso se dio por terminado.

Cuando el abogado de la corona (acusador) se sentó, daban las tres, habiéndose empleado medio día en el interrogatorio de los testigos, y después de leer la declaración prestada por Millicent ante el magistrado señor Bowers, el defensor de la señora Duke hizo notar la imposibilidad material de que su defendida hubiera cometido el asesinato, arrastrando el cadáver y roto el hielo para ocultarlo.

Tras todas las hipótesis imaginables, acabó por sostener que muy bien podía Duke haber sido asesinado por algún enemigo suyo, lo cual no tendría nada de particular dados los enemigos que sus crímenes le habían creado. Llamó la atención de los jurados acerca de la falta del traje del capitán y de cómo, mientras Millicent iba al Oso Negro, pudo el asesino terminar su tarea ocultando el cadáver, y concluyó su elocuente informe con una calurosa súplica a los jurados recordándoles los errores judiciales.

Thomas Masterton fue el primer testigo llamado por la defensa, y su manera hábil de contestar habría desorientado a todos de no haberse hallado en presencia de uno de los fiscales más listos de Inglaterra, que le obligó a confesar de qué modo se había escapado con Duke de los pontones franceses.

Le escuchaban todos atentamente, y produjo honda impresión en los concurrentes el ver que en medio de una frase dejó de hablar y se quedó con los ojos desmesuradamente abiertos, lívido y contemplando por encima de las cabezas de los abogados la parte reservada al público.

En la parte más elevada de este estaba un hombre que acababa de entrar.

—¿Por qué no seguís vuestra declaración, señor Masterton? —preguntó el abogado de Millicent.

El testigo señaló con la mano al recién llegado.

—Porque el capitán George Duke acaba de entrar en la sala.

Los espectadores se conmovieron. Millicent, que durante la vista permanecía con la cabeza inclinada, la levantó, miró en la dirección indicada por Masterton y lanzó un grito de terror, murmurando:

—¡Todavía! ¡Todavía!

Un agente, a quien hablara el recién llegado, se dirigió hacia el sitio ocupado por el abogado de Millicent y le dijo unas cuantas palabras al oído. El abogado se volvió hacia el juez haciendo un gesto de sorpresa.

—¡Milord! —exclamó el abogado—, siempre creí en la inocencia de mi defendida, pero la historia de mis testigos no estaba completa, y ahora tengo el derecho de llamar a uno nuevo. Declaro que no se ha cometido ningún asesinato, y que se halla en este momento delante del tribunal aquel a quien se creyó asesinado. ¡Ahí está George Duke!

—¡No! ¡No!

La acusada fue la que pronunció estas palabras, pero ya todas las miradas estaban fijadas en el recién llegado.

Este ocupó en el banco de los testigos el sitio que le cedió Thomas Masterton.

—Quedaos donde estáis, señor Masterton —le dijo el abogado de Millicent—, porque tal vez tengamos necesidad de vuestros servicios.

El segundo de *El Buitre* se separó algunos pasos del banco de los testigos y se quedó mirando al recién llegado, a la vez que se rascaba la cabeza con un ademán que indicaba a las claras alguna duda.

—¿Me será permitido preguntaros —dijo el defensor— por qué razón os habéis ausentado, dejando a vuestra esposa bajo el peso de una acusación de asesinato?

La luz del día iba desapareciendo, y los ujieres empezaron a encender los candelabros. El sol, al ponerse, ensangrentaba las vidrieras.

El llamado Duke contempló atentamente las fisonomías de los que le rodeaban, iluminadas con esta luz confusa, y, entretenido en su examen, no pudo ver la lívida cara de la acusada ni sus ojos fijos en él, como si mirasen a un aparecido.

—Permanecí ausente porque no recibí una buena acogida de mi esposa, con la que disputé antes de acostarme. Como bebí bastante y aquella acogida me desalentó, me corté el cuello: pero aunque perdí sangre más que suficiente para curar a veinte enfermos de calentura, no conseguí más que recobrar la razón. Me envolví el cuello con una bufanda de lana, salí de la casa con ánimo de no volver más al lado de mi esposa, emprendí una caminata por el campo de más de veinticinco kilómetros y tomé la diligencia que de York va a Londres, en donde permanecí hasta ahora. Leí en un periódico el daño causado por mi ausencia y heme aquí para librar a mi esposa de esa acusación.

El abogado de Millicent estrujó los papeles y entre el auditorio hubo señales de desencanto. El juicio terminaba de un modo vulgar.

El abogado de la corona se levantó y dijo:

—Mi sabio colega olvida que ese que dice ser el capitán Duke no ha sido reconocido más que por un testigo de la defensa, y que los jurados necesitan más pruebas para declarar que no se ha cometido un asesinato.

—Que llamen a los testigos —contestó el defensor—, y vos, capitán, colocaos cerca de la luz.

Este lo hizo así.

Llevaba el mismo traje que la noche de su llegada a Compton, el pelo atado con una cinta, y sus ojos tenían la misma cruel expresión de los de Duke.

Todos los testigos declararon conocerlo, y Hugh Martin, el condestable, en el acto de jurarlo, dijo:

—Aquí tenéis una prueba más. Este botón lo recogí la noche del asesinato en el castillo, ved si es igual a los que lleva en el uniforme.

Lo examinaron y vieron que era en todo igual a los que llevaba, siendo de fabricación extranjera y con las armas de España. Indudablemente no se había comprado en Londres.

—Señores jurados —dijo el defensor—; opino que, habiendo sido reconocido el capitán Duke por seis testigos, no hay necesidad de insistir más sobre este punto; así espero que declararéis la inocencia de mi defendida sin levantaros de vuestros asientos.

El juez, por su parte, añadió:

—Estoy de acuerdo con el abogado defensor.

Los jurados conferenciaron, y entre la multitud hubo un movimiento en seguida reprimido de satisfacción, y un grito convulsivo de Sarah.

El jurado de más importancia se puso en pie.

—¡Creemos inocente a la acusada! —dijo.

Una salva de aplausos acogió estas palabras.

Millicent se puso también en pie y, dirigiéndose a los jurados con tranquila resolución, exclamó:

—¡Gracias, señores —dijo—, pero ese hombre no es mi marido!

—¡Señores! —exclamó el defensor de Millicent—; los sucesos de hoy han perturbado el entendimiento a mi defendida, os ruego que no le hagáis caso. ¡Capitán Duke, llevaos a vuestra esposa!

—Repito que ese hombre no es mi marido —insistió Millicent.

—¡Oh! Ya sabía yo que acabaría por volverse loca —dijo Sarah retorciéndose desesperada las manos, mientras Darrell se acercaba a su prima para llevarla fuera del tribunal.

—¡Que se lleven sus amigos a la señora Duke! —ordenó el señor juez.

—¡No me moveré sin que se me oiga! —replicó Millicent—. No estoy loca. Ese hombre no es mi marido. George Duke fue asesinado el 30 de enero y vi su cadáver. Y en cuanto a ese hombre que está ahí, no es cosa nueva para mí ver la sombra de mi esposo. Hace siete años la vi a medianoche en el muelle de Marley.

—Mi esposa está loca —dijo el llamado Duke.

—¿Quién puede hacer a ese hombre algunas preguntas? —interrogó Millicent.

—Yo, señora —respondió su abogado.

—Preguntadle si tiene en su poder un pendiente de diamantes que me entregó mi esposo y lo que este dijo al dármelo.

—Ved si es este —respondió aquel hombre, enseñando uno—; y por lo que respecta a lo que dije, fue lo que todo marido diría al recibir un recuerdo semejante, una promesa de no darlo a ninguna otra mujer.

—¡No es cierto! Me dijo que si se presentaba alguno sin el pendiente le rechazase como un impostor.

—Entonces esa es una prueba de la identidad de ese hombre —dijo el abogado, encogiéndose de hombros al oír la respuesta de Millicent.

Ésta se oprimió la frente con las manos y al cabo de un rato exclamó:

—¡Quien quiera que sea el que asesinó a mi esposo robó su traje! Ese pendiente estaba en su chaleco.

Hablaba Millicent con tono tan sincero, que la convicción de su abogado de que aquel hombre era George Duke, se quebrantó algo.

Hombre muy práctico, por otra parte, en estudiar las fisonomías, fijó su mirada en el que estaba sentado en el banco de los testigos y en seguida, algo más a la derecha, en el sitio en que estaba Thomas Masterton al lado de un agente.

El que estaba en el banco miró a Masterton, y la boca de este se contrajo con movimiento especial, que lo mismo podía ser movimiento convulsivo que señal, y debía de ser ésta, porque la acompañó de un ademán hecho con la mano y muy común entre los vagabundos y ladrones franceses.

—¿Cómo os atrevéis a hacer señas a ese hombre? —le preguntó el defensor de Millicent.

—¡Que responda a mi señal! —contestó Masterton—. ¡Si no responde no ha estado en las galeras y no es George Duke!

—¿Que no es George Duke?

—No. Dudé cuando lo oí. Si lo es, que se desnude y enseñe la señal de los criminales, igual a la que yo enseñaré, porque, cogidos el mismo día, el verdugo nos marcó con un hierro ardiendo al mismo tiempo.

—¿Creo que no tendréis inconveniente en hacerlo, señor Duke? —dijo el defensor.

La cara del extranjero enrojeció.

—¡Pardiez! —dijo—. Sí, experimento cierta repugnancia a hacerlo. ¿Se necesita que un hombre pase por la vergüenza de mostrar una señal infamante que le hicieron los enemigos de su patria cuando media docena de testigos probaron su identidad? ¿O porque una mujer loca reniega de su marido? Eso es para irritar al más flemático.

Miró a su alrededor con desconfianza y un murmullo acogió sus palabras.

—No es necesario, caballero, que os desnudéis aquí; pero hay seis personas que dicen que sois George Duke y dos que lo niegan, y es preciso resolver esa duda para

que la señora Duke salga sin tacha de este tribunal. Pasad a un salón inmediato con dos personas de mi confianza y enseñadles esa marca.

—¿Y si negase que había estado en las galeras? —preguntó el testigo, mirando resueltamente a su alrededor.

—Entonces añadiríais nuevas dificultades al proceso, porque Masterton afirma que fuisteis apresados por los franceses, condenados, y que juntos escapasteis.

—Y esa es la verdad, milord —respondió con firmeza Masterton.

—¡Yo sé lo que es eso! —dijo una vocecilla aguda, a la vez que se adelantaba una cara pálida. Era Pecker.

—Ese —añadió— es el fantasma que me preguntó por el camino de Marley, el que el señor Darrell Markham encontró en las landas y el que vio la señorita Milly en el muelle de Marley.

—¡Fantasma, no! —gritó Masterton, golpeando la barra—. ¡Sé lo que es, y fui un necio al no acordarme antes! ¡Ese hombre es el mayor enemigo de George Duke!

El testigo cambió de color y dirigió una rápida mirada a su alrededor, como buscando una salida.

—¿Qué decía? —preguntó el juez.

—Digo que a ese hombre le odiaba George Duke más que al capitán francés que apresó y voló su barco y que al juez que le condenó a galeras. ¡Ese hombre es el hermano de George Duke!

—¡Su hermano!

—Sí, hermano mellizo, tan parecido que su madre no podía diferenciarlos más que estando juntos. George me contó esa historia durante una calma chicha en las costas de África. George se enganchó en la Marina y huyó cuando tenía quince años. Ese que está ahí es James, que ha sido un ladrón y un granuja; muchas veces pagó George los pecados cometidos por él. Sus palabras, al embarcarse la última vez, fueron para maldecir al único hermano que tenía. Antes de ahora no vi nunca a James Duke, pero sé de una persona que le conoce mucho.

—Si ese hombre no puede probar lo contrario, va a ser acusado de calumnia —dijo el juez.

—Casi me atrevo a decir que no puede —respondió el defensor—. Si ese hombre lleva el mismo traje con que George se presentó en Compton, ¿cómo llegó a su poder? Ese hombre es el asesino. Sarah Pecker le reconoció y declara que estuvo en su casa horas antes de cometer el crimen. En el Oso Negro dejó tres días su caballo, que envió después a buscar, y hoy se presenta aquí como esposo de la señora Duke para entrar en posesión de su fortuna. Que presente pruebas de lo que hizo durante el tiempo que estuvo oculto. Creyéndole culpable de un asesinato, os pido, milord, que deis orden de detenerlo.

El juez accedió, y James Duke fue conducido a la cárcel de Carlisle para esperar otra reunión del jurado y hasta que encontrasen pruebas que lo justificasen.

Darrell sacó en brazos a Millicent del tribunal, porque se había desmayado al oír

contar a Masterton su historia.

Al día siguiente muy temprano la llevaron a Compton, pero no al castillo, sino a una confortable habitación de la posada, donde quedó entregada a los cuidados de la bella Phoebe, pues Sarah estaba ocupada en velar a su hijo.

La carrera de Henry Masterton, conocido con los nombres de capitán Fanny y sir Lovel Mortiner, había a la sazón casi terminado. Durante unos quince días después de la vista del proceso de Millicent fue languideciendo, si bien conservó íntegras sus facultades hasta que exhaló el último suspiro.

Al oír el relato de la vista, se admiró mucho.

—Creía —dijo— que era James Duke el muerto y que Millicent le mató en un acceso de desesperación o de locura; pero, ya que no es así, puedo revelar algo y poner en buen lugar la reputación de esa señora. Vale más, sin embargo, que lo declare ante testigos y lo jure, porque así servirá para que condenen a James Duke, que jamás hizo beneficio a nadie y que hace muchos años está de más en el mundo.

Aquella misma noche, en presencia de su madre y del notario Selgood, el capitán Fanny hizo y firmó su declaración, que fue redactada aisladamente por el hombre de ley.

En esta declaración dijo el bandido que James Duke fue en un principio su camarada, y más tarde su cómplice, que desde muy joven, por su mala suerte y lamentaciones, se le llamó el desgraciado Jeremiah, siendo conocido de todos sus amigos el odio mortal que profesaba a su hermano.

Declaró también Henry, que, al desaparecer George Duke, pensó que James podría aprovechar esta circunstancia para apoderarse de la fortuna de su esposa haciéndose pasar por el desaparecido.

Este plan se discutió en Londres cuando la casualidad hizo que el capitán Fanny tropezase con los recién casados en Saint Bride, encuentro que decidió a James Duke a obrar en seguida, para lo cual la misma noche marchó a Compton después de haber recibido un préstamo del capitán Fanny, al que citó para ocho días después en el Oso Negro, con el fin de repartirse entre ambos la fortuna de Millicent.

Esto fue todo lo que declaró Henry Masterton, que, como se ve, era una serie de pruebas contra el que estaba en la cárcel de Carlisle.

Hacía ya bastante tiempo que estaba enterrado el capitán Fanny cuando compareció James Duke ante el tribunal, resultando tan claro que era el autor del asesinato de su hermano, que fue condenado y ahorcado en Carlisle.

Millicent mandó colocar una lápida en el lugar en que estaban enterrados los informes restos que se hallaron en el fondo del estanque.

Transcurrió más de un año antes de que Millicent pudiese resolverse a ir al castillo, y mientras tanto vivió en la tranquila casita en que esperó siete años a su esposo.

Derribaron el pabellón del jardín y cegaron el estanque, en el que plantaron laureles y bojés, y algunos incrédulos aldeanos pasaron muchos años asegurando que

en aquel sitio maldito no arraigaría ninguna planta.

Antes de que Millicent volviese a la casa en que vivieron y murieron sus antepasados, tomó parte por tercera vez en la ceremonia del casamiento, y el cura de Compton la unió a su primo Darrell.

Thomas Masterton, acusado de robo, murió en la cárcel de Carlisle algunos meses después de ocurrida la muerte de su hijo; de modo que Samuel no supo la verdad de la historia del buhonero y del robo del reloj hasta su muerte.

¿Es necesario que narremos detalladamente la felicidad de Darrell y Millicent en el castillo de Compton?

En el salón del castillo, entre las viejas tapicerías, se ve aún un cuadro de familia en el cual Millicent deja caer el oro de sus cabellos sobre una cuna bajo la franca sonrisa de Darrell, que la contempla desde el fondo, vistiendo traje de caza y con un niño de tres años en los brazos.

—FIN—



MARY ELIZABETH BRADDON. Nació en Londres en 1837 y falleció en Richmond, Surrey, en 1915. Está considerada como una de las mejores escritoras de novelas de la era victoriana en el Reino Unido. Trabajó como actriz durante tres años para mantenerse a sí misma y a su madre. En 1860 conoció a John Maxwell, un publicista de periódicos, con el que comenzó a vivir en 1861. Sin embargo, John Maxwell era un hombre casado con cinco hijos y su esposa vivía en un asilo psiquiátrico en Irlanda. Mary vivió con Maxwell sin estar casados y ayudó a cuidar de sus hijos hasta 1874, cuando la mujer de Maxwell murió y entonces pudieron casarse. El nuevo matrimonio tuvo seis hijos.

Mary Elizabeth Braddon fue una escritora extremadamente prolífica, escribiendo unas 75 novelas con tramas muy ingeniosas. Su amigo y posterior colaborador Wilkie Collins fue quien la animó a escribir la más famosa de sus obras, su primera novela, *El secreto de Lady Audley*. Tan sólo un año después, en 1863, publicaría *El secreto de Aurora Floyd*.

Notas

[1] Lugar destinado en los buques a los oficiales. (N. del T.) <<